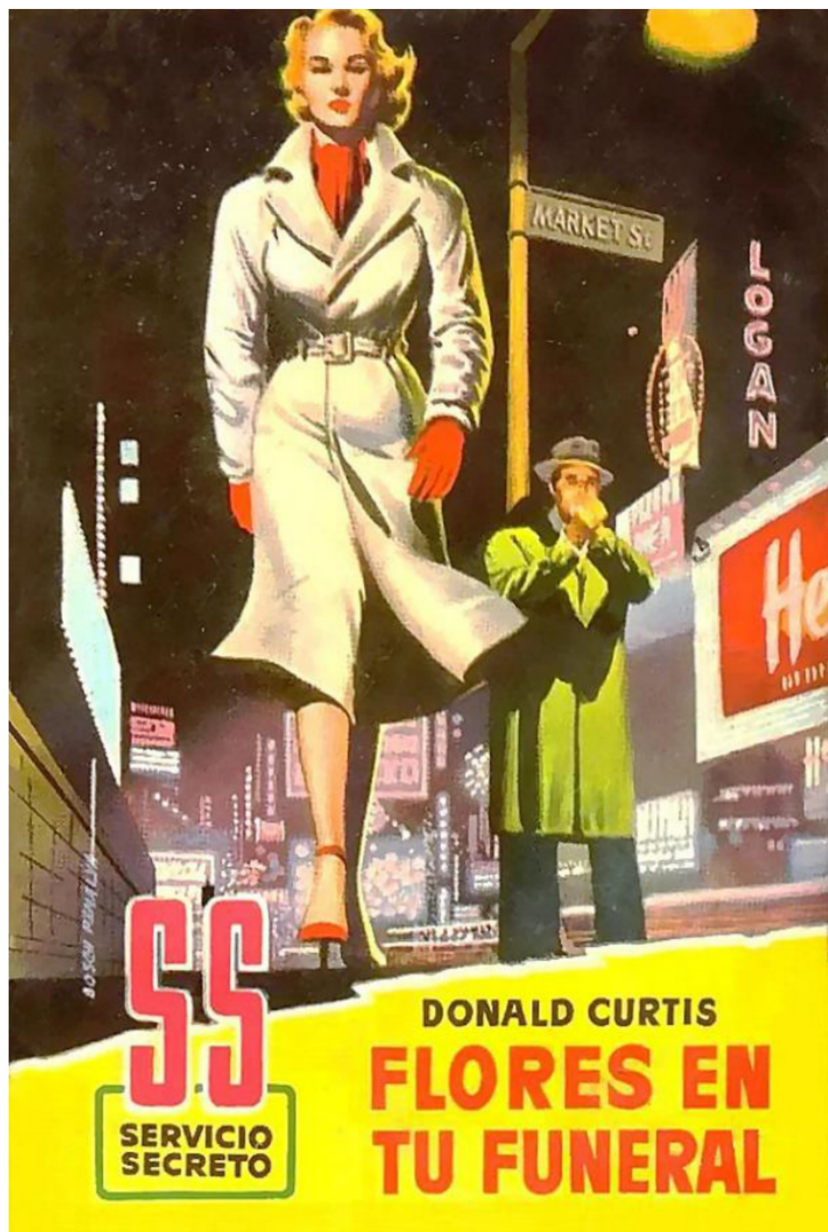

MARKET St
LOGAN
DONALD CURTIS
FLORES EN
TU FUNERAL
SS
SERVICIO
SECRETO

DONALD CURTIS

FLORES EN TU FUNERAL

1ª. EDICION
OCTUBRE-1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE.
406. El valle del odio. 417. — La sangre de los Farrell. 453. — Los vengadores.

En Colección BUFALO:
147. — Noroeste. 151. — Johnny Calaveras. 156. Diamond Jim.

En Colección SERVICIO SECRETO:
243. — Lo siento, querida. 254. — La dalia gris. 259. — La dama del pelo platino.

En Colección PANTERA:
8. — La carga de Llano Rojo. 35. — «Rancho Perdición». 43. — Destino: Muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:
2. — Emboscada. 6. — Quebrada del Trueno.

FLORES EN TU FUNERAL



por Donald Curtis

CAPÍTULO PRIMERO

Era una rubia impresionante, de esas que uno sigue por la calle durante un largo trecho, tratando en vano de romper el hielo con galanterías, las más de las veces trasnochadas.

Pero Mark Graham no la seguía por esas razones, ni su seguimiento se limitaba a un trecho, ni siquiera a una calle. Mark cobraba por hacer aquello, y aunque cualquiera hubiese meditado que obtener dinero por tan grata tarea era una bendición del cielo, a Mark se le llevaban todos los diablos por tener que continuar tras el paso cimbreante y rápido de aquella blonda sensacional.

Mientras doblaba la esquina de Market Street con la Séptima, se preguntó adónde iría aquella tarde la belleza a quien tenía por misión seguir hasta el mismo fin del mundo, si a ella se le antojaba de pronto tan singular meta. Confiaba en que no llegase a pasar tal pensamiento por la cabecita llena de doradas ondas y locas ideas…

La gente, al pasar ella, se volvía indefectiblemente a decirle algo o, simplemente, a admirar la preciosidad de sus curvas, que ella no trataba por cierto de disimular.

La vio pararse ante un puesto de periódicos, elegir un libro de portada brillante y un par de revistas cinematográficas. Poco después, fue una bombonería el punto de asalto. Adquirió una bolsa de crujiente celofán rojo, repleta de chocolatines. Mordió el primero, parada ante el anuncio de un cinematógrafo. Desde su punto de observación, al lado de la bombonería, Mark apreció los menudos dientes blancos hundiéndose en el chocolate. Los labios rojos, carnosos, se rozaron entre sí golosamente.

Sin dejar de comer chocolatines, continuó su paso cimbreante, llamativo. El brillante achampañado de la tela, en sus caderas, parecía bambolearse a impulsos de sus movimientos.

Paróse ante la boca de un local de atracciones, vacante al parecer. Finalmente, entró. Mark lo hizo tras ella.

Desde una máquina electrónica de probar puntería, el seguidor alternó la tarea de observación con la del entretenimiento. Satisfecho, «derribó» siete avionetas de las ocho que pasaron ante el punto de mira de su niquelado antiaéreo. Echó un nuevo níquel en la ranura, mirando de reojo hacia la máquina donde la rubia entretenía su espera. Porque era evidente que estaba esperando a que se desocupase la cabina telefónica del ángulo de la sala.

Su presa silueteó con bastante buen acierto la extraña figura de un monstruo futurista, proyectado sobre un absurdo mar de nebulosas y planetas, surcado de plateadas astronaves. Mark pensó que si era igualmente hábil con una pistola en la mano que con aquel chisme de feria, la atómica Carol Vance sería sujeto de mucho peligro en un duelo frente a frente.

Por fin quedó libre el teléfono. La rubia arrojó el celofán, vacío de chocolatines, echóse el último a la boca y entró en la cabina.

Cerróse la puerta de cristales de la cabina. La rubia echó una moneda y marcó. Graham pretendió en vano distinguir las cifras que la roja uña puntiaguda fue tocando. Sólo distinguió las dos últimas: un 2 y un 9.

Tras una espera, la rubia dama habló apresuradamente. Por el movimiento de sus labios, daba la impresión de que sus palabras surgían con la velocidad de una ametralladora escupiendo balas.

Finalmente, sonrió, dijo algo más, enfadóse súbitamente y colgó tan llena de ira que estuvo a punto de rodar nuevamente el auricular. Salió de la cabina y se detuvo pensativa ante una bruñida máquina de conducción imaginaria por un laberinto de tráfico.

Mark se deslizó al interior de la cabina, echó el níquel y marcó el número del control telefónico de la Central. Una voz femenina contestó:

—¿Dígame?

—Aquí el agente de servicio en las *Atracciones*… —Miró el nombre grabado sobre los vidrios del local—… *Park*. Una mujer sospechosa ha llamado hace un momento a un determinado número. Dígamelo urgentemente, por favor.

—¿De veras es usted policía? —dijo, desconfiada, la voz de mujer.

—Si lo duda, véngase acá, encanto —gruñó Mark—. No soy muy guapo ni muy joven, pero a lo mejor le gusto más que por teléfono.

—Muy chistoso.

—Venga, ¿me da ese número o prefiere hacerlo a Jefatura dentro de diez minutos?

—Está bien, no se ponga así. A fin de cuentas, no es ningún crimen desconfiar. Han llamado… a NOB-
341 829.

—Perfecto. Concuerda con mis observaciones. Gracias por su ayuda, señorita.

—De nada. ¿Puede decirme por qué se sospecha de esa dama?

—Se lo diré confidencialmente. Creemos en el Departamento que ha estrangulado a dos niños antes del desayuno, y a su tía anciana después, como si fuera un postre. ¿Satisfecha? —Y colgó, antes de que le hiriesen los oídos las voces de la telefonista.

Mark salió de la cabina. No vio ni rastro de la rubia. Apurado, miró en derredor, hasta donde alcanzaba la vista. Ni rastro de ninguna rubia digna de destacar. Sólo una chica con llamativo suéter amarillo lucía un blondo cabello, inclinada sobre un billar americano. Pasó de largo, alcanzó la puerta de salida y se paró en medio de la acera, desconcertado por la falta de rastros de su presa. Pero de pronto miró hacia su derecha y vio en la esquina inmediata a tres o cuatro caballeros que miraban con excesiva insistencia hacia atrás, a la calle adyacente. Podía ser un rastro infalible.

Mark corrió allá y, nada más girar la esquina, vio a lo lejos la figura color champaña cruzando la calle por un paso de peatones. El disco verde estaba a punto de apagarse. Mark se lanzó como una catapulta hacia el otro lado. El cambio de disco le pillo en mitad de la calzada, pero continuó, sin que el agente de tráfico hiciera otra cosa que pitar estridentemente en señal de reprobación.

Pero llegó sin más incidentes a la otra acera de Market Street, y vio que su perseguida tomaba uno de los autobuses rotulados con el nombre: «LA MISIÓN». Alcanzó el mismo apuradamente, una fracción de segundo antes de que se cerrasen las puertas, y apretujándose entre la gente procuró mantenerse a prudencial distancia. Si aquella persecución había de durar mucho tiempo, era mejor no hacerse notar.

Carol Vance descendió del autobús en la tercera parada de «The Mission», el barrio residencial e industrial más importante y populoso de San Francisco.

Él también bajó a tierra, naturalmente, y continuó la marcha detrás de su presa femenina. Ésta consultó ahora su reloj con la hora que marcaba la muestra de un taller de relojería, enmendó sus manecillas y pareció más nerviosa que anteriormente. Mark sonrió. Eran casi las seis de la tarde, y pronto tendría que estar de regreso donde él sabía. A Carol Vance no le quedaba mucho tiempo disponible.

En el centro de La Misión aminoró Carol el paso. Subió unos tramos hacia una calle de nivel más elevado. Allí se veía un edificio de piedra color gris pizarra, cuyas ventanas aparecían herméticamente cerradas aún a aquella hora del día, y en cuya puerta vidriera, de color verdoso, se leían unas letras obscuras, nada llamativas:

NOTORIOUS CLUB

Lo que pudiera ser aquel club, nadie podía decirlo a la vista de tan sombrío edificio. Mark se paró ante un estanco y se quedó mirando a la joven cuando ésta llegó a la puerta vidriera, la empujó y desapareció dentro del club.

Dejó pasar hasta diez minutos sin que ella reapareciera. Entonces, avanzó hacia la casa gris, empujó la puerta y encontróse en un amplio vestíbulo o sala, desnudo de toda ornamentación, salvo cuatro o cinco carteles turísticos, anunciando las excelencias de Colorado, Wyoming y la Costa del Pacífico, cuyo significado allí era tan incongruente como unos desnudos femeninos en un círculo moralista.

Abríase una puerta reducida, de espesa madera, al final de la sala, a la cual daban acceso dos tramos de piedra tan gris como la exterior. Una mirilla dibujaba su cuadrado en mitad de la hoja cerrada.

Mark pulsó el timbre. Un soniquete musical vibró dentro del edificio. Tras una breve espera, la mirilla abrióse y dejó asomar un par de ojos agudos y claros, que estudiaron bajo un ceño fruncido la apariencia del visitante.

—¿Qué desea? —preguntó con escasa amabilidad el hombre.

—Entrar. Para eso llamo, amigo.

—¿De veras? No me diga… ¿Es usted socio?

—No, pero soy amigo de un socio suyo. Necesito verle. Supongo que me dejará pasar. Me marcharé enseguida.

—Supone muy mal. No puede entrar si no es socio. Son órdenes.

—Creí que esto era un club, no un lugar prohibido —dijo agresivo el joven detective.

—Nadie ha dicho que sea prohibido —le replicó el otro con sequedad.

—Lo digo yo, y basta. De todos los clubes de San Francisco, aun los más rigurosos permiten pasar a los que conocen a un socio.

—¿A quién conoce usted? Dígamelo y transmitiré su petición a la dirección.

—No es necesario ya —sonrió Mark con frialdad—. Ya sé la clase de club que es éste. Adiós, amigo.

—Oiga, espere… —empezó el hombre, irritado.

Pero ya Mark Graham se alejaba con paso rápido, cerrándose la cristalera a sus espaldas. El joven oyó sonar la portezuela de la mirilla con estrépito. Sonrió para sí, pensando en lo preocupado que se quedaría el hombre de la puerta.

Una vez en la calle, miró al cielo nuboso y enarcó levemente las cejas. En realidad no estaba tan seguro como aparentaba sobre la naturaleza del Notorious. Pero a veces, dar sensación de saber más de lo que realmente se sabe da buenos resultados en la profesión de Graham.

Se alejó calle abajo. No pensaba esperar a Carol hasta que a ésta le diese la gana dejar el club. Sabía de memoria su itinerario cuando saliese de allí: regreso a Market, recogida de su Chevrolet azul cobalto en el Garaje Astor de la Calle 12, y con él retorno a su finca de Richmond, donde el honorable y opulento Philip Charles Vance estaría probablemente esperando, con su impaciencia y sus celos ocultos hábilmente tras su capa de hombre apático, saboreando una copa de vino añejo o un vulgar *gin*-fizz.

Caminando hacia la parada del autobús, examinó el librillo de cerillas de madera donde anotara el teléfono marcado por la joven: NOB-
341 829.
Evidentemente, pertenecía a algún lugar de Nob Hill, teniendo en cuenta las iniciales que precedían a las cifras. Nob Hill era el lugar más distinguido de Frisco. Distrito residencial, cuajado de hoteles y

apartamentos lujosos, era muy probable que aquel número correspondiese a un hotel, y por tanto no significara nada por sí solo.

Mark tomó el autobús ahora hasta el corazón de Market. Descendió ante el rascacielos de los Almacenes Mayer, esquina a la Calle Tercera, y telefoneó desde una cabina pública situada en un *grocery*, donde consumió un doble batido de fresa antes de practicar la nueva diligencia.

Llamó a Información y pidió el abonado del número NOB-
341 829.
Le dieron el dato pedido cosa de tres minutos más tarde.

—Pertenece al chalé número 47 de la Avenida Central. Su abonado figura con el nombre de Paul Lancashire.

Después de dar las gracias, Mark salió de la droguería y tomó un taxi al que dio la dirección recién averiguada.

Central Avenue, en Nob Hill, la colina donde antiguamente construían los mineros enriquecidos sus fabulosos y absurdos palacetes de mármol, era una vía más en el lujoso departamento residencial franciscano. Bordeada de jardincillos verdes y de sicomoros altos y frondosos, que en el verano prestaban grata sombra y ahora mostraban su otoñal desnudez, triste como el día, la avenida se perdía hacia el nordeste, en dirección a Chinatown.

Chalés rodeados de jardincillos y de parques, los más de ellos propiedad de grandes financieros de la Costa Bárbara, se mostraban a ambos lados de la avenida. Mark tuvo que recorrer aún dos manzanas, desde donde dejó el taxi, hasta apreciar un lindo *bungalow* de muros color crema, ventanas verdes y tejadillo de rojas tejas. Como una casita arrancada de un cuento infantil. El jardincillo circundante era breve y mal cuidado. Sobre el buzón de la entrada, además del número 47, se veía el nombre recién puesto de un nuevo propietario: Leo Valentine. Las letras, muy bruñidas y limpias, demostraban su corta vida en aquel lugar.

Mark Graham llegó ante la puerta y pulsó el llamador.

Un hombre alto y moreno, en camiseta y suéter abierto, con el negro cabello rizoso muy húmedo y reluciente, le abrió la puerta. Era muy guapo para ser hombre, y le miró durante un buen rato con sus negros ojos, como si Mark fuese un bicho raro.

—Hola —dijo Graham—. ¿Es usted Leo Valentine o Paul

Lancashire?

—¿Y a usted qué le importa?

La voz de aquel hombre era pastosa, grata al oído. Aunque no ahora, por supuesto. Mark se encogió de hombros y achicó sus ojos, apoyándose ligeramente en la barandilla de los tramos que ascendían hasta la puerta.

—Puede importarme mucho, amigo —dijo—. Pero eso ya lo veremos más adelante. Puedo traer un giro, un testamento de un pariente rico que se le murió en el Brasil o una orden de detención.

—No espero ningún giro, no tengo parientes ricos, y mucho menos en el Brasil, y tampoco espero que nadie se tome la molestia de detenerme, conque adiós.

Iba a cerrar la puerta. Pero Mark estaba demasiado acostumbrado a semejante recibimiento. Empleó el método A para impedirlo. Metió el pie entre la puerta y el quicio, apoyó el hombro en la hoja y se mantuvo firme sin perder la sonrisa.

—Todavía no, amigo —reprendió—. Tenemos que hablar. No sea grosero.

—¡Déjeme cerrar o le…!

El hombre se ponía difícil. Mark suspiró. No le gustaba usar el método B, pero se imponía utilizarlo ante aquel individuo que ahora se disponía a la violencia.

Alzó su brazo, en apariencia sin esfuerzo, y clavó sus nudillos en el estómago del hombre. Con la otra mano, descargó un golpe de canto en el cuello bronceado y musculoso. Gimió el tipo, echándose atrás, lo bastante para que Mark entrase en su seguimiento y cerrara la puerta sin prisas.

Se repuso el dueño del chalé y miró de hito en hito a su agresor. Estaba calculando por dónde replicar. Mark se apresuró a frenarle los ímpetus.

—No lo haga, muchacho. Tengo una pistola en el bolsillo. A lo mejor se me dispara si se pone usted pesado.

El joven moreno caviló la indicación. Y con evidente malhumor replicó:

—Estoy en mi casa. No se atreverá a nada. Lárguese, maldito entrometido…

—No me voy a ir aún, Valentine. Ése es su nombre, ¿no? Creo que ese Lancashire, desde que se puso teléfono a su nombre, tuvo

tiempo sobrado de largarle este chalé a otro. Si usted es el amiguito de Carol Vance, es Leo Valentine, ¿verdad?

Era un tiro a ciegas, muy arriesgado. Pero parecía ir bien. El moreno se inquietó aunque trataba de disimularlo. Y frotándose aún el estómago, señaló un gabinete inmediato.

—Pase, listo —dijo, irritado—. Creo que va a salir con las manos vacías de todos modos.

Mark entró sin decir nada. Era un *living coqueto y bien tapizado, cuyas paredes habían sido decoradas con un apacible color limón, bordeado de azul. Sentóse frente a una mesita de madera blanca, sin barnizar, de modo que la luz de la ventana le diese de espaldas. Su interlocutor tuvo que sentarse de cara a ella. Y habló en el acto:*

—Suelte lo que tenga dentro, amigo. No voy a invitarle a nada. Me gustaría tener veneno para dárselo en una copa grande. Pero nada de alcohol. Tengo prisa, conque diga lo que sea. ¿Quiere dinero? Le advierto que da en hueso. No tengo un céntimo, y menos para los oportunistas.

Graham dejó que soltara toda la andanada. Luego rió casi silenciosamente y se retrepó en la butaca tapizada de ocre.

—Todo se lo dice usted. ¿Cree que voy a amenazarle con hablar a Philip Charles Vance sobre su amistad con Carol? No, no. A usted no le preocuparía demasiado, salvo por el riesgo de perder a su amiguita rubia. No vengo a extorsionarle, Valentine. Porque ése es su nombre, ¿no?

—Sí, lo es. ¿Y el suyo, lince?

—Mark. Mark Graham. Soy detective privado y dicen que el más duro de San Francisco. Procuro estar siempre a la altura de mi fama.

—Ya lo he visto —gruñó, tocándose el cuello—. ¿Fue luchador?

—Fui muchas cosas y nada bueno. Estuve con los federales. Pero el FBI no quiere a veces ciertos métodos. Dicen que son anticonstitucionales y no sé cuántas tonterías más. Me advirtieron de ello cuatro veces. Cuando a un criminal que salía absuelto por falta de pruebas le retorcí el cuello y unas cuantas partes más de su cuerpo, hasta hacerle firmar la confesión más ideal del mundo, el propio Hoover me llamó a su despacho, me agradeció los servicios prestados y me concedió un permiso ilimitado que todavía dura.

—Le dieron la patada, ¿eh? —rió Valentine.

—Es un modo de explicar la situación como otro cualquiera. Pero el ser duro no es un defecto ni un delito: me permitieron establecerme por mi cuenta. Y ahora llevo una agencia de informes en Frisco. Por eso estoy aquí. Dígame, Valentine, ¿qué clase de relaciones tiene con Carol Vance?

—¿Es el viejo Vance el que le mandó a esto, Graham? Si es así, más debería de cuidarse de sus asuntos que de los referentes a su esposa.

—La ley está de parte de quién se preocupa por la fidelidad de su mujer, Valentine. ¿Ha olvidado eso? Pero no vamos a discutir la legalidad, sino los hechos. ¿Es usted el amante de Carol?

—Oiga, no tiene derecho a decir según qué cosas, por muy detective que sea… —Se enfureció Leo Valentine.

—No se sulfure, amigo. Ella tiene con usted buenas relaciones, no lo niegue.

—No he negado eso. Pero usted acaba de sugerir que ella y yo…

—Bueno, bueno, dejémoslo en una «estrecha amistad» —sonrió Mark, satisfecho de los resultados de seguir tanteando con palos de ciego en un asunto como aquél—. Ciertas amistades son un peligro para mujeres como ella… y hombres como usted.

—¿Qué quiere decir ahora?

—Ya me entiende. Usted tiene el tipo de hombre joven, atractivo y poco escrupuloso capaz de sacarle el dinero a una esposa o a una viuda adinerada. ¡Quieto, no he terminado! —Miró a Valentine, que se dominó con dificultad y siguió, muy precavido—: Ésos son los hechos aparentes. Y cualquiera podría creerlos. ¿Cuál es su oficio, Valentine?

—Deportista y experto fotógrafo —dijo, tras una vacilación.

—Ya. Dos ocupaciones muy vagas. No veo por aquí fotografías suyas.

—No son muy buenas… He fracasado en mi profesión —había amargura en su voz—. No creo que eso sea un delito.

—No, y siento que le falte la suerte o el acierto. Pero eso no es cuenta mía. Lo cierto es que vive del aire, ¿no?

—Escribo crónicas de deportes en un semanario de Los Ángeles.

—¿Una crónica por semana?

—A veces dos o tres.

—Cincuenta dólares todo lo más. Es poco para vivir en un sitio

así. Sigue sin estar claro. ¿Lo ve?

—Bien, ¿y a usted qué le importa todo eso? —Se enfureció Valentine, enrojeciendo.

—Nada. Pero un marido puede llegar a suponer que si su esposa tiene últimamente excesivas salidas de dinero de su cuenta corriente, y que por añadidura ha perdido un broche de brillantes por el que cualquier joyero daría hasta diez mil dólares, y luego encuentra en su bolso cinco billetes de los grandes, sin origen determinado…

—Le paga el viejo Vance, ¿verdad? —Valentine tenía los ojos inyectados en sangre—. Más valdría que ese sinvergüenza traficante, enriquecido durante la guerra después de tener tratos más que sospechosos con individuos de filiación nazi, comunista y hasta anarquista, se ocupase de sus propios asuntos privados, de las modelos de Lissot, de Lorrie Lansen y de tantas otras cosas.

—Espere, Valentine. No me importa Vance, ni Lissot, ni ninguna Lorrie Lansen. Quiero saber cosas de Carol Vance. Para eso me pagan, y no voy a decirle quién.

—No hace falta. Sé que es Philip Charles Vance. Quiere divorciarse de ella para casarse con Lorrie. Eso lo sabemos todos. Ahora dice que se avergüenza de estar casado con una antigua modelo de fotografías indecentes. ¡Hasta compró toda la edición de calendarios que su mujercita se había hecho antes de contraer matrimonio! ¡El muy…!

Valentine siguió con su explosión, y Mark le dejó hacer. Luego el detective se puso en pie y avanzó hacia la ventana. Se giró bruscamente y preguntó a bocajarro:

—¿Es usted socio del Notorious Club?

Leo se quedó desconcertado. Abrió la boca como un pez fuera del agua y dijo al fin:

—Bueno, yo… Soy socio de muchos clubes. No recuerdo ahora los nombres. Deportivos todos. Y alguno de fotografía o cine.

—Éste se halla en The Mission. Y no tiene aspecto de ser deportivo. Puede ser de fotografía o cine, pero lo dudo. Le rodea demasiado misterio para eso.

—Entonces no sé de qué me habla —pero parecía pensativo, taciturno.

Mark iba a continuar hablando cuando sonó el timbre del

teléfono. Leo dirigió una ojeada de angustia al aparato color crema que reposaba sobre un mueble librería color claro. Mark estudió al joven, y luego señaló el teléfono.

—Le llaman, Valentine. ¿Es que no va a contestar?

—Sí, sí… —El joven fue al receptor y lo descolgó. Tras una mirada de apuro al detective, respondió por el auricular—: ¿Eh? Sí, soy yo. Ah, hola, ¿eres tú? Sí, bien. No, ya nos veremos. Luego, donde siempre. No, no puedo. Ya te explicaré. Es que… tengo una visita. Nada importante. Adiós.

Colgó. Le temblaba el pulso. Mark rió, divertido.

—¿Era su adorada rubia, Valentine?

—No era Carol, si se refiere a eso. Y deje de llamarla así. Somos amigos.

—Hubiera jurado que era ella. Pero en fin, si usted lo dice… —Se encogió de hombros y caminó hacia la puerta—. Me voy, Valentine. Puede que vuelva otro día.

—No le abriré.

—Peor para usted. Adiós, muchacho. Y cuidado con sus… amistades. Son peligrosas.

—¡Hago lo que me da la gana! —Se irritó él—. ¡Y váyase de una vez, polizonte del demonio!

—Si me necesita algún día para algo, aquí tiene mi tarjeta —dijo Mark, dejando una pequeña cartulina sobre una mesita del recibidor —. Yo que usted no vería a Carol de nuevo.

—Pero yo no soy usted —se mofó Valentine—. Veo a quien me parece, lince.

—Hace bien. América es un país libre. A veces, demasiado libre. Adiós.

Salió. Valentine se proporcionó el gusto de dar un terrible portazo al marcharse él. Probablemente eso no calmó del todo sus iras. Mark llegó a la avenida cuajada de sicomoros y miró a la casa. Por la ventana del *living vio a Valentine marcando frenéticamente un número en el teléfono. Éste le vio a través del cristal y con violencia soltó el resorte de la persiana graduada. Mark rió sin demasiada alegría y siguió su camino avenida abajo, hasta la parada inmediata del autobús. Ahora no tenía prisa, y el taxi recargaba en exceso su lista de gastos.*

Iba pensando en muchas cosas distintas a las que le preocupaban

antes de ver a Valentine. En un puesto de periódicos de Market estuvo examinando la portada de *Vogue*. La ocupaba una hermosa dama de pelo negro, lustroso, haciendo juego con el color de ojos, y un cuerpo tan blanco como digno de admiración.

Aquella morena beldad, tal colosal en su estilo como la propia Carol Vance en el suyo, figuraba con un nombre que a Mark Graham le resultó familiar: Lorrie Lansen.

Con un silbido de admiración y sorpresa, el detective regresó lentamente, dando un paseo por los bulevares, iluminados artificialmente en el azulado del anochecer, hacia sus oficinas de la Calle Sexta.

CAPÍTULO II

No era de su incumbencia, pero Mark Graham estaba intrigado por un montón de cosas. En principio, cuando aceptó la tarea por la que le contrataba Philip Charles Vance, en busca de pruebas para entablar demanda de divorcio contra su mujer, lo hizo con cierta repugnancia. No le gustaba aquella labor, pero su oficina se dedicaba a investigaciones privadas y, a falta de asuntos más sugestivos, tenía que meterse en aquellos obscuros y feos menesteres.

Por eso seguía a Carol Vance, y por eso ahora, sentado ante la mesa de su oficina, abierta la ventana a la noche luminosa de San Francisco, Mark respiraba el aire sulfuroso, presagio de tormenta, y saboreaba distraídamente un alto vaso de *whisky* con soda. Seguía sin gustarle el asunto, y mucho menos si su cliente tenía tantos motivos como Carol para ser tachado de infiel. Le reventaban los hipócritas y los falsos puritanos. Además, bien mirado, Vance no podía extrañarse de que su esposa no le resultara una dama honorable en exceso. Cuando se casó con ella debía de saber la clase de mujer que era. Lo probaba su lucha por destruir todo residuo de sus escandalosas fotografías y retratos anteriores. ¿Por qué quería divorciarse ahora y buscaba tan afanosamente las pruebas de culpabilidad de Carol?

Suspiró, aburrido. Pensando en todo ello, frente a su ventana, podría estar todo lo confortable que se quisiera, pero nunca averiguaría nada en concreto. Había aceptado aquel asunto a disgusto y ahora todavía le disgustaba más. Quería ver claro, y allí no había modo de aclarar nada. Si Carol tenía algo con Valentine y a su vez Vance tenía lo mismo con Lorrie Lansen… ¿qué demonios le llevaba a buscar el divorcio? Era muy extraño que Vance quisiera casarse con otra dama de condición similar a la de su esposa.

Finalmente se puso en pie, echó a un lado el vaso vacío, se

ajustó de nuevo la corbata, y avanzó hacia la salida cogiendo al vuelo su chaqueta. Apagó la luz y salió. En la calle, el calor era húmedo, precursor de lluvia. El cielo tenía un tinte cárdeno.

Un taxi le dejó en el Barrio Latino, al pie de Telegraph Hill, en el dédalo de restaurantes portugueses, españoles, franceses o italianos abiertos a casi todas las horas del día y de la noche. Solía tomar de vez en cuando algún refrigerio de medianoche en el local de Pietro, un genovés rechoncho, viva muestra de las excelencias de su cocina. Allí entró ahora, y esperó la hora de su refrigerio habitual apurando en una mesita arrinconada un vaso de buen chianti espumoso.

Había elegido aquel lugar por un doble motivo: aparte de serle familiar, daba casi frente a Chez Lissot, la más famosa casa de modelos de todo Frisco. Desde aquella ventanita a la que daba espalda, sus letras en neón rojo, fingiendo la firma y rúbrica de su dueño, eran visibles desde allí, manchando de granate vivo un buen trecho de calle.

Cuando Pietro se le acercó, orondo y feliz, a saber lo que quería tomar aquella noche, Mark alabó las excelencias del chianti y luego encargó los «canalonis» y la perdiz en salsa, dos creaciones de Pietro, que había asimilado lo mejor de cada país en materia gastronómica. Acto seguido, se lanzó a la carga:

—Pietro, ¿conoces a M. Lissot?

—¿Quién, el modisto? —se sorprendió el buen genovés, abriendo sus ojos redondos.

—Sí, ése. Creo que es hombre de gustos exquisitos. Alguna vez habrá venido, ¿no?

—En efecto, algunas veces probó mis platos. Pero ese francés es un hombre… raro. Le gustan más ciertas comidas plebeyas. No es un caballero, no. Tiene dinero, eso sí. Y una posición envidiable. Pero nada más. A veces ha traído alguna de sus chicas a cenar con él. Pero confidencialmente, señor Graham, no creo que ese tipo busque nada con ellas. Es… bueno, un hombre muy remilgado, muy suave… Nada varonil, créame.

—¿Y… recuerdas a alguna de sus… chicas? —sonrió Mark.

—¡Ya lo creo! —Pietro guiñó un ojo. Evidentemente creía entender tanto de esa materia como de cocina—. Rubias, pelirrojas, morenas, de todos los colores, tipos y clases. ¡Y qué tipos, señor Graham!

—A mí me gustan las morenas —juzgó Mark—. Y hay una en Lissot que es maravillosa…

—¡No me diga más! —le cortó Pietro—. Lorrie Lansen. Tiene que ser ésa.

—¿Lansen? —Mark frunció el ceño como si pensara. Lo cierto es que no esperaba aquella popularidad de la joven modelo—. Sí, puede que se llame así.

—Es una muchacha de origen sueco, preciosa. Dicen que es rubia y se tiñe el cabello de negro para estar a tono con el obscuro de sus ojos. Tonterías. Sea como sea, es maravillosa. Y se ve que ha prosperado.

—¿Por qué?

—Empezó viniendo a tomar algún sándwich con sus compañeras de trabajo. Luego, cuatro o cinco veces la acompañó M. Lissot, y ya no tomaba bocadillos, sino manjares y buen vino. Finalmente, dejó de venir de un modo u otro, aunque a veces la he visto pasar en un coche espléndido, uno de esos Cadillac color guinda de último modelo.

—Ya. Y no iría sola, por supuesto…

—Claro que no. —Pietro rió—. Esas chicas siempre siguen la misma línea. Acabará volviendo a tomar sándwiches, aquí o en otro sitio. Y, por último, cambiará de lugar. Todas pasan por las mismas circunstancias. No tienen cabeza, no. En vez de buscar un tipo con quien casarse y llevar una vida sencilla, se complican su existencia con enredos, siempre en busca de dinero. Su misma ambición las derriba.

Mark asintió en silencio. No preguntó más, y durante la cena sólo banalidades mencionó con Pietro. Satisfecho a medias del resultado de su visita, abonó a Pietro la consumición y salió de nuevo a la animación y bullicio del Barrio Latino.

Se acercó hasta Chez Lissot. Era una edificación ultramoderna, abundante en metal y vidrios gigantes, como si todo se hubiese montado al aire. Los escaparates, descomunales, habían sido decorados con habilidad, de forma que no resultaran desorbitados. Había maniquíes, tan esbeltos y estilizados como sus modelos de carne y hueso. Y vestían ropas prodigiosamente elegantes y prodigiosamente caras. Un modelo parecido al que viera en la portada de *Vogue* atrajo su atención. Allí tenía más encanto que en

la fotografía. Tal vez por la distribución de luces rojas y azules en torno al terciopelo *chifon*. Un ramo de tulipanes artificiales completaba el conjunto, a la altura del seno derecho.

Mark se cansó pronto de contemplar aquel espectáculo. Regresó hacia Market, y una vez allí se decidió a llevar a cabo la segunda diligencia de aquella noche.

El Bay Club estaba casi al final de Market Street, dando frente al edificio de las oficinas del *ferry*. Era un local como todos los clubes nocturnos de San Francisco o de cualquier otra ciudad americana. Se bebía, se bailaba y se procuraba romper el hielo con las «taxi-girls» o las que iban a entablar conocimiento con los clientes adinerados.

Mark eludió dos o tres ataques femeninos desde la puerta del local hasta la barra, y allí pidió por Sam Benson. Poco después, el buen Sam apareció, interrumpiéndole el *whisky* a medio tomar.

—¡Hola, muchacho! —saludó el gerente del Bay Club—. ¿Qué andas haciendo por aquí? ¿Alguna buena pista tal vez?

—No, Sam —se lamentó Mark—. El asunto que llevo ahora no es nada interesante. Un caso de futuro divorcio.

—Entendido. —Sam comprendía bien los problemas de Graham—. Es una pena que un muchacho como tú pierda su juventud y sus facultades en obscuros casos personales. No eres detective para esa clase de problemas.

—Cada cual tiene su sino trazado. El mío es trabajar siempre a disgusto, Sam. Y ahora dime: ¿conoces el Notorious Club?

Sam silbó, mirando a su amigo. Evidentemente, lo conocía bien. Dijo:

—Claro que lo conozco. ¿Te interesa ese lugar tal vez?

—Mucho. Tengo gran interés por entrar. Pero ponen dificultades.

—Puedo ayudarte. Te entregaré una tarjeta. Di Santi es conocido mío. A veces me ha pedido favores. Todos nos tenemos que ayudar unos a otros.

—¿Di Santi?

—Marcelo di Santi. Es el propietario y director de ese club. Te dejará entrar si vas recomendado por mí.

—¿Tan terrible es ese sitio, Sam?

Sam se encogió de hombros, súbitamente hermético.

—Ya lo averiguarás por ti mismo, Mark. Pero no compliques mucho las cosas, a ser posible… Me culparían a mí de ello. Y comprende que entre nosotros debe existir cierta ética. No estaría bien que les perjudicase al enviarte.

—Procuraré ser comedido y discreto —sonrió Mark.

Media hora más tarde, entraba de nuevo en el extraño club de The Mission. Esta vez, el cancerbero gruñó algo ronco entre dientes y acabó por abrir la puerta, después de pasar al interior la mágica tarjeta de Sam.

Se encontró en un lugar completamente distinto a todos los clubes que conocía. Flotaba en el ambiente un algo somnoliento, quieto, silencioso. Esa sensación le siguió por el largo pasillo lujosamente decorado, hasta una salita llena de espejos, sillas y mesas de tubo cromado, todo ello fulgurante y frío. En un reducido mostrador, un hombre con chaquetilla azul y gorrito de igual color batía una coctelera. Dos o tres parejas bebían y hablaban, en tono no muy alto. De algún lugar desconocido brotaba música. Una música lenta, cadenciosa y dulzona. Mark parpadeó, cegado por las luces que reflejaban los espejos.

Bebió dos *whiskies* en el mostrador, y pronto se sintió atraído por un suceso: una de las parejas se deslizó a través de un espejo, desapareciendo. Mark frotóse los ojos para convencerse de que no había visto mal. La pareja no estaba, eso era evidente. Se acercó con calma al espejo, como si estuviera muy habituado a aquel lugar, y ya más cerca se explicó el misterio, que lo bruñido de la luna no permitía apreciar, por el juego de luces estudiado a tal efecto. Había una puertecilla, que Mark empujó, dejándole paso, para inmediatamente cerrarse de nuevo, tal vez impulsada por un resorte de aire comprimido.

Se encontró en otro pasillo, iluminado tenuemente, desnudo de puertas. Lo recorrió hasta un espeso cortinaje que alzó, tropezando con otro corredor donde un rótulo similar al que se enciende en un avión cuando despega indicaba, luminoso: SILENCIO.

Realmente intrigado, Mark fue observando en torno suyo. Aquella sensación dulzona y quieta que le asaltara al principio era allí más patente. Y la musiquilla seguía llegando hasta él, amortiguada, blanda, espesa… Sintió sueño, deseos de cerrar los párpados y dormir. Aquello le puso alerta. Todo allí invitaba al

sueño. ¡Sueño! La palabra le dio la solución parcial. El Notorious Club podía ser un fumadero de marihuana, de opio o, simplemente, un lugar de reposo para personas agitadas de un mundo agitado.

Había oído hablar en varias ocasiones de ciertos «institutos del sueño» que había en California, destinados a devolver el reposo perdido a gentes insomnes. Pero no recordaba que ninguno tuviese aspecto de club nocturno.

Aquel corredor tenía puertas. Casi todas, cerradas, ostentaban un rotulito variable sobre el picaporte, que indicaba: OCUPADO. Algo similar a los lavabos. Al encontrar una con la expresión: LIBRE, abrió y se introdujo allí. También algo suave, acolchado y sin ruido, cerró la puerta por su impulso. Mark sólo tuvo que girar el picaporte para variar el rótulo exterior.

Asombrado, miró en torno. La habitación aparecía acolchada en muros, suelo y techo. Espesas cortinas de terciopelo, divanes, una cama turca, repleta de cojines y almohadones blandos como caricias de mujer, luz tamizada y tenue, brotando de lugares inexplicables, la lejana musiquilla, más dulce y ronroneante que nunca… Mark se sintió a punto de dejarse vencer y dormir. Dormir sin preocupaciones. Sobre la mesilla de noche había un paquete de cigarrillos y una caja de laca cerrada.

Examinó los cigarrillos: marihuana mezclada con tabaco. La caja contenía tres compartimentos: uno, con una jeringuilla y una ampolla, otro con un sobrecito azul, y el tercero una pipa con algo oscuro.

Mark sonrió. Morfina, cocaína y opio. Con la marihuana; un perfecto póker de drogas narcóticas. Allí se podía dormir, evidentemente, por impulso natural. Bastaba el ambiente. Pero también se podía dormir de modo artificial. Cualquiera de aquellas cuatro cosas harían lo demás.

—¿Le gusta este lugar, señor Graham?

La pregunta le sobresaltó. Dio un respingo y, mirando en torno, no vio absolutamente a nadie. La puerta seguía cerrada. Nada se había alterado. Pero la voz rió, como si le viese a él sin ser vista, y continuó:

—No me tache de melodramático, señor Graham. Esto no es un palacio encantado ni una casa siniestra. Si tiene usted sueño, puede dormir. Si no… váyase enseguida.

Esto era una amenaza. La voz no había tenido nada de somnolienta al decir sus tres últimas palabras. Mark comprendió que estaba en franca inferioridad.

—Me gusta ver siempre a las personas con quienes hablo —dijo irritado—. Sus métodos me recuerdan las novelas de aventuras de hace cuarenta años.

—Y a mí no me gusta que un detective meta las narices donde no debe, señor Graham. No debió de pedir a mi amigo Sam que escribiese su nombre. Estamos informados de quién es usted.

—Ya. Valentine, ¿eh? Así que es socio —la voz permaneció callada ahora, Mark había localizado un enrejado sobre el lecho. Podía ser un altavoz—. Bien, esto aclara algunas cosas. Pero también agrava la condición de su establecimiento.

—Basta. Lárguese, amigo. No quiero verle más por aquí. Y no acuda a la Policía. Mi local es conocido. Si lo registran, hallarán todo tal como está. Pero no esas cajitas de laca. Mi organización es perfecta. Y nadie le creerá.

Mark estaba seguro de que así sería. Aquella voz resultaba demasiado segura de sí para ponerlo en duda. Vencido, abrió la puerta y salió al pasillo. Cruzó los dos corredores y alcanzó la sala de espejos. Lo hizo intencionadamente, sin encaminarse a otro corredor que indicaba: SALIDA. Sabía positivamente que el club tendría varias salidas de emergencia para los clientes que no debieran ser vistos.

El bar seguía igual. Sólo que había un hombre alto, delgado, muy rubio, tomando un vaso de licor verdoso. Y cuando él pasó, le sorprendió ser llamado:

—¡Eh, señor Graham! ¿Ya se va?

Volvióse, algo molesto. Aquella voz sonaba parecida a la de la habitación, sólo que sin el tono metálico del micrófono. El hombre rubio le sonreía desde la banqueta. Mark se aproximó a él con calma.

—¿Es usted Marcelo di Santi? —preguntó a bocajarro.

—Sí, yo mismo. Y usted Mark Graham, amigo de mi amigo Sam Benson. Eso dice la tarjeta —el rubio le seguía mirando con aire de burla.

—Sam no tiene nada que ver en esto. No sabía a lo que venía.

—Bien. Lo celebro. Me gusta la lealtad entre los de nuestro

gremio. ¿Le ha gustado mi humilde club, señor Graham?

—Bastante. Ahora entiendo muchas cosas. Es un lugar ideal para reunirse un hombre y una mujer con intenciones deshonestas.

—¿Qué quiere decir? —se asombró ahora Di Santi, tornándose serio.

—Usted ya me entiende. Carol Vance se encuentra aquí con Leo Valentine, ¿verdad? Es un buen lugar, a refugio de maridos irascibles. Y muy… reservado.

—Espere, Graham —el tono de Di Santi era ahora muy duro—. No puede entrar más que una persona en cada habitación. Tenemos instalado un buen sistema de altavoces y micrófonos.

—Ya lo he comprobado.

—Sabríamos en el acto quiénes faltan a esa disposición. Y serían expulsados del club. Esto no es un lugar indecente, Graham. Cuidamos la moral. Pero si cada uno tiene un método para dormir, no nos vamos a meter a moralizar sobre eso. Son dos cosas distintas.

—Está bien, de todos modos, aquí se pueden ver personas comprometidas con mucha reserva. Eso no me lo negará.

—¿Y bien? ¿Hay algo malo en ello? —le desafió Di Santi, con ojos brillantes.

—Nada… mientras alguien no disponga una investigación a fondo. El día que eso ocurra, su club resultará muy perjudicado, Di Santi. Aunque tenga amigos importantes. Pero a mí no me preocupa su negocio, después de todo. Es uno de sus clientes el que me interesa.

—¿Valentine?

—Puede ser.

—Pregúnteme algo sobre él, y puede que le ayude —sonrió Di Santi—. ¿Por qué vamos a ser enemigos si no nos necesitamos perjudicar uno al otro?

—Ha cambiado muy de repente, ¿eh? —Mark sentóse junto a él. Ya no le producía sueño el ambiente bien estudiado del Notorious —. Bien, por mí no hay inconveniente. Seamos amigos, Di Santi. ¿Conoce usted a Carol Vance?

—¿La esposa de Philip Charles Vance? Sí, la conozco. Usted sabe que es cliente nuestra. Pero si quiere averiguar asuntos confidenciales de una mujer como ella, no hablaré.

—No quiero saber nada de eso. Todo lo que usted pueda

decirme, ya lo sé. Es otra cosa la que voy a preguntarle: ¿conoce ella a André Lissot, el modisto?

—¿Lissot? —Di Santi enarcó las cejas—. Claro. Todos le conocemos. Es cliente nuestro. Y creo que la señora Vance lleva a veces modelos de su casa.

Mark dirigió este informe. De modo que Lissot también era un narcotizado. Y la señora Vance vestía en su establecimiento. Las cosas cada vez se enredaban más. Sabía que se estaba metiendo en un terreno que no le incumbía. Philip Charles no le pagaba por hacer todo aquello. Pero Mark seguía viendo muchos puntos raros en el encargo del millonario, y quería tener algo positivo que exponer cuando volviese a verlo al otro día.

—¿Lorrie Lansen es también cliente suya, Di Santi? —espetó de pronto.

—¿Lansen? Me suena el nombre pero no conozco a nadie así. No, decididamente no.

—Es una pena. El cuadro hubiese estado completo…

Volvióse Mark en aquel momento. Dos nuevos clientes entraban en el club, charlando entre sí en voz baja. Di Santi carraspeó y dirigióse a ellos, dejando a Mark allí solo. El detective observó a la muchacha rubia, de figura hermosa y juvenil, cuyos ojos aparecían enrojecidos por el alcohol. Reía nerviosamente de vez en cuando, y llevaba manchas sobre su magnífico traje de noche color naranja. Tal vez una copa caída en algún lugar. La dorada melena era distinta a la de Carol Vance. Tenía un tono ceniciento, y el cabello era liso, caído sobre los hombros. Pero en curvas y atractivo físico andaba muy pareja a la esposa del millonario. Esta tal vez fuese cuatro o cinco años más joven que Carol Vance. Pero la bebida le había estropeado prematuramente su juventud.

La acompañaba un hombre delgado, moreno, vivaracho, de cabellos lustrosos y muy lisos, peinado con raya en medio. Una nariz prominente sobresalía del rugoso rostro. Vestía con elegancia el esmoquin y tenía ademanes y gestos muy blandos.

Mark pudo oír el saludo de Di Santi, y renovó su curiosidad hacia los recién llegados.

—Buenas noches, señorita Mayo —dijo el dueño del local—. Hola, M. Lissot.

De modo que aquél era el modisto francés. Y la rubia Mayo

podía ser una modelo suya, aunque Mark se resistía a creerlo. Parecía mucho más desenvuelta y segura de sí que una vulgar empleada. Lissot la tomaba del brazo como temeroso de que pudiera romperse si apretaba mucho. Los ojos obscuros del francés eran enfermizos, sumidos.

Mark abonó sus consumiciones y se encaminó a la salida. Di Santi se volvió a él cuando pasaba por su lado.

—¿Se va ya, señor Graham? —inquirió, algo sorprendido.

—Sí, Di Santi. Atienda a sus clientes. Tengo prisa.

—Oh, ¿por qué se va ahora? —habló con voz espesa la joven, mirándole fijamente—. Ahora que vengo yo, se marcha el hombre más joven y guapo que he visto en el club en toda mi vida…

—Jan, por favor… —le apremió Lissot, algo irritado.

—Pero si es cierto, André —dijo la muchacha, evidentemente bebida—. ¡Qué mocetón! Oiga, señor… ¿Graham ha dicho?… ¿Por qué no se queda con nosotros y…?

—El señor Graham tiene prisa —intervino ahora Di Santi con rapidez—. Se retira ya.

—Pues sigue siendo una pena. Es tan guapo… —Ella rió estúpidamente—. Adiós, señor Graham.

—Adiós, señorita. Y gracias por sus cumplidos.

Mark se dirigió a la puerta. Escuchó lo que decía ahora muy enfadada la rubia:

—¡Sois todos insoportables, André! Para una vez que viene al club de papá un hombre que merece la pena, no me dejáis hablar con él… ¡Os odio, os odio!

Y soltó una risotada que alcanzó aun los oídos de Mark cuando éste salió del Notorious Club.

CAPÍTULO III

Mark se apartó de la ventana. El Cadillac color guinda seguía allí abajo, junto a su acera. Y frente a él, en la reducida oficina, seguía el impasible Philip Charles Vance. Con su cabello claro, casi blanco en las sienes y frente, sus ojos azules y fríos, su aire de hombre importante.

—¿Qué es lo que quiere decirme, Graham? —preguntó secamente el magnate—. Mi tiempo está contado. Y su oficina no es agradable. Conque abrevie, por favor.

Mark miró de hito en hito al millonario. Le molestaba su despotismo.

—Mire, señor Vance. A mí son muchas las cosas que me molestan, y las soporto cuando no tengo otro remedio. Usted me tiene que escuchar ahora, y va a hacerlo.

—¿Es una orden, Graham? —se encolerizó el famoso hombre de negocios.

—Tómelo como quiera, pero déjese de fingimientos. No quiera seguir dorándome la píldora. De ayer a hoy he averiguado bastantes cosas.

—Bien, es lo primero sensato que dice usted. ¿Tiene pruebas contra mi mujer?

—Espere. Eso viene al final. Sé que su mujer tiene relación con Valentine, que ambos frecuentan un local muy dudoso y extraño, que Valentine vive demasiado bien para lo que gana o dice ganar. Y que es un mozo de los que gustan a las mujeres.

—Bien, eso no me preocupa. Cuando me diga dónde se encuentran y cuándo podemos sorprenderles allí, habrá usted concluido su tarea. Y recibirá los trescientos dólares que le ofrecí por esta labor.

—Y usted planteará su demanda de divorcio, casándose luego con Lorrie Lansen, la modelo de André Lissot, ¿no es cierto?

—¿Eh? —Vance perdió algo de su impenetrabilidad. Se irguió, desconcertado—. ¿A qué viene eso ahora?

—Viene a que no me gusta nada todo este asunto, señor Vance. No me gustó su encargo y aún me gusta menos lo que estoy averiguando. Hay un enredo descomunal, y aún mayor con lo que he averiguado esta mañana en casa de Lissot y en otro lugar. Usted mantiene a Lorrie Lansen, ella tiene un apartamento de primera categoría a su nombre, en una residencia de Nob Hill, que usted le adquirió, y sin embargo sigue trabajando como modelo en Chez Lissot.

—Todo eso a usted no le importa, Graham —cortó glacialmente el millonario—. Aténgase a su propia misión y cállese todo lo demás. No le pago para eso.

—Aún no he terminado. Usted, señor Vance, ha hecho su fortuna en Europa, durante la guerra. Los medios fueron poco claros. Estuvo en Holanda, en Francia y en Italia durante la resistencia. Su historial es muy turbio. Pero ahora es rico y tiene una posición. Es posible que todo ello borre el pasado. También enriqueció Lissot, y Di Santi. Los dos, por mera casualidad al parecer, estuvieron en Europa por aquellos años. Y todavía hay más. Nuestro amigo Valentine, que no es tan joven como físicamente parece, estuvo en Europa desde 1940 a 1943. Todo ello parece muy casual, ¿verdad?

—Le repito que no sé adónde va usted a parar con todas esas tonterías. No conozco personalmente a Leo Valentine, ignoro qué hicieron en Europa Lissot o Di Santi, e incluso quién es este último, y no veo razón para soportar sus discursos. Me aburren. Si no quiere seguir el caso, me marcho y no ve usted los trescientos dólares. Eso es todo.

Vance se iba a levantar. Mark rodeó la mesa, encarándose con él.

—Mire, señor Vance, no me gusta que me utilicen de juguete en asuntos turbios. No sé lo que pretende ni qué es concretamente lo que busca, pero voy a decirle algo: en todo este asunto hay algo muy feo. Usted sabe que no puede, en buena lógica, sustentar una demanda de divorcio contra su mujer, porque ella le replicará muy duramente. Sobran pruebas de sus relaciones con Lorrie Lansen, mientras que sobre las de ella con Valentine no hay ni la décima parte. No es usted tonto, Vance. No puede esperar engañar a nadie

con esa pretensión. Su infidelidad conyugal es *vox populi*. Sus rastros son tan grandes como catedrales, y hasta un tonto puede seguirlos. Así que baje de las nubes y enfréntese con las cosas valientemente. No trate de engañarme y de hacerme ver las cosas de otro color: ¿Qué persigue con esa vigilancia a que somete a su esposa, y para qué lo hace?

Philip Charles Vance pareció a punto de hablar. Pero permaneció silencioso unos segundos, se incorporó finalmente del asiento y miró con frialdad al detective.

—Ha tomado usted su decisión, Graham. Ahora tomo yo la mía. Hemos terminado. No siga usted el asunto. Con la cifra inicial que le entregué, se cubren gastos y diligencias. Déjelo ahí y cierre el caso. No le daré ni un centavo más. Buenos días.

Vance dio media vuelta y salió, cerrando de golpe la puerta. Mark Graham se quedó silencioso y pensativo. Vance era muy duro de pelar. Y sus trescientos habían volado definitivamente. Pero ahora el detective vislumbraba la posibilidad de llegar más lejos en aquel caso. Obraría por su cuenta, quisiera o no el hombre de hielo. Y al final posiblemente se arrepintiera de haberle dado la patada.

Tomó el teléfono y marcó un número. Esperó. Finalmente, una voz sonó al otro lado del hilo. Era musical, agradable y educada. Mark se imaginó a la mujer que la poseía.

—¿Dígame?

—¿Señorita Lorrie Lansen?

—Sí, yo misma. ¿Quién llama?

—No me conoce usted. Mark Graham. Soy un buen amigo del señor Vance. Necesito hablar con usted esta misma mañana. Es muy importante. ¿Puede concederme unos minutos en su casa?

—Lo siento, señor Graham, pero voy a salir ahora. Tengo que hacer unas compras y luego ver al señor Vance. Pero si es algo urgente…

—Lo es, se lo aseguro.

—Bien; entonces, después de mis compras, suelo tomar algo en Pikie's. Pongamos… entre once y doce del mediodía.

—Estupendo. Gracias, señorita Lansen. Hasta luego.

Colgó. Aun hizo otra llamada. Ésta era a la Jefatura de Policía. Preguntó por el teniente Bannister, de la Brigada de Homicidios. Al sonar su bronca voz, Mark pidió:

—Oiga, teniente, soy Mark. Mark Graham. Necesito unos datos importantes de la Policía.

—¡Vaya, Mark! —tronó el teniente—. Si no recuerdo mal, la última vez que le di unos datos le sirvieron para adelantarse a la Policía, salvar a un cliente de la cárcel y demostrar la culpabilidad de otro, tachándonos de asnos ante la opinión pública.

Mark rió.

—Esta vez no hay nada de eso, teniente, respire tranquilo: sólo se trata de un asunto de desavenencias conyugales, posible divorcio y cosas por el estilo. Nada escandaloso, fuera del ambiente puramente social.

—Bien, quiero imaginar que es eso realmente. ¿De qué se trata?

—Hay cuatro personas cuyo pasado me preocupa mucho, teniente. Se trata de Philip Charles Vance, el millonario, Marcelo di Santi, Leo Valentine y el modisto André Lissot. Unos son de origen europeo y otros estuvieron en Europa durante los años de la Guerra Mundial. Me interesaría mucho saber sobre ellos algo correspondiente a esa época y aun posteriormente, a su regreso a los Estados Unidos.

—¡Hum! Mucho me parece para un mero caso de divorcio, Graham. ¿Seguro que no me engaña?

—Seguro —sonrió Mark—. Mi palabra de honor que me han encargado un caso de divorcio. Y a eso se reduce todo por ahora.

—Ese «por ahora» es muy vago, Graham. Pero en fin, vamos allá. Repita los nombres y veremos qué se puede hacer. Si el archivo tiene algo, se lo diré dentro de una hora todo lo más. Quiero cooperar con ustedes, los investigadores privados. Pero si algo sale que no sea «escándalo social»… No se olvide de que también me gusta que se coopere con nosotros.

—Lo recordaré, teniente. Gracias. Ahí van los nombres. Si sabe algo, llámeme a la una a mi oficina.

Le repitió los cuatro nombres y colgó. Recogió su sombrero y sobretodo en previsión de lo que pudiera reservarle el nuboso día otoñal, y salió a la calle, dirigiéndose al centro de la ciudad.

Lorrie Lansen era mucho más llamativa y hermosa que en la fotografía. Le sucedía algo parecido a lo de su traje de noche, que ganaba al natural un ochenta por ciento.

Estaba sentada ya a una de las redondas y pequeñas mesitas de

Pikie’s, ante un té con leche, tostadas, mantequilla, mermelada y fruta escarchada. Le tendió una mano blanca, larga y estilizada, culminada en puntiagudas uñas de color plata. Su fino vello claro, que no escapó a la percepción de Mark, parecía confirmar la aseveración de Pietro de que era una rubia teñida de intenso negro. Y ciertamente que era algo muy bien hecho, puesto que el obscuro de sus grandes ojos y el blanco de su fina fiel formaban el conjunto más sugestivo e ideal capaz de acumularse en una mujer.

Vestía un traje de mañana sencillo y costoso, un sombrero graciosamente sostenido en equilibrio sobre su melena azulada completaba el atavío de la joven. Sobre una silla inmediata se acumulaban varios paquetes de distintos establecimientos.

Mark sentóse frente a ella y pidió un café solo bien cargado y un sándwich de York dulce. Luego, ante la mirada fija y turbadora de la joven, habló con calma:

—¿Hoy no trabaja en sus modelos, señorita Lansen?

—No. Sólo lo hago tres veces por semana: martes, jueves y sábados. Son otras las modelos que han de actuar a diario. Es una tarea muy fatigosa.

—Que usted no tendría necesidad de seguir haciendo, puesto que vive con holgura.

Ella detuvo un trozo de tostada bañado en té a mitad de camino hacia su boca. Clavó en Mark una mirada que tenía cierta dureza. Cuando habló, lo hizo secamente:

—Ése es asunto mío, señor Graham. No veo que pueda interesar a nadie más.

—De acuerdo. Al fin y al cabo, usted será pronto la señora Vance…

Esta vez la tostada estuvo a punto de ser expulsada nada más ponerla en la boca. Ella abrió sus labios rojos y grandes, dibujando casi la pregunta:

—¿La… señora Vance? ¿Quién le ha dicho esa tontería?

—Puede que haya sido el propio Philip Charles.

—¿Él? ¡Imposible! —ella empezó a desconfiar—. Oiga, ¿es usted realmente un amigo suyo?

—Ya le dije que sí. Por eso sé que van a casarse en cuanto él obtenga el divorcio. Será cuestión de semanas, quizá meses, y luego conseguirá casarse con él.

Ella estuvo unos segundos callada. Luego, estalló en una carcajada larga y agria. Finalmente, miró al silencioso Mark con ironía.

—Para ser su amigo le conoce muy mal, Graham. Philip no se divorciará nunca de Carol. Ni, mucho menos, se casará conmigo. Ni él pretende semejante locura, ni yo ligaría mi vida a un marido tan… tan poco apropiado para mí. En realidad, nunca he pretendido cazarle hasta ese punto, ni él me habló jamás de matrimonio. A las chicas como yo no se las engaña con cosas así.

—A Carol no la engañó. Y dicen que era bastante peor. Por lo menos, a usted la he visto siempre vestida en las fotografías. Ella, creo que no puede decir igual.

—Siempre se comete una tontería en la vida. Vance la cometió. Pero le ha salido bien, y Carol se porta como debe desde que es la señora Vance. Y ahora que pienso en ello, señor Graham, ¿es que ha venido a hablarme con tanta urgencia de todo esto? Me parece que hemos debido equivocar la conversación.

—No, no la hemos equivocado —sonrió Mark, apurando su café —. Yo no la engañé al decirle que soy amigo de Vance. Pero me olvidé de añadir que también soy detective privado y que trabajo para él en un caso.

—¡Detective! ¿Y esto es un truco, tal vez dirigido por la señora Vance? —Ella se puso en pie, encolerizada—. ¡Váyase, Graham, antes de que organice un escándalo!

—No se ponga así, señorita Lansen —pidió Mark—. No pretendo molestarla. Sólo averiguar sí…

—¡Márchese! ¡No estoy dispuesta a escucharle ni un momento más!

Algunos camareros miraban ya hacia allí. Mark consideró más prudente hacer mutis. Dejó sobre la mesa un billete de cinco dólares y salió de la cafetería tras dirigir una silenciosa inclinación a Lorrie.

Una vez en la calle meditó sobre lo que había oído. Podía ser falso, pero Lorrie le había parecido sincera al hablar; posiblemente ni siquiera soñaba con la idea de llegar a ser algún día la señora Vance. Su pregunta la dejó atónita, o era la mejor actriz del mundo.

Cabía la posibilidad de que Vance mantuviera callados sus propósitos de divorcio, pero no era lógico. Un hombre nunca calla cosas así a la mujer con quien tiene relación.

Mark volvió a su oficina, donde esperó la llamada del teniente Bannister. El policía fue puntual. A la una y dos minutos, repicó el teléfono. Mark se puso al habla.

—Oiga, Graham, tengo lo que necesita —dijo la voz del policía —. No sé de qué podrá servirle, pero creo que iba bien encaminado al pedir esos informes. Hay un factor común a los cuatro personajes que usted menciona en su petición.

—¿Cuál, teniente?

—Aparte de haber pasado la ocupación alemana en Europa, los cuatro tuvieron participación activa en la Resistencia. De un modo u otro, tanto Di Santi como Vance, Lissot como Valentine, lucharon contra los alemanes en los días azarosos de la ocupación nazi. ¿Le sirve eso?

—Aún no lo sé. Pero es probable que tenga su significado cuando pueda ver claro.

—Mire, Graham, a mi tonterías, no. Soy ducho en estas cosas, no está hablando con un parvulillo. Usted anda detrás de algo más serio que un simple divorcio. Y lo prueba la acusación de homicidio que pesa sobre él…

—¿Sobre quién, teniente? —se excitó Mark, despertando súbitamente todas las fibras de su ser—. No me había dicho nada de eso…

—Ni se lo diré tampoco mientras no juegue limpio conmigo, Graham —dijo con aspereza la voz de Bannister—. ¿Qué lío es ése en que está metido ahora?

—Creerá que le engaño, teniente, pero le juro que es la pura verdad. He tenido desde un principio la corazonada de que sigo algo muy gordo. Sin embargo, nada sé con seguridad. Me faltan muchas cosas por saber. Esa del homicidio puede ser una de ellas…

—No lo creo. Es demasiado viejo. Fue una muerte dudosa, durante la Resistencia. El asesinato de un funcionario francés, aparentemente por error. Ocurrió en Holanda, cerca de la frontera belga. Se dijo que el funcionario se hacía pasar por alemán, y a eso se debió el error. Lo cierto es que nunca se supo nada sobre ello, y François Terrail quedó allí enterrado, bajo los tulipanes holandeses, sin que se esclareciese el misterio.

—¿Quién lo mató?

—Leo Valentine, un *gigoló* de mala fama en Montmartre, que

ahora reside en Nob Hill.

—Sí, le conozco.

—Aparenta veinticinco años, y pasa de los treinta y cinco —dijo Bannister—. Es un degenerado. Lógicamente, si mató por lucro a Terrail y no por error, debió quedarse con el maletín lleno de dólares legítimos, enviados por la ayuda norteamericana al movimiento de resistencia holandés. Pero ese dinero no apareció jamás, y aunque Valentine vive muy bien, el origen de su fortuna no parece ser precisamente ése.

—¿No se pudo aclarar después de la guerra?

—Fue una época muy nebulosa, donde el heroísmo estaba a un paso del crimen. Nunca sabremos a ciencia cierta lo que fue la muerte de François Terrail. Pertenece a una época demasiado difícil. El Gobierno francés dictó auto de procesamiento contra Valentine, pero éste se había nacionalizado ya americano cuando esto ocurrió, y no pudieron hacer nada. Nuestro Gobierno no encontró pruebas suficientes para la extradición o cualquier otra medida.

—¿Así que se enterró el asunto?

—De un modo relativo. Si volviese a Francia lo encerrarían enseguida. El Gobierno afirma que en el maletín desaparecido a Terrail, que se hacía llamar *herr* Brunner, iban ochocientos mil dólares en billetes usados, cuya numeración sólo sabía su propio portador, miembro del Servicio Secreto francés, adherido a la Resistencia.

—Todo muy folletinesco, ¿eh?

—Puede que sí. La cosa no está clara ni es ya de nuestra incumbencia. Pertenece al pasado y no gravita sobre la vida actual de Leo Valentine. Pero usted pidió datos precisamente sobre esa época de sus cuatro hombres, y ahí tiene lo más señalado de ello. Sobre los otros tres, apenas hay nada. Fueron compañeros en la Resistencia, pero tal vez ni siquiera coincidieron jamás. De Vance es muy dudoso que estuviera con ellos, sobre todo. Y ahora dígame, Graham, ¿qué sabe usted de esos hombres? No ande con tapujos, muchacho, o será peor.

—Quiero obrar lealmente con usted, teniente. Y le garantizo que, hoy por hoy, nada está claro aún, ni mucho menos. Su informe me ha llenado de asombro y abre nuevos horizontes que tal vez

acaben por no ser nada o ser mucho. Veremos. Le prometo irle informando de todo lo que descubra o imagine acerca de ese caso. Creo que no hay nada serio delictivo… todavía.

—¿Qué sugiere con ése «todavía»?

—Nada aún, teniente. Veremos. Gracias por su ayuda, y hasta pronto.

Colgó, sin escuchar más a Bannister. El policía había sido, al parecer, leal con él. Procuraría corresponder, en la medida de lo posible.

Bajó a almorzar al restaurante inmediato al edificio donde tenía las oficinas. No supo que, al salir y cerrar tras de sí la puerta de su oficina, el teléfono sobre la mesa empezó a repicar insistentemente.

De haber estado allí Mark Graham, hubiese recibido aquella llamada. Y allí hubiera terminado el caso. Pero Mark, cuando descendía en el ascensor que le dejó en la planta baja del edificio, no podía saber nada de ello.

Almorzó tranquilamente en el restaurante donde solía hacerlo. Hasta más tarde no podría dar el paso siguiente. Reflexionaba entre bocado y bocado, atando cabos.

Cuando terminó, regresó a su oficina. El teléfono estaba silencioso. Del otro lado del hilo, el secreto no llegaría ya.

Mark llamó a NOB-
341 829.
Oyó repicar el teléfono durante cuatro, cinco, seis veces. No acudió nadie. Esperó hasta la octava llamada. Entonces colgó.

En aquel momento llamaron a la puerta de la oficina. Mark frunció el ceño. No estaba predispuesto a recibir visitas. Pero tenía que atender a quien llamaba.

Abrió. Un hombre alto y bien parecido, de edad madura, entró en la oficina. Sus cabellos eran de un gris casi blanco; sus ojos aparecían velados por el color acaramelado de unas gafas de montura dorada. En su mano derecha estrujaba unos guantes de cabritilla, y la calidad y dibujo de su abrigo eran excelentes.

—Buenas tardes —dijo el hombre, añadiendo rápidamente—. No pregunte quién soy. Usted no me conoce, pero yo sé quién es. Se llama Mark Graham y es detective privado. Mi nombre es Arthur Mayo. ¿Ha oído hablar de mí?

—Sí. Tiene tantos millones como dedos, o quizá alguno más. Y

una hija preciosísima, llamada Jan. Pero ella bebe demasiado y frecuenta sitios poco recomendables.

Mayo pareció perder un cincuenta por ciento de su seguridad y aplomo.

—¿Cómo lo sabe, Graham?

—Yo también tengo mis fuentes informativas —sonrió burlón el detective—. Pase y siéntese. ¿Va a encargarme algún asunto?

—Es posible. Todo depende de que usted lo acepte. —Mayo tomó asiento, examinando con aire crítico la estancia—. No es un vulgar asunto propio de una agencia informativa.

—Entonces, ya puede empezar a levantarse. Estoy harto de tonterías. Soy un detective, no un hacedor de milagros. Pero si quiere decir lo que sea antes de marcharse…

—Se lo diré. Quiero que aparte a mi hija Jan de su vida actual. Si lo consigue, tendrá tres mil dólares al terminar su labor.

—Oiga, ¿he oído bien? ¿No habrá creído que esto es una agencia de niñeras por horas?

—No sea cáustico, Graham. Sé quién es usted y lo raro que resulta pedirle esto. Pero me entenderá si me escucha. Jan necesita un hombre duro, violento, que no se deje influenciar por sus encantos y sus zalamerías, para arrancarla de lo que sea nocivo para ella, por mucho que la guste. Usted tiene fama de serlo. Y puede cumplir mi deseo. Tres mil dólares merecen la pena. Además, ella tiene amistades que no me gustan: una es Leo Valentine, por quién está loca. Apártela de él a toda costa. Otra es Marcelo di Santi, un traficante de drogas nada recomendable. Por eso hace falta usted. Son gente también dura y de mal vivir. No es precisamente tarea de niñeras vigilar a Jan.

—Para ser hija de un millonario tan prestigioso y de tan fuerte personalidad en la política, su hijita se descarría mucho, ¿no?

—Demasiado. Tal vez sea culpa mía. La ausencia de una madre la ha hecho crecer excesivamente mal criada. Ahora, me encuentro impotente para frenarla por mí mismo.

—Entiendo el caso. Pero ¿quién le habló de mí, señor Mayo? Eso me intriga.

—Ha sido un amigo mío que le conoce —dijo vagamente Mayo, rehuyendo la mirada penetrante del detective—. No hace al caso. ¿Va a aceptar o no?

Mark miró a su interlocutor. Recordaba lo que Jan, en su borrachera, había mencionado la noche antes. Según eso, el Notorious era de su padre. Lo cual confirmaba su propia impresión de que aquel rubio latino, Di Santi, no tenía aire de propietario, sino de «hombre de paja». Algo andaba mal también en aquel encargo. ¿Qué pretendía Arthur Mayo al encomendarle aquel asunto? Mark hubiese puesto su mano en el fuego asegurando quién era el misterioso amigo que diera a Mayo su nombre. Pero calló, y optó por otra táctica menos abierta.

—Voy a aceptar su encargo, señor Mayo, aunque el diablo me lleve si sé lo que persigue con esto. Llevaré a su hijita al buen camino o la tulliré a palos. Son mis métodos.

—Magnífico. —Mayo extrajo de una cartera cinco billetes de cien dólares. Nuevos y crujientes. Se los tendió en abanico a Graham—. Tenga; es el anticipo. Jan va a sitios caros. Si ha de seguirla o acompañarla, necesitará dinero.

—Aceptado. Pero sólo en concepto de gastos. Siguen los tres mil en pie, ¿no?

—Está bien. Cuando necesite dinero, telefonee a este número —le tendió una reducida tarjeta—. Lo obtendrá en el acto. No regatee procedimientos, por duros que sean, para enmendar a esa chiquilla mal criada.

—Tengo poca práctica en cuidar a niñas de millonarios, pero en cambio mi experiencia con las mujeres díscolas es muy extensa. Creo que saldré a flote muy bien.

—Le deseo suerte, Graham. —Mayo se alejó, y ya con la mano en el picaporte acabó—: A propósito, no la deje entrar en el Notorious. Es un lugar poco claro de La Misión.

—Ya lo conozco —sonrió Graham, burlón—. Descuide, la alejaré de allí.

Mayo salió, con cierto aire intrigado por el tono irónico del joven. Mark, una vez solo, se encogió de hombros y guardó el dinero. Aquello era mejor que estar parado. Y le daba pretexto para seguir metiendo la nariz en aquel feo asunto.

Algo olía mal en todo el enredo que estaba siguiendo. Lo que sería maloliente, aún estaba por saber. Volvió a llamar a Leo Valentine. El teléfono siguió sin responder.

Salió de casa, a tiempo de ver enfrente a Arthur Mayo, subiendo

a un magnífico sedán gris, descapotable, que pronto arrancó a buena velocidad. Mark le siguió con mirada pensativa y luego se encaminó a la cercana parada de taxis. Tomó uno, dándole la dirección de la Avenida de los Sicomoros.

Diez minutos más tarde, el coche amarillo se detuvo ante el chalé crema, verde y rojo. Pagó la carrera y se metió en el descuidado jardincillo. Cuando alcanzó la puerta, empujó el llamador con su dedo índice. Sonó dentro de la casa, con ecos de vacío. Y, lo que era más extraño, la puerta cedió cómo había cedido el botón, al impulso de su dedo.

Estaba abierta. Y Mark contempló con extrañeza el recibidor y el corto pasillo de linóleo. Antes de entrar se aventuró a llamar:

—¡Eh, Valentine! ¡Soy yo, Graham!

Pero no respondió nadie, y Mark juzgó que nada se oponía a su entrada. Lo hizo, entornando la puerta con cautela. La puerta del *living estaba abierta, pero tampoco allí había nadie. A Graham le parecía una costumbre muy mala salir de casa dejando abierto.*

Aventuróse, puesto que en realidad nada le costaba, a seguir explorando la casa. Siguió el breve corredor sobre el brillante linóleo, mucho mejor cuidado que el resto de la casa, hasta una puerta vidriera que resultó ser la ducha. Volvió atrás, abriendo la que se le ofrecía a la izquierda. Era una cocinita, blanca y diminuta, con fuerte olor a café. El gas había sido apagado poco antes, pues la chapa estaba aún muy caliente. Apartóse de allí, probando suerte en la primera de las puertas del lado contrario. Una le mostró una habitación dormitorio, con dos camitas, buena luz entrando por el ventanal y cretonas alegres de color, algo deslucidas por la falta de cuidado.

La segunda puerta pertenecía a un ropero y cuarto de trastos en desuso. Allí estaba Leo Valentine. Pero estaba hecho un ovillo, entre unos aparejos de pesca submarina y unos bates de *baseball*, que su sangre salpicaba de rojo. En la nuca tenía una tremenda brecha, y uno de los bates aparecía algo más alejado, con sangre y cabellos adheridos a su extremo.

Era diáfano como el día que Leo Valentine estaba muerto.

CAPÍTULO IV

Mark tuvo unos segundos de desconcierto. Estudió el cadáver, tocando sus brazos desnudos, ya que el moreno deportista se hallaba en camiseta. Aún no estaba frío. La muerte no hacía demasiado tiempo que sobrevino. Se incorporó, cerrando la puerta del ropero. Luego, regresó lentamente al *living. Allí casi dio un respingo. Se quedó en la puerta mirando con estupor a la muchacha que le miraba con expresión asustada desde el centro de la estancia.*

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella, en un gritito.

—Eso puedo preguntarle yo —gruñó Mark, estudiando la expresión de Jan Mayo, tan rubia y descotada como la noche antes, pero no tan borracha como entonces. Parecía serena—. ¿Qué hace aquí encerrada con un cadáver?

—¿Un cadáver? —Ella abrió unos ojos redondos y horrorizados. Echóse atrás, como golpeada por algo contundente—. No… no entiendo…

Su sorpresa al menos aparentaba ser sincera. Mark la dio por buena y abordó otra duda que le torturaba:

—Oiga, antes, cuando entré en esta casa, usted no estaba por aquí…

—Acabo de llegar —dijo la hija del potentado Mayo, con la expresión de espanto sin borrarse de su rostro. Había palidecido bastante, bajo el maquillaje de fondo—. Se lo juro. Pero usted… usted ha hablado de… de un cadáver… Era broma, ¿verdad?

—No bromeo nunca con esas cosas, señorita Mayo.



—No bromeo nunca con esas cosas, señorita...

3 — FLORES

—¿Sabe mi nombre?

—Sí. Nos vimos anoche en el Notorious. Usted iba con André Lissot, y estaba como una cuba. Me llamó guapo y no sé cuántas cosas más.

—Es guapo —confirmó ella, admirando por primera vez al

hombre—. Y con un tipazo…

—Gracias —cortó Mark con sequedad—. Pero eso no arregla nada. A Leo Valentine le han roto la cabeza con un objeto de bastante contundencia y… ¡Eh, no se desmaye ahora!

Jan había vacilado sobre sus pies, más pálida que nunca, y Mark temió lo peor. Pero la rubia se rehízo rápidamente y miró con aire de cadáver viviente a su interlocutor.

—Leo… muerto. ¡Dios mío!

—Muerto por *alguien* —concretó el detective—. Nadie se golpea a sí mismo con un bate de *baseball,* por enfadado que esté, detrás de la oreja. No hará ni media hora que lo eliminaron. ¿Dónde estaba usted entonces?

—Pues… no aquí, desde luego. Venía de camino…

—¿Es que montaba en una tortuga?

—¡Oh, no sea usted insoportable! Quería ver a Leo. Y vine andando, porque tampoco sentía prisas.

—De acuerdo. Como coartada, es un desastre. Y creo que tampoco yo la tengo mucho mejor. Si nos encuentran aquí, va a costar mucho aclarar nuestra situación.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Primeramente, llamar a la Policía. Luego… —Mark se detuvo, ceñudo. La sirena de un coche policial se acercaba, como un siniestro aullido, a la casa. Y muy deprisa—. No va a hacer falta. Ya está avisada.

—¿Quiere decir que vienen ya hacia aquí? ¡Cielos!

—No se asuste aún. Vámonos. ¿Ha tocado algo de la casa?

—No… recuerdo bien… Tal vez las puertas…

—Yo también. Pero no hay tiempo de limpiarlas una por una. Vámonos.

—Pero… ¿No cree usted que deberíamos esperar? —sugirió ella, apurada.

Mark la tomó de un brazo y la atrajo contra sí. El fuerte perfume de sus dorados cabellos le hirió el olfato. La muchacha le miraba con auténtico desamparo. Recordó cuál era su misión conforme a su trato con Mayo. Sonrió animadamente a la joven.

—Vamos, no pierda la serenidad todavía —dijo—. Sígame y no tema nada, Jan.

La arrastró tras de sí y salieron al jardín por una puertecilla de

enrejado metálico, situada contigua a la ducha. Era la trasera del chalé, unos setos altos y descuidados, que pedían a gritos una podadera, les protegió la carrera agazapada que dieron hasta la cerca inmediata. Una vez allí, sin que la sirena ululante les dejase de torturar los tímpanos, saltaron limpiamente el obstáculo, aunque Jan se rasgó en el intento la falda y siguieron corriendo hacia la carretera, que circulaba a unas ciento cincuenta yardas de la Avenida Central.

Cuando se pararon al borde de la ancha cinta de asfalto, oyeron detenerse la sirena. Un chirrido de frenos les llegó, claro y distante. La Policía había llegado a la casa de Valentine. Era cuestión de segundos salir de allí cuanto antes, o luego sería demasiado tarde.

Avanzaron un trecho, carretera abajo, e hicieron señas a dos o tres coches. Ninguno se detuvo a recogerles. Desalentados, se miraron. Mark gruñó:

—Si no disponemos pronto de una coartada, tendremos jaleo. Muchos recordarán que vieron a una pareja en la carretera, poco después de cometerse el crimen.

—¿Y qué vamos a hacer?

En aquel momento, se acercaba un vehículo en dirección al centro de San Francisco, un Ford gris acerado, fulgurante de carrocería, Mark vio quién era el que lo conducía y de un salto se situó ante él. Sonaron los frenos como un alarido lastimero, y el Ford se detuvo, mientras la rubia cabeza de Marcelo di Santi asomaba por la ventanilla gritando.

—¡Eh! ¿Es que se ha vuelto loco, amigo? —Y al reconocer a los dos personajes parados al borde de la carretera, gruñó—: ¡Vaya! ¡Si es mi amigo Graham y la señorita Mayo! ¿No creen que sea un modo peligroso de practicar el *auto-stop*? Además, lleva usted muy rasgada su falda, Jan.

—Déjese de tonterías, Di Santi. —Mark tomó de nuevo a Jan por la mano y tiró de ella hasta el Ford, cuya puerta posterior abrió de golpe—. Entre ahí, Jan. Yo me sentaré con el señor Di Santi.

—Oiga, muy seguro está de que voy a llevarles —rió el latino, algo duramente.

—Mucho —y Mark se metió junto a él, en la delantera, indicando—. Siga, deprisa.

Di Santi apretó el acelerador cuando puso su coche en marcha,

con perfecta suavidad. Su conductor miró de reojo a Graham.

—¿Qué pasa? ¿Les persigue el diablo?

—No nos persigue nadie, Di Santi. Pero pueden llegar a perseguirnos. Incluso a usted.

—¿A mí? No me haga reír —pero el supuesto dueño del Notorious no reía.

—En cuanto hallen el cuerpo de Leo Valentine, que será pronto, si no lo han hallado ya, empezarán las dificultades para todos.

—¿Valentine? —Di Santi tuvo que imprimir un rápido giro al volante para evitar el choque con un poderoso Leyland que venía en dirección contraria, cargado de frutas. Mark miró la mole del camión, mientras Di Santi le miraba a él. Y, al parecer, muy asustado.

—¿Valentine? ¿Es que ha muerto?

—Le han matado. De un buen trastazo en la nuca. Yo estaba en la casa poco después de ocurrir la cosa. Jan Mayo también. Y usted… es curioso que anduviese por estos lugares.

—¿Es un delito?

—No, pero a la Policía le chocará mucho. Usted conocía bien a Valentine.

—No muy bien —dijo, inseguro, Di Santi.

—Lo bastante para entrar en el círculo, amigo mío. Lucharon en la Resistencia holandesa y francesa, ¿no es cierto?

—Bien, pero casi nunca juntos. La Resistencia era muy extensa…

—Para la Policía, esos matices suelen escaparse. No son nada sutiles, sino prácticos. Usted luchó en Europa, Valentine también. Usted regenta un club poco claro, Valentine lo frecuentaba. Usted *paseaba* por aquí en su coche… Valentine acababa de morir a unas cuantas yardas. Un cuadro sugestivo para el teniente Bannister, ¿verdad?

Di Santi no dijo nada. Pero sus facciones se habían endurecido, y tragó saliva. Habló ahora sin moverse de como estaba, atento al intenso tráfico de aquella ruta.

—Necesitaré una coartada. Y ustedes también.

—Muy listo.

—No la tengo, lo confieso. ¿Y ustedes?

—Tampoco, lo confieso igualmente.

—¿Por qué no la fabricamos, Graham?

—Es peligroso.

—No mucho, si los tres nos mantenemos firmes en ella. De dos, se duda. De tres, no. Hemos estado juntos toda la mañana.

—¿Cazando mariposas?

—¡Oh, es usted imposible! Haciendo… cualquier cosa. Ya lo pensaremos.

—No nos darán mucho tiempo para pensar.

—Bien, invéntelo usted. Es imaginativo y rápido.

—Gracias. Trataré de inventarlo mientras usted habla. Siga, Di Santi.

Detrás, inclinada sobre el cristal de separación, que estaba corrido, Jan escuchaba todo sin intervenir en la conversación. Mark admiró en su fuero interno aquella discreción, poco habitual en las mujeres.

—Estuvimos juntos esta tarde en… pongamos en Fisherman's Wharf. Mi gasolina consumida y el cuenta-millas darán aproximadamente esa distancia de ida y vuelta. Hemos vuelto juntos. No nos hemos separado en ningún momento…

—Y hemos visto por el camino a una pareja algo estrafalaria practicando el *auto-stop* —sonrió Mark—. No olvide ese detalle. Nuestra descripción no será justa, pero tampoco la de los demás conductores. Rara vez coincide nadie en una cosa así.

—Usted cámbiese esa falda, Jan —dijo Di Santi por encima del hombro—. Todos los hombres recordarán que la chica enseñaba las piernas. Es un detalle imborrable. Y las mujeres, por envidia, puede que también lo recuerden.

—Piensa en todo, ¿eh, Di Santi? —sonrió Mark de nuevo—. Es un hombre metódico.

—Tengo que serlo, Graham. He pasado muchas calamidades en mi vida.

—Pues siga siéndolo en adelante. Nos coserán a preguntas en cuanto centren su atención en nosotros. Usted no flaquee nunca, Jan. ¿Ha entendido nuestro plan?

—Del todo —asintió la rubia—. No me apartaré un ápice de esta versión.

—Mejor. No se deje engañar por tretas inocentes ni caiga en ninguna trampa. Sostenga esa coartada hasta el fin. En cuanto a la razón de ir a Fisherman's Wharf… creo que ya la tengo.

—Venga, Graham.

—Hágase primero el remolón. Finalmente, como si le costara mucho confesarlo, diga que un amigo mío le había prometido una partida de bebidas exóticas, de importación, traídas de contrabando. Un pequeño alijo que, finalmente, no le han entregado. Mi amigo voló, temiendo la intervención de las patrullas costeras. Y usted y yo nos negamos a dar nombres, alegando que no deseamos denunciar a nadie. Como será cosa de poca monta, la Policía no volverá a preocuparse del asunto. No hay cosa mejor que un delito pequeño para hacerles apartar de un delito grande. Y viceversa. Creerán esa versión. Otra más inocente, les haría dudar.

—Pero yo no tengo nada que ver en lo de Valentine —advirtió Di Santi.

—Claro. Ni nosotros tampoco —dijo Mark—. Pero costaría mucho convencerles de ello. No acostumbran a creer en las casualidades.

Permanecieron en silencio durante un buen rato. Cada uno de ellos trataba de fijar la proyectada coartada en su mente. Se repitieron sus términos, por si acaso. Coincidían los tres en ello. Di Santi y Jan Mayo habíanse reunido con Mark en la subida de Nob Hill. De allí partieron hacia Fisherman's Wharf, el barrio de pescadores de San Francisco, punto ideal de la costa para cualquier alijo de contrabando. Pero el contrabandista no apareció, y volvieron con las manos vacías. Eso era todo. No se separaron el uno del otro un solo minuto. Al acabar la comprobación de las tres versiones, Mark dirigió una sonrisa a Jan.

—No se inquiete por nada, Jan —dijo—. Estaré a su lado para ayudarla.

—¡Vaya con el caballero andante! —rió Marcelo di Santi—. Es todo un paladín…

—Usted cierre el pico —se irritó Mark—. Tengo que cuidar de esta muchacha. Y lo haré, por encima de todo y de todos.

Jan le dirigió una mirada entre sorprendida y emocionada, con sus grandes ojos verdosos. Inclinóse más hacia él y, a través del vidrio abierto, su mano rozó el cuello del detective.

—Me gusta usted mucho, Graham —dijo ella, con voz acariciadora—. Y ahora no estoy bebida.

Mark abrió la puerta de su oficina. Había dejado a Jan en el

umbral de la de su casa. La muchacha se iba a cambiar de falda y también de suéter. Parecía tranquila y serena cuando subió con paso menudo y ligero los escalones de mármol de la residencia Mayo, en Bay Park.

Graham regresó, pues, a su cuchitril de la Calle Sexta y ya al poner la llave en la cerradura advirtió algo extraño. Por eso no llegó a sorprenderse mucho cuando, sentado ante su ventana, encontró la maciza figura del teniente Bannister, con su trinchera gris arrugada y su sombrero echado atrás, sobre la melena obscura que le cubría la nuca.

—Buenas tardes, Graham —saludó el policía, sin moverse del asiento.

Mark cerró tras de sí y se plantó, irritado, ante el teniente.

—No sabía que tuviese permiso judicial para allanar una morada, teniente —dijo.

—Vamos, no sea belicoso —contestó tranquilamente el policía, elevando un poco la cabeza—. Hablemos como buenos amigos. Me sé de memoria todas esas monsergas de allanamiento y demás zarandajas. Quiero hablar con usted y no iba a esperarle en el pasillo. Su casa es fría y desapacible.

—Cuando haga lo que hacen otros detectives, tendré unas oficinas con calefacción, ascensores tapizados y buenos muebles. Incluso ofreceré una copa de buen jerez a mis visitas. Pero soy honrado, teniente.

—Siga siéndolo, entonces —le cortó secamente Bannister, irguiéndose ya de un modo decidido—. Y no se meta en asuntos feos. Ahora creo que está usted hasta el cuello en uno parecido.

—¿Yo? No tenía noticias de ello.

—¿Por qué quería saber todo aquello de Valentine y demás pájaros? Sea franco.

—Le dije que cuando averiguase algo…

—Y yo le digo ahora que no. Leo Valentine está muerto.

Mark achicó las pupilas. Fingió bien el asombro, bajo la mirada inquisitiva de su visitante.

—¿Muerto? No sabía… Pero si le vi sano y bien, ayer mismo…

—La salud de que disfrutaba parecía excelente. Pero un golpe en la nuca no tiene nada que ver con la salud, Graham.

—Ah, ¿un accidente?

—¡Un cuerno! Un asesinato como un camión de grande. Le aplastaron la cabeza con un palo de esos que usan en el *baseball*, un bate creo que se llama.

—¿Y quién pudo hacer tal cosa? —El asombro de Mark parecía legítimo—. No lo comprendo…

—Ni nosotros tampoco. Por eso estoy aquí. Usted se preocupa de Valentine y de otros tipos. Al cabo de una hora o poco menos, a Valentine le liquidan brutalmente en su propia casa, y en el Departamento se recibe una llamada anónima, diciendo que vayamos allí a por algo interesante. Al llegar, nos encontramos el cuerpo en un ropero. ¿No es todo eso muy interesante, Graham?

—No le veo el interés. Soy el primer sorprendido al saberlo.

—Está bien, admitamos eso. ¿De dónde viene ahora?…

—De una excursión con unos amigos. Acabo de dejarles.

Bannister rumió la respuesta. Sus ojos grises estudiaron el gesto inocente de Mark. Saltó a otra cuestión con la brusquedad que le era habitual:

—¿Quién es su cliente y por qué quería saber cosas de Leo Valentine?

—No me haga reír, teniente. Sabe que no voy a contestarle. No puedo revelar lo que me encarga un cliente. Ética profesional.

—¡Al diablo la ética y la profesión! —aulló Bannister, dando un porrazo sobre la mesa y poniéndose en pie con toda su imponente estatura—. Esto es distinto. Es un caso de asesinato, y su obligación es decir cuanto sea de utilidad a la Policía.

—Aún no estoy seguro de que sea útil para ustedes nada de lo que sé. Mi cliente no tenía razón alguna para matar a Valentine. Ni nadie a quien yo pueda señalar. De modo que sólo conseguiría faltar a mi deber de investigador privado, sacando a relucir todo lo que me ha sido confiado de un modo estrictamente confidencial.

—Puedo hacerle aparecer ante el tribunal para que declare. Le citaré en la encuesta.

—Hágalo. Tal vez entonces hable, pero no lo que usted espera que diga. Tengo perfecto derecho a negarme. Por las malas no va a lograr nada, teniente. Sea comprensivo y colaboraremos. Se lo prometí y lo repito.

—¡No quiero colaboración, sino su testimonio y sus razones para obrar como lo ha hecho! El Departamento no necesita a un

detectivillo de mala muerte para esclarecer un asesinato.

Mark se irguió, ofendido. Miró fríamente al policía.

—Está bien —dijo—. Si ésa es su actitud, sigamos ese camino. No me gusta la guerra, pero voy a seguir esta vez la que usted inicia. Teniente Bannister, puede citarme judicialmente o someterme al tercer grado. Pero no encontrará colaboración en mí. Y ahora márchese antes de que me moleste más su presencia. No tiene derecho alguno a estar aquí.

Bannister pareció a punto de replicar borrascosamente. Pero al final lo pensó mejor, dejó escapar un soplo de aire contenido y dando media vuelta dio un gran portazo que señaló su retirada.

Una vez solo, Mark se quedó pensativo, con el ceño fruncido. No le gustaba su momentánea victoria. Bannister y la Policía eran malos enemigos. Pero no podía ceder, o hubiera sido peor.

Meditando sobre el sombrío panorama actual, Mark se sentó ante su mesa.

CAPÍTULO V

El funeral fue sencillo, casi íntimo. Leo Valentine tenía pocos amigos en la ciudad, ello era evidente. Los periódicos habían publicado la noticia de su asesinato, cuyo autor o autores aún se desconocían. Ocultaron la hora y lugar del funeral, para impedir una aglomeración de gentes morbosas. Pero cuántos pudieran conocer por alguna razón a Valentine, supieron extraoficialmente la capilla y hora en que había de tener lugar el fúnebre oficio.

Estaban allí André Lissot, Carol Vance, velado el rostro con un velo negro de fino tul, acompañada de su esposo, Philip Charles, y Jan Mayo, con su hermano Arthur, un muchacho rubio, espigado y muy joven, de ingenua mirada azul y rasgos blandos. También vio Mark Graham a Marcelo di Santi, a cuatro o cinco desconocidos, y al teniente Bannister con tres agentes silenciosos y taciturnos.

Había numerosas coronas de bellas flores, con dedicatorias breves y poco cordiales. Mark admiró, sobre todas, una de rosas y siemprevivas, firmada por Lissot, otra formada de magnolias y crisantemos, muy bella, dedicada al muerto por Di Santi, y algunas grandes ruedas florales de las más variadas especies, desde una de nardos y claveles hasta una de blancos tulipanes, pasando por otras diversas e igualmente hermosas.

Graham apreció una evidente hostilidad entre Vance y su mujer, que apenas se dirigieron la mirada o se hablaron durante la ceremonia. La rubia beldad, al pasar él por delante de ambos, le miró fijamente desde detrás del velo negro, Mark vio por un segundo sus ojos clavados en él. Parecían quererle decir algo, pero su marido la tomó del brazo y se la llevó, sin que Mark confirmase esa impresión.

No era muy segura aquella impresión suya, porque Carol no podía conocerle a él, ya que durante la persecución de que la hiciera objeto, jamás se delató a sí mismo. Ella no podía saber quién

era él. Y, sin embargo, aquella mirada…

—Una ceremonia sencilla, pero impresionante —dijo alguien a su lado, al salir de nuevo al sol, dejando la capilla cuajada de flores y de solemnidad—. ¿Le ha gustado?

Mark se volvió sin prisas. Bannister estaba junto a él, mirándole burlón. Los policías de su escolta seguían detrás, como un telón de fondo.

—No me gustan los oficios fúnebres —dijo secamente—. Pero ahí dentro, uno se siente mejor de lo que es.

—Tal vez alguien de los que estaban ahí no se sintió mejor.

—¿Qué quiere decir?

—Pudo ser uno de nosotros el que mató a Valentine. Sería difícil en su caso sustraerse al impulso de acudir al funeral de su víctima.

—Demostraría crueldad y mal gusto, teniente.

—Exacto. —Bannister le sonrió, satisfecho—. Cruel y de gustos poco refinados. Ése parece ser el culpable de nuestro crimen. Le ha descrito usted muy bien. Adiós, Graham.

Pensativo, Mark le vio alejarse. Algo más allá, Vance y su esposa subían al Cadillac color guinda. Juraría que ella le miró aún otra vez, antes de subir al automóvil. Pero otra cosa atrajo su atención en aquel momento. Jan Mayo se le acercó, encantadoramente llamativa con su traje sastre en color azul y una blusa o camisa de seda cruda, de la que pendía un lacito celeste, simulando una corbata. Le presentó a su rubio acompañante.

—Oiga, Mark, éste es Steve, mi hermano —dijo la muchacha—. Le he pedido que me acompañe, para no venir sola. Por otro lado, a papá no quise pedirle este favor. No hubiese accedido. Steve, te presento al señor Graham, Mark Graham. Es un buen amigo mío.

—Encantado, señor Graham —dijo el joven, con voz triste, estrechando la mano del detective—. Ya nos perdonará que no nos detengamos mucho, pero hay un partido de *rugby* en la universidad, y debo estar allí antes de las once… ¿Vamos, Jan?

—Yo iré más tarde, Steve —dijo ella—. Me quedo un rato con el señor Graham. Hasta luego. Que tengas suerte. Iré antes de que terminéis el primer tiempo.

Steve vaciló, encogióse finalmente de hombros y con un balbuceo tímido se alejó. Mark miró a la joven. Parecía más joven y linda a la luz del sol, un sol tibio y débil, pero que era como una

caricia en la mañana otoñal. Pensó en las cuarenta y ocho horas pasadas desde que la viera por última vez en la puerta de su casa, antes de separarse.

—Todo va bien hasta ahora —dijo en voz baja la muchacha—. ¿Y para usted?

—Perfecto —sonrió el detective—. Demasiado bien para durar mucho tiempo. ¿Por qué se ha quedado, Jan? Debió acompañar a su hermano al partido.

—Quería hablar con usted. Hay muchas cosas que deseo aclarar. He pensado mucho en ellas estos dos días. Y he pensado en usted, Mark.

—Bien, vamos a algún sitio. Aquí llamaremos mucho la atención. ¿Le gusta la leche?

Ella hizo un gesto de repugnancia. Mark la tomó por un brazo, y señaló un punto no lejano de la capilla, sin esperar otra respuesta. Había allí el rótulo de una cafetería.

—Allí dan una leche batida con fresa realmente extraordinaria. Le gustará más que el *whisky* o el *brandy*. Entre tanto, hablaremos.

Ambos, sentados uno frente al otro, con sendos vasos altos repletos de un líquido entre lechoso y grosella, iniciaron la charla en voz suave.

—Se le ve siempre muy seguro de sí mismo, Mark —dijo ella, mirándole con intensidad—. ¿No se desconcierta por nada?

—Por demasiadas cosas, pero lo disimulo lo mejor que puedo.

—Ojalá fuese yo igual que usted —dijo ella, con dolida sinceridad—. Estoy asustada.

—¿De la muerte de Valentine?

—De todo esto. ¿Quién le pudo asesinar? ¿Por qué tuve que ir yo a verle aquella tarde precisamente? ¿Y qué hacía usted en su casa? ¿Era necesario inventar una coartada tan peligrosa? ¿Por qué Di Santi pasa por la carretera, precisamente en tales momentos?

—Son muchas preguntas ésas —sonrió Mark—. Algunas tienen respuesta. Otras, no.

—Usted me ayudó mucho en aquel momento. Me hubiesen encontrado estúpidamente, sin saber qué hacer, a dos pasos del cadáver. Pudo existir egoísmo en usted, pero no lo creo. ¿Por qué me ayudó, Mark?

Graham sentíase despreciable en aquel momento. Podía decir la

verdad; que tenía la misión de protegerla y cuidar de su seguridad, para lo cual cobraba de su padre. Pero ello tal vez lo echaría todo a rodar. Jan perdería su fe en él y su tarea sería imposible. Viéndola tomar a duras penas el vaso de leche, Mark sonrió y siguió mintiendo:

—No podía dejarla en aquel trance, Jan. Usted… usted es una buena chica. Necesita alguien que la cuide, que proteja su personilla un poco descentrada. La vida actual es complicada para la juventud, Jan. No pretendo moralizar, pero hace falta una formación sólida, una gran voluntad para escapar a ciertos peligros. Usted sola no podría salir a flote. Si quisiera que yo… Bueno, que yo la cuidase de tanta acechanza…

—¡Mark! —Ella, con un estremecimiento, adelantó su mano sobre el cuadriculado rosa del mantel. Aferró la segura y bronceada de Mark—. Es… maravilloso. Con usted al lado me sentiría… me sentiría feliz. Y distinta. Casi ha logrado que me guste… *esto*. Leche y fresa. Creo que no lo probaba desde los diez años. No es malo.

—Luego le parecerá mejor, Jan —sentíase peor que nunca, se odiaba a sí mismo, pero siguió adelante con la aborrecible farsa. Su mano acarició la fría y delicada de la rubia muchacha—. Tenga fe en mí, pequeña.

—Creo que es el único hombre que me ha logrado infundir ese sentimiento, Mark. Si un día me defraudase usted también, no sé lo que sería de mí. No volvería a creer en nadie.

—Ese día no llegará —mintió el detective—. No llegará, Jan…

La muchacha tomó un taxi hacia la universidad. Mark la dijo adiós frente a la capilla y luego descendió hacia Market, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos de su sobretodo. El sol empezaba a nublarse, como tantos otros días, y un aire frío, húmedo, soplaba procedente de la bahía.

La llamada femenina le hizo pararse, rígido, en el cruce de la Calle Novena, y volver los ojos hacia su punto de origen.

—¡Eh, Graham! —Habían llamado. Y la voz, de mujer, sonó trémula.

Estaba allí, sentada al volante de su Cadillac color guinda. Carol Vance habíase despojado del velo negro y mostraba su rostro pálido, inquieto. Mark avanzó hacia ella, sorteando a un triciclo de botellas de cerveza, cuyo conductor le dijo algo fuerte. Cuando

estuvo junto al coche, ella le señaló el interior.

—Siéntese, Mark —dijo—. Voy hacia abajo. Puedo dejarle donde quiera.

—¿A cambio de qué? —preguntó Graham.

—De hablar un rato a solas —replicó ella, segura de sí, aunque con una sombra de temor en los ojos.

Mark no dijo nada. Dio la vuelta al coche, abrió la portezuela y se encajó en la parte delantera, pegado al cuerpo de la rubia.

Arrancó ella a marcha lenta, nada más cerrar Mark la portezuela. Graham siguió silencioso, mientras ella, atenta al volante, le miraba un instante de soslayo.

—¿No va a preguntarme nada? —dijo finalmente.

—Usted es quien va a hablar, señora —dijo con frialdad el detective.

—Valentine me dijo antes de morir que usted me seguía por orden de mi marido.

—Yo no le dije eso.

—Faltaba el detalle de saber quién le pagaba, pero yo lo sé. Era Phil. No sospeché nunca que me siguieran, hasta que Leo me lo dijo y Di Santi me lo confirmó. Ahora veo claro el juego de mi marido.

—La felicito. Usted debe de ser la más interesada en ello, señora Vance.

—Lo soy —ella le miró ahora con fijeza—. Y su testimonio servirá de algo a su plan.

—¿El mío? Ya no tengo nada que ver en sus asuntos, señora.

—No. Ya he visto que ahora es esa chica la que le preocupa, Jan. ¿Está enamorado de ella?

—Mis sentimientos son míos exclusivamente, mientras no haya razón que precise lo contrario.

—Déjese ya de acritudes y avéngase a razones. Estoy hablando con usted en plan amistoso, porque es posible que tengamos que auxiliarnos mutuamente. Nos han metido en un jaleo muy serio.

—¿A usted… y a mí?

—Podría ser que sí. De momento, soy yo quien corre el peligro. Y usted remachará el clavo en cuanto Phil quiera. Basta con que le cite a comparecer ante un tribunal.

—¿Es que por fin piensa llevar adelante su divorcio?

—¿Divorcio? Oh, no. Es algo mucho peor. Piensa acusarme del

asesinato de Leo Valentine.

Mark quedó perplejo. Miró a la dama. Conducía firmemente, aunque sus manos temblaban. Su perfil era hermoso aunque agresivo. Lo eran sus labios excesivamente carnosos, su barbilla adelantada, su busto desafiante, erguido y violento, que su blusa descotada no recataba en exceso.

—Eso es absurdo, señora Vance —dijo Mark—. Usted puede echar eso por tierra fácilmente. Si no estuvo allí aquella tarde…

—Es que *yo estuve* en el chalé de Leo cuando fue asesinado.

El detective enarcó las cejas. Aquella conversación iba haciéndose interesante por momentos.

—¿Por qué estuvo?

—Me llamó él por teléfono. Dijo que había tratado de llamarle a usted dos veces o tres y que nadie respondía en su oficina. Que tenía algo muy serio que decirme, pero que no se atrevía a hacerlo por teléfono. Acudí lo más deprisa que pude. Pero cuando llegué era tarde. Abrí con mi llave… Sí, no me mire así. Tenía una llave de la casa. Encontré el cadáver. Huí como loca, y creo que me dejé la puerta abierta. Algunos vecinos me vieron en las cercanías, estoy segura. La Policía debe de saber que una mujer rubia fue vista huyendo de la casa, minutos antes de llegar usted. Pero lo ocultan por ahora. Mi marido completará el cuadro. Sé que va a ver al teniente Bannister esta misma noche. Puede que mencione lo que le encargó a usted. Dirán que Valentine me sacaba dinero, que yo me cansé de ser exprimida y que… le maté. ¡Oh, es horrible!

—Y eso… ¿es cierto? —preguntó duramente Mark.

—Graham, ¿es que no cree en mí?

—No, no creo en nadie. Cualquiera pudo matar a Valentine. Usted tuvo motivos, ocasión, todo. Y si su marido empeora su situación… Legalmente, no puede declarar contra usted, pero una declaración suya privada puede encaminar las pesquisas de la Policía hacia usted. Sí, es grave, lo confieso. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Estoy desesperada. Si usted pudiera ayudarme…

—Lo siento, pero no voy a poder. Ha hecho usted muchas locuras. Ahora llega la hora de arrepentirse de ellas. Hemos llegado, señora Vance. Allí tengo la oficina. Gracias por el paseo… y suerte en su problema.

Ella frenó, incapaz de asimilar la cruel indiferencia de Mark. El detective saltó a tierra y cerró la portezuela. Las lágrimas se agolpaban en los ojos de la mujer. Ya no era la hembra desafiante, sino la muchacha indefensa y asustada. Pero Mark no podía hacer nada. Dio media vuelta y se alejó hacia su oficina. Tras una pausa, oyó a sus espaldas el ronquido del Cadillac color guinda alejándose rápidamente.

En vez de entrar en la oficina, Graham se detuvo en la acera, meditó unos segundos con la vista fija en un gran anuncio de Pepsi-Cola, y acabó encaminando sus pasos nuevamente hacia el norte. Iba a efectuar una visita a la tercera mujer de aquel caso.

El edificio de apartamentos donde residía Lorrie Lansen, en la zona más aristocrática de Nob Hill, mirando al mar azul de la bahía, no lo hubiese despreciado para residir en él cualquiera de los pocos monarcas que quedan por el mundo.

Tenía más de veinte pisos, todos ellos con terracitas y galerías ornadas de flores y enredaderas. Era de ladrillo rojo, vidrieras blancas y balcones salientes, de línea muy moderna.

En el sexto piso, letra R, se alojaba Lorrie Lansen. Así lo indicaba la cartulina expuesta en el vestíbulo, en su correspondiente cuadro. Una telefonista atendía la centralita, y estaba muy ocupada cuando Mark pasó, camino del ascensor.

Llamó en la letra R del sexto piso. Tuvo que repetir la llamada antes de que se oyeran pasos al otro lado. Una voz masculina interrogó a través de la hoja:

—¿Quién es?

Mark se situó fuera del radio visual de la mirilla y contestó con voz opaca:

—Un telegrama para la señorita Lansen. Urgente.

—Bien, échelo por debajo de la puerta —gruñó el hombre, cuya voz resultaba conocida a Mark.

—Lo siento, señor. Han de firmar en la hoja su acuse de recibo. Son órdenes.

Advirtió que el otro trataba de escrutar por la mirilla. Masculló algo, malhumorado, y abrió la puerta. Cuando vio frente a él al sonriente Mark, trató de cerrar, pero ya el joven tenía metido el pie en ella, impidiéndolo.

—¡Usted! —dijo, con disgusto, Philip Charles Vance.

—Sí, yo. —Graham sonrió con dureza y prosiguió—: Acabo de dejar a su esposa camino de casa. Va muy apurada. Le va a costar mucho salir de este enredo en que usted la ha metido.

—¿Yo? —Vance soltó una carcajada absolutamente falsa—. Ella se lo ha buscado.

—Y usted se lo ha envuelto en celofán y lacitos color de rosa. No finja más, Vance. Siempre supe que usted era un hombre mucho más falso de lo que parecía, y que su encargo no significaba intención alguna de divorciarse. Era eso, ¿no? Cargarle un asesinato a su mujer para quedar libre de forma muy distinta a la legal.

—Mire, Graham, estoy harto de usted —dijo, belicoso, el millonario—. Se está metiendo en todo lo que no le importa. Lorrie me ha dicho que usted la abordó con estúpidas preguntas, muy impertinentes todas. Ahora, es mi mujer. Y cuando no, yo. ¿A qué ha venido ahora aquí?

—No a verle a usted, desde luego.

—Pues no verá a nadie más. Lorrie no está en casa, pero aunque estuviera, le advierto que no vería su cochina cara ni ahora ni nunca, sabueso de vía estrecha. Estoy harto de todas las tonterías que anda haciendo por ahí. Y aún puedo conseguir que le quiten la licencia y le echen de la ciudad como a un perro rabioso, maldito Graham…

Mark le dejó decir. Luego, soltó una seca carcajada.

—Cuidado, Vance. No fanfarronee. Está usted en una situación muy delicada. Lo de Valentine, que quiere endilgar a su esposa, puede volverse contra usted en cualquier momento, no lo olvide. Y hasta el asesinato de François Terrail en Holanda, hace diez años…

Vio palidecer intensamente a Vance. El millonario avanzó un paso, gruñendo algo, y llevado de su cólera lanzo un directo al rostro de Graham.

El detective lo eludió limpiamente. Luego, macizamente apoyado sobre sus dos piernas, muy abiertas, soltó un golpe de izquierda al mentón de Vance. El hombre lo recibió con un gemido, y crujió con aspereza el hueso. Se tambaleó, a punto de perder el equilibrio. Y Mark, que había deseado una oportunidad así con toda su alma, lanzó ahora la derecha sobre el abdomen del gran hombre.

Vance sintió sus grasas perforadas por un ariete brutal, que le cortaba la respiración. Se dobló lastimosamente sobre sí mismo, y

ya sin equilibrio alguno rodó fuera del apartamento, golpeándose contra la rejilla del hueco del ascensor. Se quedó quieto.

—Ésta es mi despedida, señor Vance —dijo Mark rabiosamente —. Hacía falta que alguien le hiciera un regalito así. Buenos días.

Cuando el ascensor subió, recogiendo a Mark, Vance seguía inmóvil en el pasillo.

Era más de la una y media cuando Mark Graham llegó a la entrada de Chez Lissot. No quedaba empleado alguno a la vista, y unas espesas persianas velaban el interior de la vista de los curiosos que pasaban ante sus grandes escaparates.

El detective empujó la puerta, sólo entornada, y se encontró con un hombre vestido con guardapolvo gris y gorra de plato, en la que figuraba el nombre…: Chez Lissot. Le miró con intensidad.

—¿Qué desea, señor? Ya no queda nadie en el edificio, salvo los vigilantes y conserjes de cada planta.

—Quería ver a la señorita Lansen, Lorrie Lansen. Es la modelo.

—¡Oh, sí, la señorita Lansen! —El hombre sonrió ampliamente —. Es muy simpática. La mejor de nuestras chicas. Siempre me saluda y me dice algo afectuoso. Todas no son así.

Mark miró con mayor atención al conserje. Era un hombre viejo y menudo, cubierto de arrugas. Era comprensible su sentimiento hacia la hermosa modelo.

—Creí que la encontraría aquí aún —dijo Mark—. Vengo de su casa, y no está. Creí que hoy había exhibición de modelos para invierno…

—La hubo. A las diez y media. M. Lissot no pudo estar presente —dijo el hombre—. Tenía que ir a un funeral o cosa parecida. Pero estuvo muy animada. La señorita Lansen exhibió el mejor modelo de todos —la expresión del anciano se hizo soñadora—. «Noche y Tulipanes»… ¡Un sueño!

A Mark no le interesaban los modelos de Lissot. Preguntó:

—¿Hace mucho que se ha marchado?

—Pues debió de salir… Espere. No, aún no ha salido, ahora lo recuerdo. Debe de estar arriba, en el piso de la exhibición. ¿Es usted amigo de ella?

—Mucho —sonrió Mark—. Creo que lograré casarme con ella algún día.

—¡Magnífico! —El viejo miró a Mark con admiración—. Es lo

que ella necesita. No ir de un lado a otro, y que todos sean como ese tipo, Vance. Ella debe casarse con un muchacho como usted y formar un hogar…

—¿Entonces, puedo subir a recogerla? —preguntó con impaciencia el joven.

—Hágalo si quiere, muchacho. No me gusta oponerme a los enamorados. Aquello está muy solo y… Bueno, allá ustedes. Quizá la encuentre en los camerinos del vestuario. Casi siempre es la última en salir.

—Gracias. —Mark se dirigió a una ancha escalera de mármol que le señalaba el conserje, alfombrada espesamente. Sus zapatos ni siquiera produjeron ruido al subir. Dejó atrás el establecimiento de ventas, sumido en la penumbra de las persianas, y se encontró en un corredor, donde un rótulo dorado indicaba, entre dos estatuas de reducidas proporciones, que surgían de dos fontanas ahora secas de agua y carentes de la decorativa iluminación que tanto debía de sugestionar a las clientas del francés:

SALA DE EXPOSICIONES.

Atravesó la sala propiamente dicha, de forma hexagonal y grandes proporciones, toda ella cuajada de columnatas esbeltas y graciosas, estatuillas, fuentes, asientos de bello tapizado y cuadros magníficos, de modernos pintores americanos, empotrados en el muro. Las alfombras se hundían blandamente bajo sus pies. Llegó a una puerta rotulada:

VESTUARIOS. PROHIBIDA LA ENTRADA A TODA PERSONA AJENA A LA CASA

Mark la empujó, encontrándose en un abigarrado salón, en el que la claridad difusa, filtrada por las ranuras de una persiana que cubría un gran ventanal a la calle, mostraba hileras de maniquíes, unos vestidos y otros mostrando su extraña y fría desnudez, como cuerpos humanos dislocados y petrificados por algún siniestro mal.

A Graham siempre le habían causado cierto horror los museos de figuras de cera y los lugares llenos de maniquíes. Siempre se le antojaba que aquellos seres muertos tenían algo de vivo y

monstruoso dentro de sus cuerpos de madera o cartón, acechándole a uno.

Pasó junto a ellos con una sensación de manifiesto desagrado. Se encaminó a los vestuarios, en uno de los cuales brillaba la luz eléctrica. Indudablemente, el de Lorrie.

La luz artificial, escapando en difuso haz, alcanzaba a la extraña agrupación de maniquíes. Algunos parecían a punto de cobrar vida. A otro, una mujer vestida de *soirée* negra, terriblemente inmóvil, le hacía brillar los ojos como algo real, físico, vivo…

Alcanzó el camerino. Estaba vacío. Y, lo más extraño de todo, sobre el respaldo de una silla, ante el espejo de cuerpo iluminado por un fluorescente azul, se veían, cuidadosamente tendidas, unas ropas femeninas de calle. Un traje de excelente factura y color, que Mark calculó le iría perfecto a Lorrie Lansen.

Salió, extrañado, de allí. ¿Adónde podría ir Lorrie, vestida con «Noche y Tulipanes» a pleno día? Tenía que estar allí dentro, si el conserje no estaba equivocado.

Se quedó perplejo, pensativo, con la mirada fija en las sombras ominosas y espectrales de los falsos seres humanos fingidos en cartón. Mientras le atraía la vidriosidad de aquellos ojos casi humanos, pensaba en la situación actual. De un modo mecánico durante sus reflexiones, seguía la línea del negro *soirée* sobre el maniquí, del ramo de blancas flores acampanadas sobre su hombro derecho… Parecían tulipanes.

¿Tulipanes?

Y el traje, de un negro casi azulado, tachonado de piedrecitas que brillaban como la noche estrellada. Noche… y tulipanes… Noche y tulipanes… Noche y…

Febril, avanzó sobre las figuras inmóviles. Apartó dos o tres muñecos que rodaron, tumbando a su vez otros varios. Se encaró con el de vidriosa mirada y costoso traje de noche. La mata de cabello, negro azulado, haciendo juego con el traje, la piel blanca, como los tulipanes artificiales arracimados en el hombro… Le bastó tocar levemente aquel maniquí de carne y hueso para que éste se derrumbara como otro cualquiera de cartón, perdido el apoyo que a sus espaldas prestaban unos listones de madera hábilmente dispuestos.

El cuerpo rígido de Lorrie Lansen, frío y sin vida, se abatió con

estruendo a los pies de Mark. La luz artificial mostró la faz amoratada, el lazo mortífero de un echarpe adherido al traje, pieza integrante de éste, que ceñía el cuello hinchado y violáceo.

CAPÍTULO VI

Le costó trabajo salir de su abstracción. Cuando lo consiguió, Mark se puso de rodillas y examinó el cuerpo que fuera admirable y ahora tenía la rigidez de la muerte. Por ello dedujo Mark que Lorrie era cadáver desde más de una hora. La frialdad del local había contribuido a su rápida entrada en el *rigor mortis que, en un medio ambiente más cálido, hubiese tardado algo más.*

La estrangulación habíase efectuado con la pieza de tela que colgaba del cuello, a modo de *echarpe* unido al traje de noche, e igualmente formado de terciopelo negro-azul y algunas piedrecitas blancuzcas, de azulados destellos. Una de las piedrecitas se había clavado tan hondamente en la piel al ser estrangulada que la rasgó, produciendo herida. Una sola gota de sangre coagulada en el blanco impoluto de su carne marcaba el lugar.

Graham se incorporó. Nada podía hacerse ya allí. Había vuelto a llegar tarde, cuando más necesitaba hablar para aclarar muchas cosas. El asesino seguía anticipándose a sus pasos.

Miró en derredor. Tenía que haber otra salida, para que quien mató a Lorrie hubiese abandonado el lugar sin ser visto. Cabía la posibilidad de que el culpable estuviese en la exhibición de modelos, pero al demorarse para quedar a solas con su víctima y matarla, se hubiera puesto demasiado de manifiesto ante los empleados de Lissot. Y era evidente que el criminal no se distinguía por sus imprudencias cuando tenía que actuar.

Recorrió la planta del edificio, y una puertecilla arrinconada le dio la pista del camino seguido en su huida por el asesino. Era el montacargas, que debía de utilizarse para el traslado de ropas, maniquíes y material de trabajo, y que también daba cabida, muy precaria, a un ser humano bien acurrucado en su interior.

Mark se introdujo en él, corriendo todos los riegos, y puso en marcha el cable de descenso. Bajó lentamente por un interminable

tubo obscuro. Las paredes rozaban sus cabellos al bajar.

Cuando frenó en seco, Mark abrió cautelosamente la portezuela. Estaba en un almacén desolado, que llenaba de luz el día, entrando por unas altas ventanas a ras de la calle. Era el sótano de Chez Lissot y ni un ser humano parecía guardar aquello. Las figuras de cartón, los armazones de madera para colgar trajes, instrumental y un millar más de cosas que Mark desconocía se apilaban allí y allá.

Lo atravesó rápidamente. La puerta de salida al exterior, que según apreció daba a una calleja posterior, poco frecuentada, estaba descerrajada. Una palanca había roto la cerradura limpiamente. Mark sonrió con dureza. Seguía, uno por uno, los pasos del asesino. Era descorazonador saberse sobre la pista y no tener la menor idea de quién era su perseguido.

Empujó la puerta de salida, comprobó que no pasaba nadie lo bastante cerca para verle, y salió a la luz nubosa del día. Se sacudió el polvo del sobretodo y se alejó con paso rápido del edificio de cristal, acero y piedra.

Dentro de aquella tumba hermosa y fría quedaba el cuerpo de Lorris Lansen, la hermosa modelo muerta con su «Noche y Tulipanes» en torno al cuello…

El teniente Bannister clavó sus ojos de fuego en el tranquilo Mark Graham.

—¿Va a hablar ahora o prefiere que le encierre para unas cuantas semanas, hasta ver si puedo enviarle a la silla eléctrica, sabueso del demonio? —rugió, convencido de su aplastante superioridad actual.

Mark miró al taquígrafo de la policía que esperaba el resultado del interrogatorio, sentado pacientemente en un lejano rincón de la estancia de Jefatura donde tenía lugar la entrevista.

—Me gustaría más que hablásemos a solas, como dos buenos amigos, teniente.

—¡Y un cuerno! Hablaremos como yo quiero. Pudimos ser amigos antes, cuando yo se lo ofrecí. Ahora, usted es un sospechoso de asesinato como una catedral, y yo le estoy interrogando. Las cosas cambian mucho, Graham.

—Vamos, vamos, teniente, eso no es serio. Usted sabe que yo no he matado una mosca. No me venga con cuentos de hadas a estas alturas.

—Mire, Graham, usted se ha creído muy listo, muy fuerte y muchas cosas más en este asunto. Desde el principio está jugando con fuego, y ahora se ha quemado. No tiene salida y va a hablar o le meteré en la cárcel. Aún puede salvarse momentáneamente. Hable.

—Está bien, usted tiene la sartén por el mango —sonrió Mark, vencido—. Pero cuidado con quemarse también. La sartén está siempre cerca del fuego.

—Déjese de imbecilidades y suelte lo que tenga guardado. Se agota mi paciencia.

—No es tanto como usted cree, teniente. Vance fue mi cliente. Ya no lo es, ni me ha dado motivos para guardarle lealtad alguna.

—Ya lo he visto. Ésa es otra. Vance le ha presentado denuncia por agresión. Veremos cómo sale de eso. Demonios, no hace sino meterse en líos siempre, Graham.

—Es una virtud innata en mí, teniente —dijo Mark con buen humor—. Siguiendo lo que le decía. Vance me alquiló seguir a su rubia esposa, ese bombón oxigenado que…

—Ahórrese expresiones —dijo secamente Bannister—. Sé juzgar a las mujeres por mí mismo. Adelante.

—La seguí a la mar de sitios. No la vi nunca junto con Valentine, ni reunirse con él en sitio alguno.

—¿Eso es verdad o trata de protegerla a ella?

—No trato de proteger a nadie, teniente. Y menos a esa dama. Dicen que tenía algo con Valentine. Yo no llegué a comprobarlo. Sé que frecuentaba un local de La Misión, no muy claro de carácter, el Notorious. Y que Valentine era cliente del mismo también. Pero nada más.

—¿Sabe si estuvo ella en casa de Valentine el día de su muerte?

—No sé nada, teniente. He leído que algunos vecinos vieron a una chica rubia huir de allí. No sé quién sería. También he leído que una pareja algo extraña practicaba el *auto-stop* en la carretera cercana a Central Avenue, sobre la hora del crimen. ¿Qué versión parece más interesante para asociarla con la muerte de Valentine?

—Eso sólo nos incumbe a nosotros. Pero es curioso que esa pareja encaje tan bien, al ser descrita, con usted y cualquiera de esas dos rubias metidas en el caso: Jan Mayo o Carol Vance. Es lástima que Jan, usted y Di Santi tengan una coartada aceptable. Me

gustaría meterles a los tres en un aprieto.

—Lo sé, teniente. Es usted hombre de intenciones angelicales.

—Acabemos, Graham. Lo de Valentine es un círculo vicioso. Pero ahora está el asesino de Lorrie Lansen. Aparentemente, carece de relación con el de Valentine, salvo en un hombre: Philip Charles Vance, que usted encontró en el piso de la modelo antes de ir a buscarla a casa de Lissot. Y yo le pregunto ahora: ¿por qué buscaba usted a Lorrie Lansen? ¿Por qué todos los tipos que usted anda buscando terminan por ser liquidados?

—No sé. Fatalidad, supongo…

—Repito: ¿qué quería usted de Lorrie Lansen?

—Muchas cosas que ella no me hubiera dado —sonrió cínicamente Mark—. Pero aparte de eso, creí que ella podía ayudarme contra Vance, para evitar que éste utilizase mis pesquisas como cuerda para ahorcar a su esposa. Ya me entiende. Vance quiere liar en esto a Carol.

—¿Con razón o no?

—No lo sé, pero creo que no. A Vance le interesa por alguna razón deshacerse de Carol… o cargar a alguien las culpas de algo que, en otro caso, podría pesar sobre él.

—¿A qué se refiere?

—He llegado a pensar si la muerte de Leo Valentine no tendrá una relación lejana con el asesinato de Terrail en Holanda, durante la guerra. Cuando se lo mencioné a Vance, creí que iba a desmayarse. Entonces me quiso atacar y le di un escarmiento.

—¿En qué se funda para ligar aquel suceso todo esto, Graham?

—No lo sé yo mismo, teniente. Pero hay algo en este asunto que de vez en cuando me asalta el pensamiento. Es como una idea relegada en mi subconsciente, que de vez en cuando trata de salir a flote, y finalmente se repliega, vencida, sin llegar a manifestarse. Hay algo, un detalle común a todos estos crímenes y violencias, algo que también existió en la muerte de François Terrail… pero no doy con ello.

—Está bien, dejemos por cierto que es sólo un «presentimiento» suyo, Graham. Ahora la pregunta que más me interesa. Le advierto que no admito monsergas de «secretos profesionales», «éticas» y otros puntos de fuga. Exijo una respuesta positiva, o será peor para usted. ¿Quién es ahora su cliente, Graham?

—Arthur Mayo —dijo con sencillez el detective.

Bannister no se fió de aquella espontaneidad. Miró como a un ser de otro planeta a su interrogado y enarcó las cejas hasta parecerse a Mefistófeles. Sonrió al decir:

—Oiga, ¿qué bicho le ha picado? Nunca ha soltado usted una información tan rápidamente y sin rodeos. ¿Es que quiere engañarme?

—Me ha pedido colaboración y yo la presto, teniente. No hay motivo para guardar el secreto en el encargo de Mayo, salvo para su propia hija, que es quien debe ignorarlo.

—Ah, el encargo es acerca de su hija, ¿eh? —Bannister achicó las pupilas—. Curioso. Se busca a una rubia, relacionada con el crimen de Nob Hill. Se la vio salir huyendo de la casa de Valentine.

—No vale, teniente. Usted sabe que yo estaba con esa chica a la hora en que mataron a Valentine. Y Di Santi estaba con los dos. Busque a otra rubia por ahí que le encaje mejor en el rompecabezas.

—Lo haré, Graham. Y puede que pague los platos rotos Carol Vance.

—Es lo que quiere su marido. Siga adelante y le hará el juego.

—¡Demonio! Entonces, ¿a quién busco? ¿Cuántas rubias hay en este caso?

—No lo sé. Es tarea suya. Yo cobro para cuidar de una muchacha mal criada, y para procurar apartarla de ciertas amistades poco recomendables. Trato de hacerlo lo mejor posible, incluso fingiendo enamorarme, si bien me repugna ese método. Usted cobra de sus contribuyentes para encontrar a los culpables de un delito. Hágalo antes de que la prensa y los personajes influyentes se le echen encima.

—No necesita recordármelo, Graham. Sé muy bien las nubes negras que se ciernen sobre mí ahora —manifestó sombrío el policía, humanizándose un poco—. Por eso quiero que colaboren conmigo, no que me pongan trabas. Ahora estoy pidiendo ayuda. Dentro de unas horas posiblemente empiece a exigirla por la fuerza.

Un agente uniformado apareció en el gabinete, portando la última edición de los diarios. Se la tendió a Bannister. El teniente echó una ojeada a su primera plana y le tendió el periódico a Mark.

—¿Lo ve? —gimió—. Me están obligando a ello por todas partes.

Mark leyó en silencio el gran lujo tipográfico utilizado para

destacar la noticia:

Una modelo de Chez Lissot asesinada. La bella morena Lorrie Lansen fue estrangulada con la tela de su propio modelo. ¿Qué hace la Policía ante esta racha de asesinatos que invade San Francisco? Pedimos acción enérgica e inmediata.

El teniente no esperó su comentario. Se abotonó la americana y señaló la puerta.

—Váyase, Graham. Es posible que vuelva a llamarle dentro de poco. Si entonces lo hago, será para apretarle mucho más las clavijas que en esta ocasión. Adiós.

Mark no dijo nada. Despidióse con un seco saludo y salió de la habitación. Poco después, lo hacía también de Jefatura. La tarde caía ya rápidamente tras las colinas. De la bahía, el aire salobre llegaba en vaharadas vivificantes. Lloviznaba ligeramente, de un modo molesto y pertinaz que charolaba las calles y reflejaba en falsos espejos de asfalto bruñido las primeras luces artificiales.

Se encaminó al Depósito de Cadáveres. No estaba muy lejos de Jefatura. Era un pabellón blanco, frío y rígido como lo que contenía, anexo al Hospital Municipal de San Francisco.

En la morgue todo era silencio y calma. Mark saludó con un gruñido a dos periodistas que salían con cámaras y lámparas de *flash* del interior de la casa mortuoria. Entró en la antesala del depósito.

Un funcionario con blanca bata le recibió huraño.

—¿Otro más? —dijo, violento—. Estoy harto de recibir periodistas. El jefe ha dicho que no quiere ver a nadie más.

—No soy periodista —mostró su licencia—. Quisiera ver un momento a esa chica, Lorrie Lansen. Trabajaba para ella en un caso.

—Bueno, pase, pero no tarde mucho. Si el jefe se entera de que siguen entrando visitas, acabará echándome un buen rapapolvo.

Mark lo agradeció y entró en el depósito. Otro funcionario le preguntó, y al informarle, fue conducido ante una mesa donde una forma larga y quieta aparecía cubierta por la blanca sábana rotulada. Unos pies rígidos, blancos, asomaban por su parte inferior, con la tarjeta de identificación sujeta. El detalle siempre le pareció a Mark desagradable. Ahora, le arrancó un estremecimiento.

Su examen de Lorrie fue breve. Salió de allí aparentando una serenidad que no tenía. El funcionario le sonrió desde su mesa.

—¿Ya la vio? —preguntó—. Es una lástima. Si usted la hubiese visto en las portadas de las revistas… Es horrible saber que unas chicas así acaban igual que otro cualquiera…

Mark cortó secamente la desagradable conversación:

—¿Cuándo es el funeral?

—Falta aún la autopsia. El doctor Barnes la efectuará esta noche, aunque se sabe ya que murió estrangulada. Pero el formulismo es el formulismo. Mañana será enterrada, y creo que los funerales se fijan para pasado mañana. Los hay madrugadores.

—¿Por qué dice eso?

—Ya han empezado a enviar flores para su funeral —el hombre señaló a un rincón—. Las dos primeras coronas. Son primorosas, ¿eh?

Mark avanzó hacia las coronas señaladas. Eran hermosas, ciertamente. Una, con variedad asombrosa de flores, llevaba una tarjeta de Philip Charles Vance. La otra no llevaba más que una tarjeta en blanco, con una breve dedicatoria escrita en tinta:

A LORRIE LANSEN

Estaba formada de bellísimos tulipanes y hojas verdes y amarillas. Casi mecánicamente, Mark apreció, en un papel de celofán de su envoltura, el membrete de la floristería:

«Wallace's Flowers. Tercera Avenida. Russian Hill».

Dando las gracias al empleado de la morgue, abandonó el helado recinto de la Muerte. Caminó pensativo, bajo el cielo ya obscurecido por completo. Las luces de la ciudad, con su ritmo vivo, vertiginoso, le devolvieron algo la perdida sensación de calor humano.

Caminó un buen trecho entre gentío ruidoso y tráfico rodado. Los anuncios, en las fachadas, derramaban sus cascadas de colores y de luz, parpadeando, girando, cambiando o tornándose como vivos, al conjuro de su hábil mecanismo.

Mark iba pensando en todo aquel endiablado caso, tan vertiginoso y en torbellino como las mismas luces que danzaban ante sus ojos distraídos. Volvía a tratar de fijar su atención sobre el detalle aquel que le torturaba, aquella rara circunstancia, común a

todas las diversas piezas del diabólico rompecabezas. ¿Qué era? Estaba seguro de haberlo visto en varias ocasiones, estaba convencido de que muy poco antes había vuelto a enfrentarse con ella, su subconsciente lo había acusado y su recuerdo se negaba a brotar.

Pensó en todo lo que sabía. Carol Vance y Leo Valentine… El encargo de Vance… La muerte de Terrail en Holanda… La muerte de Valentine en San Francisco… El funeral, su falso romance amoroso con Jan Mayo, el terror de Carol, los temores de Vance sobre lo ocurrido en Holanda… Lorrie Lansen y sus modelos, fatídico papel de su creación, «Noche y Tulipanes»… Su próximo funeral, su cuerpo frío en la morgue, las coronas fuera, primer mensaje a la mujer muerta de los que quedaban en la vida…

Súbitamente se quedó parado en medio de la acera. Su rostro se transfiguró. Los transeúntes se quedaron mirándole con sorpresa. Pero Mark no hizo caso a nadie. ¡Había dado con el detalle suelto, con el factor común! Era fantástico, sí, pero… ¿y si era algo más que una asombrosa casualidad? Tenía que probarlo. No sobraban las pistas en aquel asunto. Tal vez ésta era la única, por increíble que pareciese…

Llamó un taxi que pasaba milagrosamente vacío, bajo la tarde lluviosa. Le dio una dirección, y el taxi se lanzó hacia Russian Hill, Market abajo.

CAPÍTULO VII

Wallace's era una buena floristería. Quizá la mejor de San Francisco, o por lo menos de aquel distrito. Tenía tres grandes escaparates repletos de las más variadas flores de todas las latitudes, clases y colores. Dos puertas cristaleras, entre el trío de ventanales, conducían al interior de la tienda, verdadero jardín confeccionado por un loco, ya que allí los geranios, las rosas, los claveles, crisantemos, nenúfares y dalias se mezclaban con las orquídeas, las magnolias, tulipanes, gardenias y heliotropos, en una borrachera delirante de olores, tonalidades y formas.

Mark Graham entró en el establecimiento, permaneciendo durante casi un minuto como perdido en medio de aquella jungla de jardinería. Finalmente, una dama vestida de gris obscuro, con traje cerrado hasta el cuello, alta, delgada y entrada en años, apareció con obsequiosa sonrisa tras un macizo de hortensias y gladiolos.

—Buenas noches, caballero —dijo, untuosa y afable—. ¿Qué clase de flores desea?

Mark señaló las campanillas singulares de blancas hojas que le recordaban por natural asociación de ideas los lejanos molinos de viento y los zuecos ruidosos de Holanda.

—Tulipanes —dijo—. Un buen ramo.

—Ah, tulipanes —la mujer se extasió, contemplando sus existencias de aquella flor—. Son los más hermosos del mundo. Cualquiera podría asegurar que llegan directamente de Holanda, ¿verdad, caballero?

—¿Y no es así?

La florista le dirigió una mirada de asombro y ofensa. Pareció perder Mark muchos puntos en su consideración. Finalmente dijo, muy seca:

—Claro que no. Nuestros invernaderos son excelentes para producir y seleccionar las mejores calidades de tulipanes del

mundo, igual que si estuviésemos en tierras neerlandesas.

—Perdone mi ignorancia. No sabía que sus invernaderos estuviesen tan bien acondicionados —dijo, por decir algo.

—Son los mejores de toda California, y casi los primeros de América. Bueno, exceptuando los de Van Buren, en Santa Rosa. Aquéllos son excepcionales, pero es que Hans van Buren es un verdadero genio en el cultivo de las flores de su país.

—¿Hay mucha demanda de tulipanes en esta época del año? —preguntó Mark.

—No mucha. El público de nuestro país, desgraciadamente, no es demasiado sutil en sus gustos. Prefieren lo vulgar: rosas, gardenias, magnolias u orquídeas. Lo de siempre. A nadie se le ocurre enviar tulipanes a una dama o a una amistad. No son originales. ¿Cuántos le pongo, caballero?

—No sé exactamente. Unos… veinticinco dólares —dijo Mark, confiando en que la cifra permitiría a la señora seguir siendo tan locuaz.

—¿Veinticinco dólares? —Ella pareció escandalizada. Mark perdió nuevos puntos para ella—. Es horrible oír hablar de las flores como si fuesen patatas o tomates. «Deme tantos dólares». Es como decir: «Péseme cuatro libras de esas hermosas flores». ¡Horrible! Veinticinco dólares…

Empezó a recoger tulipanes con rápida eficacia, no exenta de un delicado cariño hacia cada flor. Mark aventuró una pregunta que casi no lo era.

—Un amigo mío me recomendó su casa ayer. Dijo que ha enviado en dos ocasiones flores a unos funerales, y que siempre utilizó esta casa, quedando muy complacido.

—¿De veras? —La dama alzó los ojos—. ¿Qué clase de flores?

—Tulipanes precisamente —sonrió Mark.

—Ah, tulipanes —la dama se mordió el labio inferior, tratando de recordar—. ¿Entonces es usted amigo del señor Smith?

Mark se estremeció. Aquel «señor Smith» podía ser su objeto, el hombre buscado… Rápidamente replicó:

—Sí, Smith se llama. Pero tal vez no nos referimos al mismo. Mi amigo es alto, moreno, bastante joven aún. ¿Ese Smith a quien se refiere es igual?

—Pues no lo sé —dijo ella—. Sólo he oído su voz siempre que ha

telefoneado para pedir la corona de flores. Por cierto que he visto en los diarios que la última persona para quien encargó las flores es esa Lorrie Lansen a quien han asesinado.

Ya no había duda. Era él. El fantástico y misterioso emisario de las flores. La decepción hizo presa en Mark, que miró desolado a la mujer. Su pista se esfumaba en el mejor momento. Aún insistió, tenaz:

—Creí que habría venido él en persona. Pero no me dijo que telefonease, ni siquiera que iba a estar fuera estos días…

—Sí, siempre puso conferencia desde fuera de la ciudad. Pero no muy lejos, de todos modos. Sausalito apenas está a diez millas de aquí.

Sausalito. Mark ocultó su desilusión. El que enviaba aquellos tulipanes habíase desplazado para llamar a la floristería. Cubría demasiado sus huellas para ser inocente. Lo que ahora añadió la mujer fue como un golpe de gong dentro de su cerebro:

—Cuando anoche telefoneó para encargar los tulipanes de Lorrie Lansen…

—¿Anoche? —El énfasis de su palabra hizo que ella le mirase sorprendida. Mark añadió con más suavidad—. No pudo ser anoche. Mi amigo Smith estuvo conmigo desde las siete.

—No, no, se equivoca —sonrió ella, muy segura de sí—. Antes de las ocho llamó desde Sausalito, encargando la corona de flores para hoy, a primera hora de la tarde. Esta mañana recibí el giro telegráfico por su importe. Nunca regatea. Envió los doscientos cincuenta dólares que costaba la corona, sin discutir el precio.

Mark salió de la floristería con su ramo de tulipanes. Iba hecho un mar de confusiones. Pero algo destacaba, nítidamente, entre tanto barullo mental: la noche antes, Lorrie Lansen *estaba llena de vida. No había muerto aun cuando* ya un señor Smith encargaba desde Sausalito flores para su funeral.

La idea era tan macabra como impresionante. A Mark le encolerizó aquella osadía, aquel alarde del asesino, anticipándose, lleno de seguridad en sí mismo, preparando las flores para su futura víctima. Luego el asesinato de la modelo no era un azar, producto de las circunstancias, ni un crimen apasionado. Había sido premeditado de antemano.

Súbitamente, recordó la tarde de la muerte de Leo Valentine. El

coche de Marcelo di Santi, viniendo de Fisherman's Wharf, es decir, del lado norte de la bahía, precisamente hacia donde quedaba Sausalito, al otro lado del Golden Gate. ¿Y si al fabricar la coartada de Jan y de sí mismo había colaborado en el plan de Di Santi, haciéndose cómplice suyo?

Ahora tuvo que esperar bajo la marquesina de un cinematógrafo, lleno de luz y de gente que hacía cola ante las taquillas para entrar a ver una cinta en cinemascope de Marilyn Monroe y un famoso galán de Hollywood, hasta que al cabo de casi un cuarto de hora pasó un taxi libre. Lo tomó rápidamente y le dio una dirección:

—Notorious Club, en La Misión.

El vehículo partió, patinando sus neumáticos sobre el charolado del asfalto callejero.

Mark se detuvo en la esquina de enfrente, clavando los ojos en el gris edificio del Notorious. No se movió de allí. Tres coches con el escudo de la Policía Metropolitana, y un sedán negro, sin emblemas, que le recordó las que solían utilizar los federales cuando él pertenecía al Bureau of Investigation, le hicieron comprender que el club de Di Santi era objeto de un registro a fondo.

No se movió durante casi veinte minutos, al cabo de los cuales aparecieron en la puerta tres hombres bien conocidos de él, seguidos de una verdadera nube de policías uniformados y de paisano. Reconoció en el acto al teniente Bannister, que llevaba esposado a Marcelo di Santi, y junto a ellos, Graham tuvo el disgusto de ver al inspector Clark Howard, del FBI, un hombre pesado y musculoso, a quien debía su expulsión del Cuerpo. Howard había sido quien presentó el expediente contra él, basándose en su excesiva dureza con algunos criminales de demasiada influencia, y ello provocó, tras varias advertencias, su definitiva expulsión del FBI. Ahora, la intervención de un inspector federal en el asunto demostraba que el caso estaba escapando a la jurisdicción metropolitana, y que el Departamento de Washington tenía papel en ello. Que Howard apareciese en escena era lo peor que podía ocurrirle, si no era de por sí bastante grave el arresto de Di Santi, el tercer personaje de su coartada.

Si Howard lograba desmoronar su coartada apretando las tornas a Di Santi, el viejo enemigo, implacable en sus rencores, trataría de hundirle una vez más, ahora irreparablemente.

Mark tomó una rápida decisión, sospechando los acontecimientos que se venían encima. Se alejó rápidamente, buscando con febril actividad un taxi. La lluvia arreciaba, aunque sin llegar a ser torrencial. Los peatones eran cada vez más escasos, y los vehículos también. Mark perdió media hora larga, y finalmente, empapados su sombrero, sobretodo y traje, logró alcanzar un taxi libre que acababa de dejar a sus viajeros frente a un hotel. Subió de un salto a su interior, gritando al chófer:

—¡A Bay Park, residencia Mayo! —indicó.

El coche le dejó allí antes de lo que pensaba, pero de todos modos el tiempo perdido era ya mucho, y Mark temía que los acontecimientos se precipitasen.

Un mayordomo estirado, impecablemente vestido de chaqué, al estilo de los clásicos *butlers* de la literatura inglesa, le recibió en el suntuoso vestíbulo oro y verde de la residencia Mayo. A su petición de ver a la señorita Jan, respondió con un escéptico monosílabo, expresando su desconfianza de que la joven quisiera recibirle.

Mark se dispuso a insistir cuando cruzó la sala, hacia la escalera de mármol que ascendía en amplia espiral, un joven rubio y deportivo, a quien el detective reconoció inmediatamente. El muchacho también demostró conocerle. Quedóse quieto, con la mano en el arranque de la baranda, y sonrió:

—¡Hola, señor Graham! —saludó, cordial—. ¿Qué hace por estos sitios?

—Quería ver a su hermana, Steve —respondió Mark con una sonrisa—. Pero su cancerbero no parece ablandarse por mí.

—Rexon siempre será el mismo —rió Steve—. Suba conmigo, Graham. Jan estará ahora en la galería, perdiendo el tiempo en algo deliciosamente inútil, pero distraído. Ella es así.

Mark aceptó la invitación, haciendo un picaresco gesto de burla al impasible mayordomo. Juntos subieron los dos jóvenes. Por el camino, Mark preguntó a Steve Mayo:

—¿Jan no hace nunca nada realmente trascendental?

—¡Oh, no! Creo que jamás lo ha intentado en serio. Es el defecto de tener demasiado dinero y excesiva libertad. No se toma la vida por su lado grave. Falta… sentido de la responsabilidad. Algo que se adquiere luchando. Jan jamás luchó por nada. Ha nacido con todos los problemas resueltos. No hay nada peor.

—¿Y usted no?

—También, es cierto. Pero he procurado olvidarme de ello y luchar por mí mismo. Aún no he logrado gran cosa, pero soy demasiado joven, Graham. Espero en un futuro próximo llegar a ser Steve Mayo, no Mayo junior, el hijo del millonario. Es una idea que me horroriza sólo al pensarla.

Llegaron al piso alto. Steve le guió hacia una terraza o galería cubierta de muros y techo de vidrio, con macetas de bellas plantas, muebles blancos y estilizados, todo ello respirando luz, alegría y colorido.

Allí estaba Jan, con un prodigioso pijama de seda, cuya chaqueta blanca contrastaba con el azul eléctrico de su pantalón ceñido a las maravillosas piernas de la rubia millonaria. Mark contempló asombrado la imagen de juventud, vitalidad y belleza de aquella linda muñeca de cabellos rubio ceniciento, ojos rasgados y chispeantes, boca roja y nariz agresivamente graciosa. Jan Mayo era muy hermosa cuando la torpeza del alcohol no la invadía. Ahora la muchacha, que tenía ante sí varias revistas de modas sobre una mesa, tijeras, papel de patrones de corte y un alto vaso con soda y algo alcohólico, trató de ocultar a ojos de Mark una botellita inmediata al vaso, escondiéndola tras de sí, mientras gritaba:

—¡Oh, Mark, qué alegría! No esperaba a nadie, y mucho menos a usted. Creí que este horrible día lluvioso no me reservaría ninguna sorpresa grata.

—Todos los días del año pueden reservarnos algo bueno, Jan —sonrió Mark, aprobando con su mirada la iluminación cordial y alegre de aquella galería, en la que predominaban los tonos azules, tal vez haciendo juego con el panorama de la bahía que, a través de los cristales, se apreciaba, cuajado de luces multicolores, muchas de ellas rugosamente reflejadas sobre las aguas. Seguía cayendo la lluvia sobre los bulevares radiantes de luz. Mark volvió su atención a la joven. Steve les miraba a los dos con una sonrisa.

—¿Le gusta este rincón? —dijo ella tras una pausa—. Es mi sitio favorito. Nada lujoso, nada ostentoso. Sencillo y agradable. Quise siempre tener un rinconcito hogareño.

—Éste lo es —aprobó Graham—. Pero su presencia contribuye mucho a ello. ¿Qué bebe?

Ella perdió su aplomo y gran parte de su alegría. Pretendió

disimular:

—Abría boca… Un inocente aperitivo.

—Veamos. —Mark la rodeó rápidamente, en una maniobra estratégica, cortándole la retirada hacia el mueble-bar. La arrebató la botella de la mano, ante la aprobación muda de Steve. Miró la etiqueta de la botella mientras la muchacha bajaba los ojos.

—Absenta —dijo—. Un aperitivo demasiado fuerte. Le aconsejo vermut con soda, en pequeñas dosis. Es más saludable.

Abrió un cuadrángulo en la pared de cristales. Ella le vio arrojar el recipiente al parque, sin atreverse a protestar. Finalmente, cuando Mark volvió junto a ella, rió entre dientes:

—No trate de corregirme. No va a conseguirlo nunca, Mark. Soy… soy díscola y rebelde por naturaleza. Ni mi padre ni mi hermano hicieron jamás carrera de mí.

—Yo no soy su padre ni su hermano. Tal vez por eso pueda tratarla más duramente si llega el caso.

—¡Adelante, Graham! —rió Steve, haciendo un ademán con la mano y cerrando la puerta al salir, en señal de complicidad con el detective.

Ella se le quedó mirando, de rodillas sobre el canapé donde tomaba asiento. Le dejó tomar el alto vaso y apurar su contenido sin quitarle los ojos de encima. Luego irguióse, adelantado el pecho, y preguntó con fiereza:

—¿Sería capaz de emplear la dureza conmigo, Mark?

—Si era preciso, sí. Todo antes que ver a una chica como usted tal como la vi una noche en cierto lugar…

—¿Tanto le intereso que pretende reformarme? —siguió preguntando ella, con su aire de desafío, entreabriendo sus carnosos labios color granate.

—Puede que sí. —Mark avanzó hacia ella. Se plantó al borde del canapé y se encaró con Jan casi violento—. Siempre consigo lo que me propongo. Sobre todo con las chicas. Y ninguna hasta hoy me interesó tanto como usted, Jan.

—Bien. Adelante, entonces, con su método educativo, Mark. Trate de volverme al buen camino y haga de mí una niña inocente e ingenua.

Mark avanzó un paso más. La tomó por las muñecas y la atrajo hacia sí. La besó fuertemente en los labios. Apretó entre sus brazos

el cuerpo estremecido de la muchacha. El calor de sus labios le quemó la boca. Pero era un fuego grato, dulce.

Cuando se apartaron, ella le miró entre aturdida y emocionada. Pero alzó su mano para abofetearle. Mark se la aferró por la muñeca de nuevo. Sonrió, ahora duramente.

—No lo hagas, Jan. Tendría que devolvértela.

—¿Abofetearías a una mujer?

—Sí. Y a ti sobre todo. Nunca dejé que una mujer me pegara. Tú no ibas a ser la primera. Prefiero besarte… y ser besado, Jan.

—Estás en mi casa, Mark. Te portas groseramente.

—Soy un grosero —admitió él, divertido—. Pero te quiero. No sólo me gustas, sino que te quiero locamente. Por eso he venido a verte. Y nuestra conversación se ha desviado mucho.

—Mucho. —Jan Mayo se rozó los labios con la punta de sus dedos—. Pero me gustó ese desvío, Mark.

—A mí también. Sin embargo, hay cosas muy importantes, Jan.

—Habla, Mark —se acurrucó contra él, como un gatito meloso.

—Se trata de nuestra coartada, Jan. Creo que se resquebraja. Es cuestión de horas, tal vez de minutos, que se hunda. Han detenido a Di Santi. No sé por qué, aunque lo imagino. Y los federales están en el asunto. Eso lo pone muy feo, Jan. Di Santi se asustará en cuanto le aprieten un poco las clavijas. Conozco a la gente de su clase. Nos venderá a la primera ocasión en que vea con ello un resquicio de salvación.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, Mark? La idea de la coartada fue tuya…

—Ya lo sé. Entonces era buena. Ahora es un desastre. Hemos de salvar lo más posible de ese desastre. Y lo más que puede salvarse… eres tú.

—¿Por qué yo, Mark? No tengo culpa ninguna en todo esto… He oído también lo de esa chica, Lorrie Lansen, en el boletín de noticias de la radio. Dicen que puede estar directamente relacionado con lo de Valentine. No entiendo nada de eso, Mark, y me parece que hacemos mal en obrar como culpables.

—Ahora no hay más remedio que seguir obrando como tales. Nuestra única esperanza es la de que el verdadero culpable aparezca. Yo estoy muy embrollado. Fui quien encontró el cadáver de Lorrie Lansen. Cuando el conserje de tarde describa al hombre

que subió al piso de los probadores y no volvió a bajar, el teniente Bannister no necesitará pensar mucho para ver que me ajusto a esa descripción como un guante a la medida. Me detendrá. Y si sospechan de mí, sospecharán de ti. Lo de Di Santi acabará de enredarlo todo.

—Bien, Mark, y según tú… ¿qué solución tenemos?

—Escondernos, Jan. De momento, huir a la caza policial. Ellos no tardarán en venir a por ti, como primera providencia. Y no quiero que te lleven a Jefatura y te interroguen. Sabrán que fuiste amiga y admiradora de Valentine, que llevabas una vida algo… agitada. Ellos no distinguirán matices sutiles. Te creerán una cualquiera y te llevarán al peor terreno. Ni los millones de tu padre te librarán de aparecer en los periódicos de escándalo, en las fotografías más repugnantemente comentadas que viste jamás. Y gracias si se queda todo ahí y no has de comparecer ante un tribunal, acusada de complicidad en asesinato.

—Es horrible, Mark —ella parecía realmente asustada—. No puede ser todo tan…

—Lo será, Jan, lo será. Es cuestión de tiempo que los policías vengan a tu casa y traten de…

Callaron los dos. Sonó en la distancia una sirena estridente, metálica, como el alarido agonizante de una máquina, súbitamente viva. Mark vio palidecer a la muchacha.

—¿Lo ves? —dijo—. Ya están ahí. Vienen a por ti, Jan. Menos mal que siguen siendo demasiado ruidosos para resultar eficaces. Nunca aprenderán las virtudes del silencio.

—Cielos, Mark, creo que tengo miedo de algo por primera vez en mi vida. ¿Qué se puede hacer ya?

—Huir. Cierto guerrero lo dijo, hace muchos años ya: «Cuando veas que sólo la muerte te espera en el campo de batalla, vuelve la espalda y echa a correr». No pasó a la historia ni fue un héroe. Pero vivió hasta los ciento dos años, y muchas veces contó a sus nietos cómo escapó a su fin cuando sólo tenía veintiséis años.

—Muy gracioso. ¿Por dónde podemos huir, Mark? Deben de estar llegando.

—Y nosotros perdemos el tiempo. ¿Hay alguna otra salida en esta casa?

—La escalera de incendios conduce a los setos del parque. No es

frecuentado pero acaso ellos hayan pensado ya en esa posibilidad y…

—Hemos de correr el riesgo. No creo que su imaginación vaya tan rápida. Adelante, Jan.

—Pero tengo que cambiarme…

—No hay tiempo de nada. Ponte un abrigo o algo parecido, y vamos corriendo.

—Papá no está en casa ahora y…

—Tu padre ya se enterará de ello. Vamos, sin perder ni un segundo.

Jan desapareció como llevada por alas invisibles. La sirena policial siguió acercándose. Bruscamente, cesó frente a la casa. Increíblemente pronto, Jan reapareció con una gabardina amarilla, de vueltas negras, y capuchón igualmente amarillo sobre la cabeza. Calzándose unos guantes negros de ante, y en su rostro seguía la misma expresión de alarma.

Abrió un amplio hueco de la vidriera de su estudio o rincón hogareño, y Mark observó satisfecho que la escalera de incendios salía de allí debajo y se perdía en la oscuridad del parque.

—Por aquí, Mark.

Los dos jóvenes, cogidos de la mano, pasaron el boquete y empezaron a descender los peldaños metálicos. Las tinieblas les engulleron rápidamente.



Empezaron a descender hacia la obscuridaa...

7 — FLORES

Cuando el teniente Bannister, de la Policía Metropolitana, y el inspector Howard, del Federal Bureau of Investigation, entraron en la galería, precedidos de un Steve Mayo preocupado y lleno de asombro, no había absolutamente nadie en ella. Ni tampoco en la escalera larga y quebrada que se hundía en el vacío tenebroso.

—Demasiado tarde —dijo Bannister, irritado—. Han huido.

El inspector federal se limitó a sonreír sombríamente, tomando el teléfono color crema que descansaba junto al mueble-bar.

—Es igual —dijo Howard, con sonrisa cruel—. Ellos mismos se han puesto la soga al cuello. No tenemos más que tirar ligeramente… y se ahorcarán sin ayuda de nadie.

CAPÍTULO VIII

Era un hotel de orden ínfimo. Sus condiciones, pésimas, y su situación, horrible. Pero Mark Graham no encontró sitio mejor para ocultar de momento a Jan Mayo. La Policía, en su búsqueda por la ciudad de San Francisco, dedicaría atención preferente a las carreteras, muelles y aeropuertos y, acaso, a algún lugar de dudosa condición o a sitios más habituales de refugio. Pero aquel hotelucho limpio, aunque miserable y pobre, no era fácil que pasara ante los ojos de los agentes encargados de buscarles.

Inscribió en el registro los nombres de Frank. L. Masterson y señora de Masterson, procedentes de Dayton, Ohio, y nadie puso reparos a su petición, aunque el dueño del lugar miró dubitativamente a la rubia muchacha, cuyo aspecto no era el de una señora casada, tranquila con su conciencia. Pero tampoco debía de ser la primera vez que admitía a alguna pareja poco concreta, ya que no objetó nada.

La habitación, provista de dos camas de metal desconchado, tenía una ventana al barrio industrial. Altas chimeneas despedían sus vapores negros hacia el aire quieto de la mañana. Los «Twin Peaks», o «picos gemelos», se elevaban detrás, sobre el telón de fondo de Richmond y el Presidio.

Pasaron la noche en la misma habitación, pero de un modo muy distinto a cómo podía imaginar el dueño del establecimiento. Jan ocupó una de las dos camas y Mark dispuso un biombo provisional con las ropas del otro lecho y una cuerda tendida de parte a parte de la habitación, tumbándose, al otro lado del mismo, sobre un sofá.

Le despertó la claridad del día y se aseó rápidamente, sin despertar de su sueño a Jan. Cuando bajó, el dueño del hotel le miró con aire extraño. Mark salió a la calle, adquiriendo el *San Francisco Sun* de manos de un vendedor. Los titulares de la portada

le causaron el mismo efecto que un puñetazo.

Una millonaria y un detective privado desaparecen, la Policía busca a Jan Mayo y a Mark Graham como sospechosos de asesinato.

Acompañaban a la información unas fotografías demasiado buenas para ser reproducidas en una rotativa. Mark dobló el periódico y volvió al hotel. Se lo puso ante sus narices a Jan, cuando la chica despertó.

Jan cubrióse rápidamente con las ropas hasta el cuello, al ver ante ella a Mark, y luego clavó los ojos aún adormilados en la primera plana del *Sun*. Dio un respingo, saltó del lecho, sin preocuparse de la presencia de Mark, que apartó los ojos al ver que la muchacha sólo conservaba la chaqueta blanca de su pijama.

—¡Dios mío, Mark! ¿Qué hacemos ahora? Nos hemos metido en un buen lío…

—Ponte la gabardina. Nos vamos del hotel. El dueño me ha mirado de un modo raro…

Jan no se hizo repetir la orden. Vistióse rápidamente. Bajaron juntos, y al llegar al vestíbulo, el hombre de la conserjería se acercó, con obsequiosa sonrisa, a ellos.

—¿Han dormido bien, señores? —preguntó, excesivamente meloso.

—Muy bien, gracias. Nos vamos ya.

—Esperen. Puedo prepararles desayuno…

—No queremos —le cortó Mark secamente.

Pero el hombre se puso decididamente ante ellos. Mark le miraba fijamente.

—Bien, no se vayan tan deprisa, señores. En el libro de registro faltan algunos pormenores. Puro formulismo, ya comprenden, pero la ley lo exige y…

Mark avanzó dos pasos. Tomó al hombre por las solapas y le alzó casi veinte pulgadas del suelo. Tenía una expresión belicosa y ruda.

—Mire, si quiere hacernos perder tiempo, no le va a salir bien. ¿Qué pretende?

—Sé quiénes son ustedes —el hombre sonreía ladinamente—. No escaparán. He avisado a la Policía y…

Mark disparó su puño. Lanzó al hombre contra el mostrador, de donde cayeron tintero, libro de registro y otros utensilios. No

necesitó más. A consecuencia del golpe contra la madera, el hotelero rodó a tierra, inconsciente. Mark, entre tanto, tomó por un brazo a la joven y salió con ella a la calle. Atravesaron con paso rápido dos travesías llenas de altas tapias, chimeneas humeantes y vidrieras polvorientas. El aire olía a carbón y a ácidos. Dejaron atrás la zona industrial y Mark llamó a un taxi que pasaba. Una vez dentro, dio rápidas instrucciones a la asustada Jan.

—Vete a cualquier sitio poco frecuentado y tíñete el cabello del color que te parezca. Cualquiera, menos ese maldito rubio ceniza. Ponte pelirroja, morena o azul, me es igual. Vete al Richmond Motel, en la carretera de Lone Mountain. Inscríbete con el nombre de señora Ridgeboot viuda, y no salgas para nada de tu habitación. Compra ropas de la clase que quieras, pero todo lo distintas posible a lo que sueles llevar. Y espérame allí hasta las nueve de esta noche. Si entonces no he llegado o avisado por teléfono, con el nombre de Fred Ridgeboot, hermano tuyo, vete a otro hotel, dejándome una carta en la conserjería del motel con alguna indicación que me haga entender adónde vas, sin decirlo claramente. ¿Entendido, Jan? Tú eres una chica lista. Creo que podrás hacerlo. Toma dinero: con doscientos dólares podrás arreglarte.

Ella le miró fijamente, con cierta humedad en sus ojos. Acercó su boca a la de él, y le besó en los labios fuertemente.

—Gracias por todo, Mark. Confío en ti ciegamente.

Mark hizo parar el coche y bajó en Sunset Road. Desde allí volvió a Market en autobús. Estaba de nuevo en el redil de las fieras y sabía que en cualquier momento podía suceder lo peor. Lo sentiría por ella, sobre todo. Pero tenía que volver a la lucha, en vez de ocultarse a seguro.

Tomó el listín telefónico en una droguería. Buscó la L. Cuando halló Lissot, leyó dos direcciones seguidas: «André Lissot, modas. Calle Treinta. Barrio Latino». Seguía el número de teléfono. Luego, otra vez: «A. Lissot. Dunstance Residence. Telegraph Hill».

Marcó el número del teléfono. No se puso nadie durante un buen rato. Finalmente, sintió el *clic* del receptor al levantarse, y una voz preguntó:

—¿Qué desea?

—¿Está M. Lissot en casa, por favor?

—¿De parte de quién?

—Del señor Smith, de Sausalito —dijo Mark, burlón. Hubo un silencio al otro lado.

—Lo siento, pero el señor Lissot está muy ocupado en el invernadero. Ha pedido que no se le moleste bajo ningún pretexto —dijo la voz finalmente, con desgana—. ¿Quiere que le dé algún encargo, señor Smith?

—Ninguno, gracias. —Mark colgó, quedándose pensativo. Invernadero. Eso le traía otra vez la idea a su mente. ¿Por qué había flores por doquiera que mirase en aquel asunto?

Salió de nuevo a la calle. Pudo ver las ediciones nuevas de los diarios. Un titular en rojo atrajo su atención. Pertenecía al *Killers*, un diario sensacionalista y de pésimo gusto, pero posiblemente su noticia era cierta:

El dueño de un club confiesa. Drogas en el caso Valentine-Lansen. El FBI interviene oficialmente en el asunto, ordenando la detención de Mark Graham, antiguo agente federal, y de Jan Mayo, una preciosa millonaria rubia.

Compró un número. Ponía muchas inmundicias. La mayor parte de lo que el corresponsal escribía eran infamias y groserías. Las fotos publicadas eran todo lo peores posible. Jan aparecía en bañador, riendo alegremente. Carol Vance aparecía en uno de los dibujos que le hicieron famosa en los calendarios prohibidos. Todo muy bajo y sucio. Pero Mark entresacó lo aprovechable en la extensa crónica. Di Santi había confesado. Su garito, pretendido club de descanso y sueño para los agotados socios, era un cubil de drogas, un fumadero montado con ingenio y habilidad. Se decía que un hombre rico andaba escudado detrás de Di Santi, pero el nombre de Arthur Mayo no aparecía por parte alguna. Di Santi era dueño legal de todo, y los contratos estaban a su nombre. Habíanse descubierto drogas en abundancia. Di Santi manifestó haber estado en combinación con Valentine en el tráfico de drogas, y con otros ciudadanos de San Francisco, cuyos nombres se ocultaban. Negaba toda intervención en los crímenes, pero mencionaba con gran lujo de detalles su encuentro con Mark y Jan en la carretera de Nob Hill aquella tarde.

Añadía el *Killers* que el inspector Howard, del FBI, especialmente designado para aquel caso, estaba convencido de que los asesinos de Valentine y de Lorrie Lansen estaban de acuerdo con Mark

Graham, el detective privado que «fuera la vergüenza de los federales». Mark frunció el ceño al saber que el taxista que le llevó aquella tarde a la residencia de Valentine declaró haber hecho tal viaje. Su descripción, así como la del empleado de Lissot, coincidía con la de Mark Graham. Howard se negaba a exponer aún teoría alguna, hasta que Graham estuviese en poder de la ley, con su rubia cómplice, lo cual era cuestión de horas. Y esto, Mark sabía que era algo más que mera fanfarronería. El poder federal y el metropolitano unidos era demasiado poder para él solo. Un obsceno dibujo caricaturesco, mostrándoles a él y a Jan, completaba la repulsiva información de aquella basura de diario. Mark lo arrugó, furioso, tirándolo a una papelera, y tomó un tranvía dos calles más arriba, hacia Telegraph Hill.

Era una buena residencia. En forma de T, el ala derecha la formaba un largo pabellón de cristales blancos, opacos, y Mark supuso que aquello era el invernadero de André Lissot. Para ahorrarse molestias y rodeos, encaminóse a aquella zona, dejando a un lado la vivienda del francés, y al doblar la esquina vio la valla que cercaba el extremo del invernadero. Una puerta cerrada mostraba su llamador a un lado. La mañana nublada no lograba dar alegría alguna al encristalado recinto.

En vez de llamar, escaló ágilmente la valla de ladrillos, eludió los cortantes vidrios de su parte superior, y saltó al jardincillo que rodeaba el invernadero. Ante él se ofreció la puerta abierta del recinto. Una gran hilera de flores diversas se distinguían desde allí, bajo la blanca luz del invernadero.

Mark entró. Vióse en un mundo de floricultura viva, multicolor. Pero con gran predominio de blancos tulipanes, que se ofrecían a un lado y otro, como trozos trasplantados de la lejana Holanda. Mark, fruncido el ceño, cruzó entre ellos, buscando rastros de la presencia de Lissot.

No parecía haber nadie en el invernadero. Mark observó que una pequeña puerta de comunicación con el resto de la casa aparecía cerrada por completo. Dando vueltas a las largas macetas cuadrangulares, rebosantes de flores, Mark siguió recorriendo el invernadero.

Encontró a André Lissot unos segundos después. Estaba tendido al pie de un macizo de blancos tulipanes, y alguien le había

seccionado el cuello con una podadora. El instrumento mortífero estaba allí, a pocos pasos de él, enrojecida su brillante hoja curva, y el desdichado modisto tenía el rostro hundido en el charco que formaba su propia sangre.

La tercera vez que Graham se enfrentaba con la muerte. El detective estudió los alrededores del cadáver. Vio unos cuantos sobres de semillas en torno a Lissot, desparramados. Sobre el dibujo de la planta cuya semilla contenía, había impreso un nombre en letras azules: VAN BUREN. Recogió tres o cuatro sobres y los guardó en el bolsillo de su americana.

Luego miró en derredor, sin apreciar nada notable. De pronto, se fijó en una mano del muerto. Estaba firmemente apretada, como si sus dedos aferrasen algo con las ansias de la muerte.

Trabajosamente, le separó los dedos, que estaban rígidos y casi clavados en la palma de su mano. Un trozo de papel de periódico amarillento surgió, estrujado por el infeliz Lissot. Mark le echó una ojeada rápida, alisándolo con la mano. Estaba escrito en francés, y sus conocimientos bastaron para que tradujese el pequeño titular del recorte, que sólo ocupaba dos breves columnas:

¿Dónde están los ochocientos mil dólares del maletín de François Terrail?

Mark guardó también aquello, con el ceño fruncido. No parecía haber nada más por allí, y se dispuso a dejar a André Lissot en su tumba de cristales y flores, hasta que diesen con él.

Por si acaso, llevó más lejos su investigación. Procurando no mancharse con la sangre de Lissot, registró sus bolsillos. Había documentos, dinero, llaves, todo aquello que para él carecía de valor y de interés. Pero también localizó algo que podía tener importancia. Era un sobre color crema, dirigido a Lissot, con una letra angulosa, recta, de trazos verticales y agudos, muy femenina. El nombre del remitente fue lo que más le atrajo: «Lorrie Lansen, Nob Hill». Había sido enviado por un continental o agencia urbana, según acusaba el membrete de un sello de papel engomado, adherido a un ángulo del sobre.

No quiso leer allí su contenido. El tiempo era precioso, y en cualquier momento podían sorprenderle en aquel lugar. El hecho de que por tercera vez le hallasen junto a una nueva víctima sería muy significativo para la Policía.

Abandonó el invernadero. Al pie de Telegraph Hill encontró un taxi y le indicó:

—¡Al centro de la ciudad! Ya le avisaré yo cuándo tiene que parar.

Sentado dentro del vehículo, Mark extrajo la carta. Leyó su contenido. Era una hoja de papel, igualmente color crema, escrita por un solo lado. La letra había sido trazada nerviosa, irregularmente. Decía:

André: Tengo necesidad de verte cuanto antes. Han ocurrido cosas muy serias desde esta mañana. Él ha venido a verme. Sé que mató a Valentine, y tengo miedo. Puede hacer lo mismo conmigo si se da cuenta de que le temo. Ayúdame, André. Dile a Van Buren que entregue ese dinero y no se empeñe en resistir. Está loco y es capaz de cualquier cosa. Si algo me ocurre, ve a ver a la Policía y denúnciale. No sé cómo pude enamorarme de él, pero eso no tiene ya remedio. Ha dicho que volverá a recogerme más tarde. Te escribo esta nota por si algo pasa, André.

Lorrie.

Mark guardó aquella nota, pensativo. Algunas cosas empezaban a aclararse. Pero eran muchas las que seguían en la más impenetrable obscuridad. Extrajo el periódico. Era, como ya supuso, perteneciente a una vieja edición de un diario galo. Leyó la noticia, traduciendo lentamente del francés:

¿Qué ha podido ocurrir con los ochocientos mil dólares que llevaba consigo el asesinado François Terrail cuando entró en Bélgica? Sólo sus amigos, los mismos miembros del Movimiento de Resistencia, podían saber que aquel viejo maletín contenía una fortuna, equivalente a más de trescientos millones de francos, y que nadie iba a reclamarla en caso de desaparición, dadas las circunstancias. Las autoridades de la Resistencia francesa sospechan de Marcelo di Santi, Leo Valentine y André Lissot, que, junto con un norteamericano llamado Charlie Vance, acompañaban a Terrail el día en que fue acribillado a tiros de metralleta junto a la carretera de la frontera holandesa.

La versión de los cuatro amigos es que se encontraron con él, y Terrail vestía con tal propiedad y hablaba tan a la perfección el alemán que creyeron hallarse ante un enemigo, disparando acto seguido. Pero todos están de acuerdo en que no llevaba maletín

alguno, cosa totalmente imposible, puesto que Terrail salió de Aux-les-Pieds con su valija de dólares flamantes. Terrail fue enterrado en un campo de tulipanes y, sólo por una investigación de los agentes de la Gestapo, fue hallado más tarde. También los alemanes buscaron afanosos aquel dinero, sin éxito alguno en su búsqueda.

Ahora, terminada la guerra, preguntamos a nuestras autoridades: ¿dónde están aquellos ochocientos mil dólares y quién mató realmente a François Terrail en la frontera belga-holandesa?

Mark inclinóse sobre el vidrio de separación del coche, e indicó:

—Vamos a Santa Rosa, lo más rápido posible. Es urgente.

El taxista, algo sorprendido, enderezó la ruta del coche y poco después abandonaba San Francisco, sin dificultades con la Policía, enfilando la carretera de Santa Rosa.

CAPÍTULO IX

Hans van Buren resultó ser un hombre amable, moreno, de barbita recortada, a lo Van Dyck, tal vez por simpatía de compatriota. Vestía un batín corto, de cuadros marrón, y fumaba en una pipa de espuma, color caramelo, un apestoso tabaco. Su cultivo de flores era extensísimo y muy popular en Santa Rosa. A Mark no le había costado ningún trabajo localizar su finca, rodeada de invernaderos y jardincillos, al pie de una colina suave, en los límites de la pequeña y bella ciudad californiana.

Van Buren le hizo pasar a una salita, donde varios jarrones de porcelana decorada exhibían su carga olorosa de flores diversas. Mark sentóse frente al vivaz hombrecillo de las plantas y habló crudamente, sin rodeos:

—Acaban de asesinar a André Lissot, señor Van Buren.

Los ojillos del holandés se achicaron. Era un hombre de la edad aproximada de Philip Vance. Pero mucho más vigoroso con su reducida humanidad, más rápido en captar las ideas.

—¿De veras? —dijo con dificultad, tras un silencio espeso—. No lo sabía.

—Usted le conocía bastante, ¿no es cierto?

—¿A qué viene esa pregunta, señor Graham? —inquirió a su vez el holandés.

—No perdamos tiempo. El mismo que acabó con Leo Valentine y con Lorrie Lansen ha degollado ahora a Lissot. Quedan pocos de aquel grupo de resistentes de Bélgica: Vance, Di Santi… y acaso usted. ¿No es un holandés amante de su patria?

—Lo soy. Como todo buen patriota. Eso no demuestra nada.

—Demuestra que tenía que saber usted mucho de todo aquello… cuando le fue confiada una cantidad tan importante. Ochocientos mil dólares es mucho dinero, señor Van Buren.

El holandés se estremeció esta vez, pero de modo casi

imperceptible. Miró fijamente a su visitante. Había perdido algo de su color.

—No sé de qué me habla —sonó ronca su voz.

—Es mejor que hable conmigo sinceramente. O que vaya a la Policía, Van Buren. No siga siendo depositario de ese dinero, o alguien vendrá a quitárselo con la muerte en sus manos.

—Le repito que estoy escuchando cosas sin sentido, señor mío.

—Lorrie Lansen deseaba que usted devolviera el dinero. —Mark le tendió la carta, que Van Buren leyó en silencio, devolviéndosela luego—. ¿Qué dice a eso?

—Conocía a esa señorita Lansen sólo por las revistas de modas, señor Graham. Lo siento, pero no puedo ayudarle en absoluto.

Mark suspiró cansadamente, poniéndose en pie. Miró al cultivador de tulipanes con lástima.

—Bien, usted lo ha querido. Acaso ocurra algo muy pronto, y usted sea el culpable de ello. Un asesino anda suelto por San Francisco, regando sus cadáveres de tulipanes. Hasta hoy, no supe por qué lo hacía, ni lo que significaban esas flores fúnebres. Ahora sí lo sé. Debieron de asustarse ustedes mucho cuando fueron viendo tulipanes en cada funeral. Era como recordarles la muerte de Terrail a cada paso. Usted debió de estar allí también.

—No sé nada de nada —dijo, inexpresivo, el holandés.

—Siga encerrado en su caparazón, Van Buren —saltó Mark, belicoso—. Significa morir, y usted es tan tonto que no se da cuenta. Mucho debe de temer a *alguien* o a *algo*… Adiós, señor Van Buren. Que la suerte le acompañe, si ello es posible.

—Ha sido un placer conocerle —dijo lacónico el holandés—. Siento no poderle ayudar.

Mark soltó un bufido de ira y salió de la casa. Detrás de él quedó Hans van Buren preocupado y ceñudo, que siguió sus pasos con la mirada hasta que desapareció colina abajo, de regreso a Santa Rosa.

Eran las seis de la tarde cuando Mark Graham saltaba de otro taxi frente al Richmond Motel. Pidió al conserje por la señora Ridgeboot, diciendo que era su hermano Fred. Fue enviado a la numerada con el 357, en el tercer piso del edificio.

Le franqueó la entrada una impresionante pelirroja, de sonrisa tímida y grandes gafas de vidrios color caramelo. Mark parpadeó, tratando de asimilar la idea de que aquella jovencita de cabellos

rojos era la misma Jan Mayo a quien él dejara en posesión de una hermosa melena dorado-ceniza.

—He seguido tus instrucciones —dijo ella, sonriendo, cuando él entró apresuradamente cerrando la puerta tras de sí—. ¿Qué tal me sienta el color panocha?

—Creo que aun habiéndote teñido de verde estarías bien, Jan —dijo Mark, con sinceridad—. Pero ahora no hay tiempo de hablar de todo eso.

—¿Ocurre algo?

—Ocurren muchas cosas, y ninguna buena. Han matado a Lissot.

—¡Dios mío! —Jan abrió unos ojos cuajados de terror.

—Le cortaron el cuello con una podadora de jardín —explicó Mark—. Pero lo hicieron muy deprisa todo. El asesino tiene tanta prisa como nosotros. Descuidó muchos detalles. Ahora empiezo a tener una idea de todo, aunque es mucho aun lo que ignoro. Dime una cosa, Jan: ¿estás completamente segura de que es tu padre el dueño real del Notorious?

—Pues sí —ella le miró asombrada, dudando de su intención—. Un día se le escapó a Di Santi delante de mí. No estaba tan borracha como para no darme cuenta de ello. Dijo que «a Mayo no le gustarían muchas de las cosas que ocurrían allí». Lo dijo refiriéndose a Lorrie Lansen, cuando acudió un día con algunos amigotes de Valentine y de Lissot. Yo le pregunté, sorprendida, desde cuándo era mi padre dueño de aquel tugurio. Di Santi, entonces, trató de desviar la conversación, sin aclararme la pregunta. Luego, lo olvidé.

—¿Nunca le preguntas a tu padre nada acerca del particular?

—Oh, no. Mi padre me produce demasiado respeto para haberme atrevido a ello.

—¿Respeto… o *miedo*? —dijo Mark, enigmático.

—¿Miedo? —ella dudó, antes de contestar, algo insegura—: No… No le temo, pero…

No continuó. Mark aprovechó su silencio para hablar ahora rápidamente:

—Bien. Creo que debemos abandonar este hotel cuanto antes. Iremos a otro lugar. Así, variando frecuentemente de escondite, será más difícil que nos localicen.

Jan pareció desanimada por algo. Puso su mano sobre el brazo

de Mark y preguntó:

—¿Nos vamos… ahora mismo?

—Claro. El tiempo es algo que no podemos perder, Jan. ¿Ocurre algo?

—Es que… —Ella pareció desganada al decirlo—. He telefoneado a papá y…

—¿Desde aquí? —Mark se irguió, excitado—. ¿Por qué diablos has hecho eso?

—Bueno, no tenía nada de extraño, Mark. Creo que tenía derecho a llamar a mi padre… Ni siquiera estaba en casa.

—¿Y dijiste dónde te hallabas? —la conminó Mark.

—Bueno, yo… —No necesitó continuar. Mark prestó oído a la puerta de la habitación. Se oía subir por la escalera. Y los pasos ascendentes eran nutridos y poco cautelosos. Mark miró en torno con expresión de tigre acorralado. Jan parecía asustada ahora—. ¿Qué pasa, Mark, por Dios?

—O han controlado el teléfono de tu casa, o ha ocurrido algo peor, pero creo que ya es tarde para escapar. Ahí tenemos a la Policía, mi querida Jan. Has hecho algo así como poner un anuncio por la radio, diciendo dónde estabas. Ahora, las moscas acuden a la miel.

—¿La… la Policía?

No necesitó responder Mark. Unos puños golpearon reciamente la puerta. Una voz seca, que Mark conocía muy bien, sonó al otro lado de la delgada hoja de madera:

—¡Abran en nombre de la Ley! Sé que están ahí, Graham. Entréguense y será mejor.

Mark suspiró, tomando por un brazo a la flamante pelirroja.

—Último capítulo de la novela —dijo, sarcástico—. Los terribles asesinos son cogidos en la trampa por el sagaz inspector Howard del FBI.

—Usted mismo se lo buscó, Graham —dijo el inspector Howard, de la Oficina Federal, mirando a Mark como si éste fuese una mariposa clavada sobre un paño, tras el vidrio del coleccionista—. No se puede burlar la ley por mucho tiempo.

—Mire, Howard, como ciudadano libre me niego a escuchar sus tonterías. Pueden tenerme encarcelado, pero no obligarme a oír discursos baratos. Busque al verdadero asesino de Valentine, de

Lorrie y de quien le dé la gana, pero no me meta a mí en jaleos.

—Usted cometió esos asesinatos o fue cómplice en todos ellos. Sabemos mucho más de lo que usted supone. El cerco era completo. Sólo faltaba cogerles en su cubil. La idea de teñir el cabello de Jan Mayo no era ninguna genialidad. Los federales sospechábamos ya algo así.

—Era un recurso desesperado. Pero aun así tampoco creo que nos hubieran cogido, de no mediar la llamada anónima que han recibido hace poco.

—¿Cómo sabe que…? —Howard carraspeó, temiendo haber dicho demasiado. Ante la burlona sonrisa de Mark Graham, enmendó—: ¿Va a confesar o prefiere ser sometido al tercer grado?

—Nunca he visto ese tercer grado de cerca. Me gustaría comprobar si los métodos policiacos en nuestro país son tan monstruosos como se dice por ahí. Podré escribir un libro sobre ello cuando salga de aquí.

—Déjese de fanfarronerías, Graham. Está metido hasta el cuello y no lo ignora. Su única oportunidad es confesar lo que sabe y si tiene cómplices en este caso.

—Le voy a contar una vieja historia, Howard. Empieza en Francia, durante 1943, y sigue en la frontera belga-holandesa. Allí, un tal Terrail fue asesinado por unos cuantos resistentes compañeros suyos…

—No me interesa esa historia, Graham. Hemos leído lo relativo a François Terrail y sus fantásticos ochocientos mil dólares. No hay mucho de cierto en ello, lamento decírselo, si es que en eso pretende basar su relato. El Departamento de Estado entregó, en efecto, un maletín de dinero a Terrail, quien se hizo pasar por agente alemán y murió por error a manos de sus amigos. Admito que el error es problemático, y tal vez fueran los ochocientos mil dólares el motivo del crimen. Pero ahí termina la historia. Aquellos billetes, aunque usados, habían sido cuidadosamente apuntados número por número. Poco más tarde, en Bruselas, un tal Leonardo Valent, que posiblemente fuese Leo Valentine, trató de pasar aquellos dólares. Un agente de la Gestapo se apoderó del maletín y con él de la fortuna, cuyo destino, a partir de ese momento, se pierde por completo. Algunas de las series y números apuntados aparecen cinco años después en el Berlín occidental, en manos de

un exprisionero de los alemanes, y ese rastro lleva a los
T-men
hasta Viena, donde una supuesta falsificación no es sino una nueva intentona de pasar esos billetes, intento que fracasa. Se encuentran dos mil billetes de cien dólares, único resto de esa fortuna, y ahí acaba el asunto. Con ello se entierra el «*affaire* Terrail», que nunca estuvo demasiado claro. Las pruebas contra Valentine nunca fueron tampoco concluyentes. Por eso no se concedió la extradición que pedía Francia. ¿Satisfecho ya, Graham?

Mark asintió con la cabeza, sin replicar. Aquello le sumía de nuevo en confusiones. ¿Entonces, qué dinero tenía Hans van Buren en su poder y que tanto codiciaba aquel desconocido amigo o amante de Lorrie Lansen?

—¿Va a hablar ahora, Graham? —preguntó Howard, acercándose a él.

En aquel momento apareció en la entrada de la oficina el teniente Bannister. Venía sombrío, callado. Pero al ver a Howard habló rápida y brevemente:

—Hemos encontrado asesinado a André Lissot —dijo—. Con una podadora de floricultura. ¿Viene, inspector?

Howard miró con estupor a Graham. El detective sonrió, sin inmutarse.

—Las cosas se complican, ¿eh, Howard? —dijo—. Me gustaría conocer la teoría federal sobre este nuevo crimen.

Con un bufido, Howard se encaró con Bannister.

—¿Cómo pudo suceder? —preguntó—. Creí que esa cadena de horrores había cesado…

—Éste es el peor y más sangriento de todos ellos, inspector. Me gustaría llevar a quien lo cometió a la silla eléctrica. Es espantoso lo que le hizo al pobre Lissot…

—¿Por qué no me llevan, inspector? —pidió Mark—. Puede que les sirva de ayuda…

—Usted es un prisionero, Mark, no un detective en funciones —dijo Howard, seco.

—Déjele venir, inspector —dijo Bannister—. En calidad de prisionero, desde luego.

Salieron los tres. Fuera, se reunieron con varios agentes, y ocuparon tres coches, en uno de los cuales iban Howard, Bannister

y él. El teniente conducía, haciendo sonar su sirena, llevando por delante los otros vehículos.

Mark, silencioso, iba junto a Howard, en el compartimento posterior. Meditaba sobre aquel enrevesado asunto. Sus manos, metidas en los bolsillos, jugueteaban con los papeles que siempre llevaba encima. Tocó el bulto de los sobres de semillas de Van Buren. Van Buren… Pensó en el holandés. Recordó la frase escrita por Lorrie a Lissot: «Dile a Van Buren que entregue ese dinero y no se empeñe en resistir». ¿Qué dinero? ¿Y a quién resistía?

Mecánicamente, rasgó el papel del sobre de semillas. Un polvillo le inundó las manos. Jugueteó con él mientras seguía dejando correr su imaginación. Si aquel dinero de Terrail no existía, entonces había estado equivocado por completo. Entonces eran otros los motivos del culpable. Pero ¿por qué aquellos tulipanes siempre unidos a cada crimen? ¿Qué significaban las flores en aquel misterio?

Extrajo la mano, cubierta de aquel polvillo de semilla, que se le apareció blanco a la vista. *¿Blanco?* Era extraño. No era experto en semillas, pero tenía idea de que las simientes de flores eran distintas a aquello que ahora le empolvaba los dedos. Howard miraba, ceñudo, por la ventanilla. Mark, entonces, acercó la mano al rostro. Estudió con mayor atención aquella semilla de tulipanes tan singular.

Cuando apartó la mano, tenía un nuevo y sorprendente eslabón de la cadena en su poder. Aquello abría nuevos horizontes. Horizontes difíciles de ver para otro que no fuera él. Y él estaba prisionero. Lo mismo que Jan, que ahora permanecía confinada en una celda especial, en espera de las diligencias judiciales y la inmediata vista ante el tribunal.

—Óigame, Howard —dijo de repente Mark, volviendo a hundir sus manos en los bolsillos—. Quiero pedirle un favor.

—No creo que se lo pueda hacer, Graham, pero hable —dijo el federal, poco afable.

—Sólo se trata de permitirme hacer unas llamadas telefónicas desde Jefatura, cuando volvamos. Sé que me tienen incomunicado, pero deseo hacerlas. Puede ser fundamental para todos, inspector. Un agente puede controlar las llamadas, para comprobar que no hay en ellas nada ilegal. Es necesario, Howard, hágame ese favor.

—No puedo prometerle nada, Graham —dijo el federal—. Pero procuraré complacerle.

Mark no respondió. Pensaba en que si hacía aquellas llamadas y ellas le proporcionaban las respuestas que esperaba, aún cabía una remota solución a su crisis. En manos de Howard estaba el primer paso hacia aquella solución. En el éxito de sus llamadas, el segundo. El tercero y último estaría en la sala del tribunal donde se iba a ver la encuesta por homicidio contra él y Jan Mayo.

CAPÍTULO X

El honorable William Prescott, *coroner* del distrito de la bahía, entró en la reducida sala de Coit Tower, llamada así por estar anexa a la torre de ese nombre, frente a las azules aguas de la bahía nordeste.

Ordenó tomar asiento a los presentes, que atestaban las limitadas dimensiones del tribunal de vistas previas, y miró fijamente a Thomas Colleman, el fiscal del distrito.

—Bien, señores —dijo el *coroner*—. Vamos a empezar la encuesta. De ella saldrán los resultados para el proceso consiguiente, si demuestra el Ministerio Fiscal la posible culpabilidad de los dos acusados. Adelante, señores.

Desde sus respectivos asientos, el uno junto al otro, Jan Mayo y Mark Graham esperaban el resultado de las siguientes diligencias. Su abogado, Harry Mentor, asesor jurídico de la familia Mayo, le guiñó el ojo en señal de ánimo. Jan sonrió débilmente y Mark permaneció impasible.

—Empezaré la relación de los hechos, señor *coroner* —dijo Colleman levantándose—. Las pruebas distan mucho de ser concluyentes, y los motivos de tan sangrientos crímenes permanecen aún en la obscuridad. Esperemos que de esta encuesta surja algo más de luz que haga pagar a los culpables su delito como merecen.

Miró aviesamente a la joven pareja, Mark se dio cuenta de que el fiscal no sería precisamente blando con ellos. Desde la primera fila de espectadores, el teniente Bannister y el inspector Howard miraron un segundo a Mark. El teniente parecía poco complacido de su situación actual, y Mark sintió casi simpatía por el fornido polizonte.

Thomas Colleman empezó a referir los hechos, desde la visita de Jan Mayo a la casa de Nob Hill, y su encuentro con Mark.

Evidentemente, la muchacha había perdido su aplomo al ser arrestada y habló locuazmente. Las declaraciones de Di Santi demostraron también los hechos siguientes, con la parada del coche en la carretera de Fisherman's Wharf, y la edificación de una frágil coartada, que la detención del latino resquebrajó rápidamente.

Colleman prosiguió su brillante informe con la visita de Mark Graham a casa de Lissot, comprobada por la identificación que de él hiciera el conserje diurno de la casa, y su huida por la parte posterior del establecimiento, usando el camino del montacargas una vez muerta a sus manos Lorrie Lansen. Después, cuando se refirió a la disputa de Mark con Philip Vance, su cliente, y su nueva contratación por Arthur Mayo, para defender y proteger a su hija, Mark miró rápidamente a Jan. La muchacha, fuertemente decepcionada, clavó en el detective unos ojos húmedos y cargados de reproches. No dijo nada, ni quiso siquiera sostenerle la mirada. La joven inclinó la cabeza, hundidas sus ilusiones.

Mark tragó saliva. Si algo le resultaba doloroso era aquello. Jan no debía de haber sabido nunca que empezó fingiéndole su interés por ella. Ahora, ese interés era real. Pero ella jamás volvería a confiar ya en él.

El primer testigo llamado por la acusación fue precisamente la primera persona a quien Mark conoció en relación con el caso: Philip Charles Vance, el millonario.

Tras el formulismo de rigor, las preguntas y respuestas se sucedieron con la rapidez de una ametralladora:

—¿Usted contrató a Mark Graham, detective privado, para vigilar a su esposa?

—Sí.

—¿Temía infidelidades conyugales o creía que ella andaba en algo más grave?

—Creía que me engañaba con Valentine, y a la vez andaba metida en asuntos feos.

—¿Qué entiende usted por «asuntos feos», señor Vance?

—Drogas, por ejemplo. Iba a un club de mala nota, en La Misión.

—¿Cuál era ese club, y quién lo regía?

—Se llamaba Notorious y dicen que era propietario de él un tal Marcelo di Santi.

—¿Conocía usted a Marcelo di Santi?

—Tuve cierta lejana relación con él en Europa, durante la guerra. Actuamos juntos en la Resistencia. Ahora no existía entre nosotros el menor roce.

—¿Confiaba usted plenamente en Mark Graham cuando él se ocupó del caso?

—Creí que era un detective consciente de sus deberes profesionales. Pero luego…

—¡Protesto! —exclamó Mentor, levantándose—. Esa pregunta es improcedente por afectar al terreno estrictamente profesional de mi defendido.

—Se admite la protesta —dijo el *coroner*—. Pero recuerde la defensa que esto no es un juicio, sino una simple encuesta. Procure, pues, dilatar lo menos posible las diligencias del Ministerio Fiscal. Así ahorraremos tiempo. Lo que de aquí surja no es definitivo.

Mentor se sentó. Mark le sonrió animadamente, aunque el letrado estaba ceñudo.

—Dígame, señor Vance —continuó melosamente el fiscal—. ¿Llegó a pensar que Graham habíase puesto de acuerdo con su propia esposa, para protegerla en vez de acusarla?

—No sé si era realmente eso lo que pensaba, pero sí que Graham se puso inesperadamente de su lado, defendiéndola y negándose a seguir el caso. Me acusó de cosas monstruosas.

—¿Puede repetir ante la sala una cualquiera de esas acusaciones?

—Me dijo… me dijo que yo pretendía enredar a Carol en no sé qué turbias conspiraciones, ninguna de las cuales iba encaminada a lograr el divorcio, sino a algo peor.

—¿Qué era ese «algo peor» al que se refería el señor Graham?

—Nunca lo supe. Se puso violento conmigo y rompimos el trato.

—Eso es todo, señor Vance. Puede interrogarle el abogado defensor, si lo desea.

Mentor sí lo deseaba; empezó a incorporarse. Pero un gesto rápido de Mark, apenas perceptible, le hizo rectificar. Ceñudo, como de mala gana, se acomodó de nuevo, diciendo:

—Nada que preguntar, señor *coroner*. La defensa no interroga al señor Vance.

Asombrado, el fiscal miró a Mentor y a Graham; Vance se

incorporó, algo sorprendido, y Colleman dirigióse al *coroner*, que también mostraba algo de sorpresa.

—Señor, yo creía que la defensa iba a… —empezó el acusador público.

—Lo que usted creyese no me preocupa, señor Colleman —dijo secamente el *coroner*—. Ya ha oído al defensor. Llame a otro testigo. Ha terminado usted, señor Vance.

Pensativo, Vance volvió a su asiento en la sala, precisamente situado junto a Steve Mayo, el rubio hermano de Jan, que le miró con divertida sonrisa, sin despegar los labios.

—Arthur Mayo —anunció Colleman, solemne—. Por favor…

Digno, severo, con impresionante frialdad, el millonario avanzó, para substituir al otro potentado en el estrado de los testigos. Colleman se encaró con él suavemente.

—Señor Mayo, la sala y el Ministerio Fiscal comprenden perfectamente su dolor al intervenir en una encuesta contra su propia hija —dijo el acusador, tras los preliminares de rigor—. Pero quisiéramos que ello no influyese en sus declaraciones…

—Señor fiscal, pregunte usted. Mi dolor o mi indiferencia son ajenos a la sala y a usted mismo —dijo acremente el millonario, desconcertando a su interrogador.

Colleman se rehízo, sonriendo dificultosamente, e inició el bombardeo:

—¿Contrató usted al señor Graham para que protegiese a su hija Jan de cualquier desvarío propio de una juventud mal cultivada y pésimamente formada?

—Rectifique la pregunta o no contestaré, señor fiscal. La juventud de mi hija no es cosa que le incumba a nadie.

—Perdone, señor Mayo, pero yo creo que…

—Señor Colleman —cortó el *coroner*—. Tengo que dar la razón al señor Mayo. Cambie su modo de preguntar o se rechazará esa pregunta por improcedente e inadecuada.

—Perdone, señor. —Colleman sonrió lobunamente y volvió a la carga—: ¿Contrató usted a Mark Graham, detective privado, para cuidar de su hija, la señorita Jan Mayo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me pareció oportuno que alguien velase por ella.

—¿Y por qué Mark Graham, precisamente?

—Es uno de los mil doscientos investigadores privados de San Francisco —dijo Mayo secamente, achicando las pupilas tras sus gafas color caramelo—. ¿Por qué no elegirle a él?

—El señor Graham había tenido ya contacto directo con Leo Valentine, Marcelo di Santi e incluso su propia hija. Resulta extraña la coincidencia, ¿no le parece?

—Nadie dijo que fuese coincidencia. Elegí a Graham precisamente por eso.

—¿Y quién le dijo que él era el hombre en cuestión? —inquirió rápidamente Colleman.

—¿Es preciso que conteste a eso? —dijo Mayo, mirando al *coroner*.

—Sí, señor Mayo. Creo que, dadas las circunstancias, es preciso. Claro que puede negarse. Esto es sólo una encuesta y…

—Está bien. Fue Di Santi quien me habló. Estuve a verle con motivo de las visitas de mi hija al Notorious. Le pedí que no admitiese a Jan en su club, o le buscaría un disgusto con la Policía. Di Santi me preguntó si había enviado yo a Graham a su local, tratando de complicarle la vida. Dije que no, como era cierto, pero recordé el nombre y busqué a Graham, que parecía ser el hombre a propósito para ello.

—¿Su hija le había dado motivos para temer alguna locura de ella?

—Hacía una vida demasiado libre, eso era todo.

—Y usted buscó un detective para cuidarla. Eso es raro, señor Mayo. ¿No es más cierto que usted sabía que estaba loca por Leo Valentine, que tenía celos de Carol Vance y que podía llegar a cometer un delito en su afán de ser ella la única en la vida de Valentine?

—Eso es una monstruosidad —replicó Mayo—. Me niego a contestar.

—Se lo diré de otro modo. Usted no temía por su hija, sino por lo que ella pudiera hacer, ¿no es cierto?

—Conteste, señor Mayo —exigió el *coroner*, interesado.

Mayo miró a su hija antes de responder. Jan rehuyó la mirada paterna.

—Bien, es posible que temiera eso también, pero yo…

—Eso es todo, señor Mayo —dijo rápidamente Colleman—. Muchas gracias.

—¡No es todo! Yo quiero decir que…

—Retírese, señor Mayo —le dijo el *coroner*—. El Ministerio Fiscal no sigue preguntando. Si la defensa lo desea…

Mentor se puso en pie. Avanzó hasta Mayo y preguntó a bocajarro:

—¿Es usted el dueño verdadero del Notorious Club?

El asombro llenó la sala. Colleman, rojo de ira, se puso en pie casi antes de sentarse y alzó los brazos hacia el *coroner*.

—¡Protesto! ¡Esa pregunta no tiene relación con el caso que tratamos!

—Se rechaza la protesta —dijo el honorable William Prescott—. Si la respuesta fuese afirmativa todo cambiaría mucho. Responda, señor Mayo.

—No soy el dueño del Notorious —dijo el viejo—. Sé que ha corrido estúpidamente ese rumor, pero es totalmente falso. Nunca tuve negocios de esa clase.

Mentor pareció perplejo. Miró a Graham, que se inclinaba, pensativo, sobre la mesa. Después de una larga pausa, durante la cual Mayo soportó la mirada dura del defensor, éste habló más débilmente:

—Nada más, señor Mayo.

En medio de un creciente rumor, el millonario volvió a su asiento, alejado de todos sus familiares y amigos, en un extremo de la sala. No abandonó ésta, pero parecía ausente, endurecida su faz por alguna idea fija y desagradable que lo torturaba.

—Señor Steve Mayo —dijo, ahora con sencillez, el fiscal, provocando un gesto de sorpresa en Jan. Su hermano, tranquilo, estrujando en la mano derecha el papelito amarillo de su citación a la encuesta, subió al estrado sin perder la serenidad en absoluto. Mark le admiró interiormente.

El joven juró decir la verdad, declaró su nombre, edad y demás formulismos. Luego escuchó con impasible serenidad la pregunta primera del fiscal:

—¿Cuándo conoció usted a Mark Graham?

—El día de los funerales de Leo Valentine —dijo el joven—. Me lo presentó mi hermana. No pude tratarle gran cosa, porque había

un partido de *rugby* en la universidad y tenía mucha prisa por llegar. Perdimos, pero al menos jugué —sonrió.

—¿Cuándo volvió a verle?

—La noche en que desaparecieron él y mi hermana. Jan había estado toda la tarde en su galería, trabajando sobre unos modelos y patrones de corte.

—¿Vestida de calle toda la tarde?

—No. En pijama, lo recuerdo bien.

—¿Y estuvo tranquila toda la tarde, mostró alguna clase de inquietud?

—La vi poco, pues yo también estaba trabajando en mis ejercicios universitarios. Pero no parecía inquieta en absoluto. Más bien ilusionada, como si hubiera algo nuevo en su vida que la incitase a sonreír sin nubes en el rostro. Pensé que la amistad con Graham había sido muy beneficiosa para ella.

—Y entonces llegó el señor Graham, ¿no?

—Sí.

—¿Tranquilo?

—Pues…

—Responda la verdad, señor Mayo —dijo duramente Colleman —. Ha jurado.

—Bien, se le veía excitado, creo yo. Pero no hasta el punto de salir huyendo por la ventana o cosa parecida. La cosa me sorprendió mucho.

—¿Su hermana huyó sin cambiarse siquiera de ropa?

—La vi cruzar ante el despacho y tomar su gabardina. Me sorprendió ver que se ponía la prenda sobre el pijama, pero Jan tenía cosas raras a veces. No le di más importancia y seguí estudiando.

—¿Usted supone que su hermana cambió radicalmente de idea al llegar el señor Graham?

—Eso parece deducirse de lo ocurrido. Pero yo no puedo asegurar que…

—Gracias, señor Mayo. Eso es todo. Puede preguntar la defensa.

Mentor iba a incorporarse para preguntar algo. En aquel momento, Mark le tendió un papel escrito. Lo leyó el abogado disimuladamente. Rápidamente, aunque mostró sorpresa y mal humor, dijo con voz fuerte:

—La defensa no tiene nada que preguntar por ahora, aunque se reserva el derecho de llamar posteriormente a los testigos que considere necesarios.

—Aceptada la posición de la defensa —dijo el *coroner*, invitando a Colleman a seguir adelante. El fiscal llamó ahora con cierta nota de dramatismo:

—Marcelo di Santi.

Apareció Marcelo di Santi. Erguido y desafiante, aunque todo aquello solo parecía mera fachada para ocultar el pánico que sentía.

—¿Conoce usted al señor Graham? —Fue la primera pregunta del acusador público.

—Bastante —sonrió cínicamente el testigo, a quien escoltaba un agente de Policía—. Me visitó una vez en el club, husmeándolo todo por cuenta de Vance. Luego, volví a verle en la carretera de Nob Hill.

—¿Iba solo el señor Graham?

—No. Le acompañaba la señorita Mayo. Practicaban el *auto-stop* con lamentable resultado. Yo les recogí, y ellos me solicitaron cooperación para fabricar una absurda coartada.

—¿Ellos?

—Bien, sólo habló él, con el asentimiento de la señorita Mayo, que parecía muy asustada. Yo creí que el hecho de pasar por allí me situaría en un aprieto, y acepté la idea. No ha durado mucho esa coartada.

—¿Por qué la aceptó? Usted no tenía nada que temer, según nos ha dicho.

—Pensé en las molestias policiales si la cosa seguía adelante. Cerca de Fisherman's obtenía yo a veces las drogas para mi negocio. Una investigación a fondo me hundiría. Creí que la columna de humo borraría el resto del panorama. Graham me engañó con su seguridad en sí mismo.

—¿Es cierto que Graham parecía muy interesado en Lorrie Lansen, la modelo de Lissot?

—Es verdad. Y por Lissot y todos nosotros. He oído que da vueltas a un viejo asunto de la Resistencia. Sin fundamento. Si allí hubo dinero, de ello hace doce años y nadie se benefició de él, salvo algunos alemanes que lo pasaron con suerte.

—¿Usted es el único dueño del Notorious?

—Claro —sonrió Di Santi—. ¿Qué leyendas han inventado sobre un misterioso propietario? Si alguien ha de pagar las culpas de lo de los narcóticos, soy yo solo. Nadie más.

—¿Lorrie Lansen era una asidua concurrente del Notorious?

—No asidua. Pero iba a veces. Era una chica algo alocada. Todo el mundo sabía lo suyo con Vance. Y Vance era un hombre casado. Pudo buscarle un jaleo si Carol hubiera sido de otro modo. Pero ella tampoco podía hablar muy alto al respecto, es la verdad.

En un rincón de la sala, la rubia esposa de Vance ocultó su rostro, sollozando. Di Santi la miró como si lamentara hablar así. Colleman completó la escena:

—¿Cree usted que Graham pudo ser atraído por su presa, es decir, por Carol Vance, y tentado por su dinero y por sus encantos, enredar a Jan en el asunto y liquidar a todos los que estorbaban a Carol Vance?

El revuelo ahora fue espantoso. La gente llenó la sala de comentarios. Carol Vance gritó histéricamente, y el *coroner* golpeó inútilmente sobre la tarima. Mark Graham fue el único que no se movió. Su abogado se puso en pie, clamando contra aquella irregularidad de la acusación, y los periodistas aprovecharon el momento de confusión para tirar infinidad de placas. Los chispazos azules de los *flashes* aumentaron la confusión del momento. Marcelo di Santi, en el estrado de los testigos, no pudo ni responder a la audaz pregunta que el fiscal había ido preparando laboriosamente con su obra anterior. Ahora, de súbito, Jan Mayo quedaba fuera del caso, para centrar su foco nocivo en Mark y en la esposa de Vance. Tal vez como el millonario lo había deseado siempre, pensó el detective, ceñudo. Todo lo había hecho por acusarla de cocainómana y anular su matrimonio. Esto, aún era mejor.

El honorable William Prescott hizo dominar su voz sobre el tumulto:

—¡Desalojo la sala! ¡Se aplaza la encuesta hasta mañana a las once de la mañana!

CAPÍTULO XI

—¿Es que quiere perder la batalla sin luchar siquiera? —Gruñó, furioso, Mentor, mirando a su defendido, que estudiaba muy interesado los vidrios de color de una ventana, en la habitación donde aguardaban a la mañana siguiente la reanudación de la vista.

—Estoy luchando aunque usted no lo crea, Mentor —dijo Mark sonriendo—. Contra todos. Ellos quieren precisamente que usted se meta sólo en la trampa. Le dejan el terreno preparado para preguntar y llevar a los testigos adonde ellos quieren llevarlos.

—No le entiendo, Graham. Están trenzando una soga alrededor de su cuello y usted sólo ayuda a que se vaya cerrando poco a poco.

—Aún no ha llegado el momento de romper esa cuerda o de ponerla en otro cuello, Mentor. Tal vez hoy suene la hora triunfal para los que fueron humillados antes.

—Si no se da prisa, en vez de trompetas sonará un réquiem para usted, Mark.

Graham no contestó. En aquel momento, un ujier entró con dos despachos de la Western Union. Mark firmó los recibos y leyó los dos despachos. Se los tendió a su abogado, que silbó admirativamente.

—Demonio —murmuró—. Al final va a ser cierto que los clarines sonarán.

—Las llamadas telefónicas dan su resultado —musitó Mark, sonriente—. Voy a darle las instrucciones precisas. Cuando yo le haga una seña, usted deberá…

La encuesta continuó en tono pesimista para Mark Graham. Sólo que ahora el caso se enfocaba de un modo muy distinto: era Carol Vance la supuesta cómplice del detective, y Jan Mayo una víctima de éste, para complicar las cosas, desviando las investigaciones policiacas.

El Ministerio Fiscal anunció que no deseaba interrogar más a Marcelo di Santi, y ahora Mentor tampoco tuvo nada que objetar. Un murmullo recorrió la sala cuando el abogado manifestó que llamaría más adelante al dueño del Notorious. Aquello era incomprensible, y muchos miraron a Mark Graham como si éste se hallara en la antesala de la silla eléctrica.

Siguieron en el estrado de los testigos, por su orden citado, Carol Vance, que se defendió con muchos balbuceos, no supo justificar bien su encuentro con Mark en el coche y dejó en el aire la impresión de una culpabilidad manifiesta. Cuando desfiló hacia su silla, iba deprimida y agobiada; Jan Mayo, defraudada, sin atreverse a mirar a Mark, no contribuyó a ayudar a éste. Suavizó su relato, pero dejó la seguridad en todos de que Graham la indujo a mostrarse culpable y huir. El inspector Howard, del FBI, demolió sistemáticamente la moralidad y los sentimientos humanos de Mark, recordando pasadas faltas al servicio de «papá Hoover». Bannister, aunque más conservador, tampoco le ayudó mucho. Finalmente, el fiscal remachó su obra haciendo comparecer al taxista que llevó a Mark aquella tarde a casa de Valentine, al conserje que le recibiera en Chez Lissot y al buen Pietro, del restaurante latino, que recordó el interrogatorio acerca de Lorrie Lansen, sus costumbres y sus amistades.

—He aquí, señores, la decisión final de este ministerio —concluyó Colleman, sin testigos ya en el estrado—. Este hombre, expulsado del FBI, llevó indignamente su condición de detective privado, haciendo de ella un vil negocio. Quiso aprovechar un caso encargado a él para sacar dinero de unos cuantos personajes metidos en el asunto. Valentine se debió de asustar cuando él le amenazó, pero no tanto como para no envalentonarse y pretender desenmascararle. Graham le mató, complicando a Jan Mayo en el asunto, para sacarle luego dinero a su padre, cuando llegara el momento de pasar cuentas. El viejo Mayo pagaría lo que fuese por apartar a su chiquilla del escándalo. Mark, entonces, quiso redondear el asunto asustando a Lorrie. Pero ella le plantó cara; y Graham tuvo que eliminarla también, escapando acto seguido de allí. Sus nuevos intentos, encaminados a sacar de Lissot nuevo fruto, también fracasaron. Este ministerio presentará pruebas y datos concretos en el juicio que seguirá. Pero de esta encuesta previa

quiero sacar una conclusión definitiva: la acusación pública del estado de California acusa a Mark Graham de triple asesinato, y solicita del señor *coroner* que así conste para su correspondiente proceso.

Tardaron varios minutos en acallarse los murmullos. Prescott ordenó silencio. Mark seguía impasible, así como su abogado. Dirigióse a éste, dijo el *coroner*:

—¿Qué decide la defensa? No podemos perder mucho tiempo, señor Mentor.

Harry Mentor se puso en pie, avanzó y dijo:

—Voy a ser breve, señor. Llamo al estrado de los testigos al señor Mark Graham.

Un nuevo revuelo. Colleman protestó la petición. El *coroner* rechazó esa protesta, y Mark subió al banquillo. Juró sobre la Biblia, dio su nombre, profesión y edad, y empezó Mentor:

—¿Por qué fue usted a ver por segunda vez a Leo Valentine, Graham?

—La primera entrevista fue borrascosa. Le golpeé con mis puños cuando se puso tonto. Súbitamente, vi que Leo Valentine podía saber mucho de aquel caso. Mayo me había contratado para librar a su hija de apuros. Y Valentine la rondaba, igual que a Carol Vance. Además, Valentine había estado metido en un viejo crimen en Holanda, cuando asesinaron a François Terrail, desapareciendo un maletín con ochocientos mil dólares legales.

—Protesto —gruñó Colleman—. Todo eso no afecta al caso que tratamos ahora y…

—Por el contrario, señores, voy a demostrar muy pronto que todo eso es vital en este caso —dijo Mentor enérgicamente—. Es cuestión de seguir todo por sus pasos.

—Se rechaza la protesta de la acusación. Prosiga, señor Mentor.

—¿Quiénes más estaban complicados en el caso, señor Graham? —Siguió el defensor.

—Philip Vance, que luchó en la Resistencia, Di Santi y André Lissot. Era curioso que todos ellos tuvieran entre sí cierto lejano contacto aun ahora, y eso me hizo ver claro: a pesar de lo que creyera la oficina federal, sólo una parte de aquel dinero se quedó en Europa. El resto llegó aquí, repartido entre todos los que mataron a Terrail. Es decir, entre los cuatro hombres en cuestión.

Ésa era la base de la actual posición de Lissot y de Di Santi. Valentine lo tiró, y por eso vivía de las mujeres estúpidas y del chantaje.

—¿A quién extorsionaba Valentine, señor Graham, según sus teorías?

—Al mismo que le mató a él, al mismo que era amante oculto de Lorrie Lansen, al mismo que la estranguló a ella cuando se hizo peligrosa por el miedo que sentía hacia él y empezó a mostrarse tontamente histérica. Al mismo hombre que es dueño verdadero del Notorious y lleva el fabuloso negocio del tráfico de drogas, no sólo para su club, sino para toda California y muchos otros sitios de la nación. Al hombre que asesinó a Lissot cuando vio que éste sabía demasiado e iba a hablar, temiendo por su vida y, en una palabra, al mismo que hizo de los tulipanes motivo de terror y desconcierto para todos los que sabían el significado de un tulipán en este caso.

Hubo un nuevo revuelo, esta vez mayor, pero la gente, demasiado interesada en las palabras de Graham, calló rápidamente, y el *coroner* rechazó la objeción indignada del fiscal invitando a Graham a seguir adelante.

Ahora, incluso el abogado pasaba a segundo término, convirtiéndose en protagonista de la singular escena el testigo citado por la defensa. Mark siguió adelante, sin esperar siquiera las preguntas rituales de su abogado. Mentor, que sabía su cometido en aquel golpe teatral previsto por Mark, siguió escuchando, con sonrisa complacida:

—Terrail había quedado en Holanda, enterrado bajo un campo de tulipanes. Aquella curiosa flor holandesa quedó grabada en la mente de sus cuatro asesinos de un modo casi subconsciente, que afloró rápidamente al aparecer en los funerales de Valentine una corona fúnebre compuesta de bellos tulipanes, flor no muy cultivada en California. Sintieron miedo. Miedo de ellos mismos, sin saber que alguien, ajeno al viejo delito, podía saber aquel hecho, utilizándolo en su provecho, y asustando a sus víctimas. Nadie pensó que los tulipanes eran un simple telón, una cortina de humo. Y nadie se imaginó que el chantaje intentado por Valentine fue la única causa de su fin, al preferir el extorsionado la muerte del granuja al pago de una cantidad que tendría que ir repitiendo siempre para cerrarle la boca. Este crimen, el primero de la serie, le

desató su furia homicida. Siguió adelante. Cuando Lorrie, que era su amante —aunque pocos sabían esto—, sintió miedo de él y lo hizo patente, él vio que sólo con otro nuevo crimen podía asegurarse. Pero no era suficiente. De un modo u otro, antes de morir, ella le debió decir que envió una carta o un mensaje a Lissot. El hombre se sintió asustado y empezó a cometer errores; errores que hasta entonces no cometió. Cuando yo telefoneé a la casa de Lissot y dije que era «el señor Smith de Sausalito», creo que fue el asesino quién se puso al teléfono, y que, asustado de mi llamada, huyó, sin tiempo de registrar a Lissot.

—¿Por qué dijo usted eso, Graham? —interrogó Mentor.

En la sala se podía oír el vuelo de una mosca. Arthur Mayo, Jan, Steve, Carol Vance, su marido, Di Santi, Howard y Bannister, todos le miraban fijamente, anhelantes, siguiendo la sorprendente escena, que estaba variando a gran velocidad el panorama. Mark continuó:

—Estuve en la floristería Wallace's, una de las pocas especializada en flores poco comunes. Allí recibieron el encargo de tulipanes para la muerte de Valentine. Y, lo que es más significativo, otro encargo de iguales flores para el funeral de Lorrie Lansen… hecho *antes* de morir ella. Estos encargos fueron hechos desde Sausalito por un tal Smith. La anticipación en el último encargo demuestra que, o Smith era el asesino, o sabía que iban a matar a Lorrie.

—¿Por qué mataron, entonces, a todas esas personas, según sus descubrimientos?

—Ya he dado los motivos del criminal. Completaré los hechos refiriéndome al motivo fundamental de todo ello. Al asunto que indujo a Valentine a intentar su chantaje, de tan funestos resultados para él. Pero eso creo que mejor se lo dirán los testigos que esperan ahí fuera, según telegramas recibidos antes de la continuación de la encuesta.

Harry Mentor asintió. Volvióse al *coroner*, extrayendo de su bolsillo los telegramas recibidos poco antes. Los mostró al honorable Prescott, diciendo con voz clara:

—Siguiendo instrucciones de mi defendido y actual testigo, Mark Graham, muestro a usted, señor, estos dos telegramas, rogándole oculte el texto a todos. Prescott tomó los despachos. Leyó ambos, tendiéndolos al abogado. Parecía francamente intrigado

cuando dijo, con firmeza:

—En vista de las especiales circunstancias que concurren en este caso, le autorizo a llamar a esas personas al estrado, puesto que su llamada se puede considerar como una citación. Adelante.

El abogado pidió con voz clara:

—Que suba al banquillo de los testigos la señorita Mitzi Leonard, de Sausalito.

Todas las cabezas giraron hacia la puerta cuando entró la aludida. Era una mujer alta y delgada, poco atractiva, de unos treinta y cinco años. Vestía uniforme de funcionaria de teléfonos, y parecía muy consciente de su importancia en aquellos momentos.

Alguien, entre los presentes, se agitó inquieto en su asiento. Pero se quedó rígido y grave al ver fija en él la mirada y la sonrisa burlona de Graham.

La telefonista subió al estrado. Juró, dijo su nombre y profesión, y Mentor comenzó:

—Usted actúa de operaria principal en la centralita de Sausalito, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Usted recuerda al hombre que por dos veces telefoneó desde su centralita a la floristería Wallace's de esta ciudad?

—Sí, señor. Me extrañó su llamada, tan seguida una de otra, al mismo lugar. Y como algunas veces, sin desearlo, oímos lo que dicen por el receptor…

—¡Protesto! —gritó Colleman, rojo de ira, incorporándose en su silla—. Esa pregunta y su respuesta violan el secreto profesional de esta señorita. Su condición de empleada de teléfonos…

—La señorita Leonard no va a decirnos lo que escuchó por el auricular, cosa por otro lado ya declarada por la floristería Wallace's, según documento en posesión del señor Mentor —dijo acremente Mark—. Sólo va a identificar al hombre que llamó desde allí a la floristería, justificando su especial atención a esa persona con esas razones. Evidentemente, no es normal que uno telefonee varias veces pidiendo flores para un funeral. Y que esas flores sean siempre tulipanes para personas que han muerto *todas* violentamente, según los periódicos.

—Adelante, señorita Leonard —dijo el *coroner*—, pero hable con cautela o no valdrá su testimonio por quebrar reglas de su profesión

y Cuerpo. En cuanto a usted, señor Graham, absténgase de replicar al ministerio fiscal, o me veré obligado a expulsarle de la sala. Puede permanecer junto a su abogado, puesto que usted mismo parece dirigir su defensa, más bien atacando que defendiendo. Pero nada más. Ya se están cometiendo demasiadas irregularidades en esta encuesta, en atención a que brille la verdad. Rechazada su objeción, señor Colleman.

—¿Se fijó, pues, en el hombre que pidió conferencia directa con San Francisco? —prosiguió el abogado, que recordaba muy bien las instrucciones dadas poco antes por Mark.

—Sí, señor. Había leído lo de Leo Valentine, y recordé la demanda de tulipanes. Ahora, otra demanda de las mismas flores, por la misma persona y para otro muerto… que luego supe había muerto *después* de aquella llamada, según informes forenses, me preocupó. Soy buena fisonomista. Me fijé por si acaso en aquel caballero, por si le reconocía después. Me gustan con locura las novelas policiacas y…

—Ahórrese detalles secundarios, señorita —el *coroner* era ahora quien hablaba, y se inclinó sobre su estrado, tan intrigado como el resto de los presentes—. ¿Ve usted a ese caballero aquí, en la sala? ¿Puede identificarle sin lugar a dudas, señorita Leonard?

—Ya lo creo —ella sonrió caballunamente, y un *flash* inmortalizó su pose para la galería periodística—. Es aquel de allí.

Su dedo, largo y huesudo, señaló sin titubeos, directamente, a la persona indicada. Como en una partida de tenis, las cabezas oscilaron hacia allá, siguiendo la trayectoria indicada.

Marcelo di Santi, señalado por la mano acusadora, se puso en pie gruñendo algo violento.

CAPÍTULO XII

Aquella vez sí que fue un pandemónium lo que se organizó en la sala. A Prescott le llevó tres o cuatro minutos acallar voces, exclamaciones y ruidos. La amenaza de despejar la sala en lo más dramático de la accidentada encuesta aplacó los ánimos.

Di Santi, frenado por el policía que le custodiaba, avanzó hacia el banquillo. Nadie notó que una persona del público se incorporaba en medio del barullo y se iba aproximando imperceptiblemente hacia la salida.

Las protestas airadas de Colleman no eran atendidas por nadie, y mucho menos por el *coroner*, que ya se veía en primera planas de todos los diarios, al convertirse una simple encuesta en un juicio apasionante, de donde estaba brotando una verdad increíble, hasta entonces bien oculta. Harry Mentor, muy satisfecho, aún esperaba con secreto júbilo el momento de esgrimir el último triunfo preparado por Mark Graham.

Di Santi se había desinflado ya. La acusación contra él era demasiado grave para que esperase eludirla. Se había insinuado allí que el misterioso «señor Smith» podía ser el asesino, y Di Santi estaba dispuesto a evitar que la teoría prosperase. La primera pregunta de Mentor fue dura e inesquivable:

—¿No es cierto que cuando Graham y la señorita Mayo le encontraron en la carretera de Nob Hill venía usted del *ferry* que le condujo a Sausalito?

—Es cierto.

—¿Y que allí había telefoneado a Wallace’s pidiendo las flores para Valentine?

—Sí.

—¿Quién le encargó eso, Di Santi?

—Nadie. —Di Santi se mordió los labios—. Nadie.

—¿Quiere eso decir que usted, por sí mismo, pidió las flores

para alguien que aún *nadie sabía* hubiese muerto, excepto el culpable?

—Quiero decir que no voy a hablar aquí. No hablaré por ahora. No pueden obligarme.

—¿Prefiere ser acusado de homicidio triple?

—Prefiero esperar al juicio. No hablaré nada en absoluto.

Un revuelo llegó del exterior de la sala de juicios. Mark volvióse vivamente. Un ujier apareció, muy agitado, cruzó la sala, repentinamente silenciosa, y se acercó al *coroner*, a quien dijo algo al oído. Éste sonrió y miró a Graham más que a Mentor, al decir:

—Su segundo testigo. Ya le han traído. ¿Puede pasar?

—Sí —dijo Mark, volviendo a mezclarse en el proceso, sin que nadie le dijera nada—. El señor Di Santi puede bajar de su banquillo. No es precisa ya su declaración.

Marcelo, conducido por el agente que le custodiaba, vaciló antes de abandonar el estrado. Estaba muy pálido, y miró fugazmente a la persona que, ya muy próxima a la puerta, no le quitaba los ojos de encima.

La entrada a la sala se abrió. Aparecieron dos agentes uniformados, llevando, esposado, a Hans van Buren, el holandés de Santa Rosa. Mark sonrió; el telegrama de las autoridades de Santa Rosa había sido escueto pero sincero:

> «Registrada casa Van Buren. Partimos con detenido hacia San Francisco. Pruebas logradas. Gracias».

Ahora, Van Buren fue conducido casi a la fuerza al estrado de los testigos. El dramatismo de la escena era enorme. Jan Mayo no perdía de vista un solo incidente. El respeto de todos hacia aquel joven detective de cabellos rebeldes y figura vigorosa iba en aumento a medida que se acercaba el desenlace de la asombrosa encuesta.

Uno de los agentes declaró al *coroner*:

—El señor Graham nos pidió por teléfono que registrásemos bajo su responsabilidad la casa del señor Van Buren, vendedor de semillas de flores. Cada sobre con el membrete de Van Buren, anunciando semillas de tulipán, no contenía sino dosis de cocaína cuidadosamente encerradas en envolturas impermeables. Había una

fortuna en su almacén, toda ella en drogas y no en semillas. Se resistió, pero pudimos dominarle y aquí está, señor.

El inspector Howard parecía achicarse en su asiento. Bannister boqueó. Aquello variaba totalmente la fisonomía del asunto, si las cosas seguían como suponía él.

Mentor acosó al furioso Van Buren con una pregunta dura como un trallazo:

—¿Va a hablar ahora, señor Van Buren? Su negocio se ha descubierto, y vamos a demostrar que el oculto dueño del Notorious Club, el que se escondía tras de Marcelo di Santi y el que se esconde también tras de usted, son *una misma persona*. Y que usted pretendía quedarse con la parte del león, como demuestra una carta escrita por Lorrie Lansen a André Lissot, estafando a su jefe. Pero éste es más peligroso de lo que todos creían y hubiera terminado también con su vida, Van Buren. ¿Hablará o no?

Hubo un silencio denso. Mark Graham esgrimió la carta de Lorrie a Lissot, que entregó al *coroner*. Éste se la leyó en voz alta a Van Buren. El holandés siguió ceñudo, callado, mientras Mentor decía a Graham:

—Hable, Mark. Diga al *coroner* todo cuanto sabe. La pieza vital de mi defensa es usted mismo. ¿Da su venia, señor, para que él mismo dirija el caso a partir de ahora?

Asintió Prescott. Estaba harto intrigado para denegar, y Colleman mismo se olvidó hasta de invocar la regularidad foral para rechazar la petición. Graham avanzó hasta dominar a público y magistrados, empezando con voz clara y rotunda:

—Cuando di con el contenido de los sobres de semillas, comprendí de qué modo se valían para introducir las drogas en el país. Y que el negocio verdadero de Marcelo di Santi, Van Buren y el tercer personaje oculto en el incógnito era el de ese tráfico en gran escala.

»Cuando el teniente Bannister, a raíz de mi detención, dijo que una llamada anónima les denunció el Richmond Hotel como lugar de escondite de Jan Mayo y mío, comprendí que sólo una persona podía saberlo e informar a la Policía, igual que sólo una persona podía ser dueña del Notorious, si Di Santi no engañó a Lorrie el día que le dijo cierta frase, captada por Jan, y que le hizo dar por cierto un hecho nada claro. Se ha rumoreado que Arthur Mayo, el padre

de Jan, era dueño del local, a la sombra de Di Santi. Pero, entonces, él tenía que ser el amante de Lorrie Lansen, y eso era un despropósito. Porque Lorrie sacaba bastante dinero a Vance para no necesitar exprimir a otro viejo millonario. Una mujer como Lorrie se buscaría a alguien que le atrajese físicamente, no por dinero, como natural vía de escape a sus femeninos anhelos, que un hombre como Vance jamás sería capaz de alimentar.

»El hombre que obtenía la pasión verdadera y sin egoísmos de Lorrie Lansen supo por ella la fabulosa historia de Terrail y su muerte en Holanda, instrumento que le sirvió para atar fuertemente a Di Santi y a Van Buren, el último y más obscuro de los asesinos de Terrail, a quien muchos olvidaron después del lance.

»Si el detalle macabro de los tulipanes era sólo una cortina de humo, a la vez que un motivo de pánico para los culpables de aquel crimen antiguo, entonces había que buscar al culpable fuera del círculo. No hubiera sido ninguno tan tonto de utilizar esas flores casi como firma pretenciosa de unos crímenes.

»Pensé en las personas que podían reunir esas condiciones; alguien duro, muy independiente, seguro de sí mismo, conocedor del lugar donde Jan Mayo se escondía, porque ella misma se lo había dicho por teléfono, la única persona que podía ser dueña del Notorious y confundirse de nombre con el millonario a quien todos creímos propietario del club. En una palabra: ¡¡Steve Mayo!!

Jan lanzó un grito de espanto y de incredulidad; Arthur Mayo giróse hacia el sitio vacío que antes ocupaba su hijo, el rubio y confiado Steve. Alguien exclamó:

—¡Steve Mayo ha salido hace un momento de la sala!

El *coroner* se puso en pie, dominando el clamor estallado a la declaración de Mark. Gritó violentamente:

—¡Pronto, vayan tras él! ¡Es preciso alcanzarle!

Varios policías salieron corriendo, Mark eludió mirar a Jan, sollozante, a la cual se acercaba ahora su padre, muy pálido y tembloroso. Colleman aulló:

—¡No puede ser posible!

—Lo es —dijo rápidamente Mark—. Un hombre joven, atractivo, fuera de sospechas, hijo de un millonario, pero con firmes ideas sobre la propia personalidad, que ya un día me confesó. Quería ser alguien por sí mismo, sin debérselo a su nombre o a su padre. Y

eligió el camino tortuoso. Lorrie era una mujer cara, eso sí. Debió de querer arrancarla de Vance a fuerza de dinero.

—¿Y Steve Mayo pudo matar a los tres, Graham? —Gruñó el *coroner*, asombrado.

—Claro. Los motivos eran concretos. Di Santi, Van Buren y Lissot llevaban el asunto de las drogas. Mayo lo dirigía en la sombra. Cuando Valentine supo la envergadura del negocio y quiso sacar tajada, Steve tuvo que eliminarle. Lorrie, asustada, sabiendo que había sido él, demostró su terror, debió anunciarle que le dejaría si aquello era cierto. Steve perdió la cabeza y la estranguló. Luego, Lissot era el gran riesgo. Estimaba a Lorrie, estaba dispuesto a entregar a la justicia a su matador. Cuando Steve intuyó el peligro, obró sin contemplaciones. Debió de asustarse mucho al llamar yo y reconocer mi voz. Si conocía lo de Sausalito, podía conocer muchas otras cosas. Empezó a equivocarse y a perder la serenidad. Eso era fatal. Su acto de delatar el paradero de Jan al poco de saberlo por ella, como yo vi claramente, ya que Jan me dijo «que su padre no estaba en casa cuando llamó», fue el más grave error de todos. Y no matar a Van Buren y a Di Santi, otro error tremendo para su seguridad y su vida.

—¿Quién podía figurarse que ese muchacho…?

—Nadie, es cierto. Yo mismo tardé mucho en fijarme en él. Parecía tan ajeno a todo este siniestro asunto… Pero en realidad, una vez sospechoso, empezaba a agrietarse su aparente inocencia. Es un muchacho moderno, rico, educado demasiado libremente. No era Jan la más peligrosa de los dos, sino el varón, con su energía, su falta de escrúpulos y su carencia de miedo a nada. Steve, dejado a un albedrío casi absoluto desde muy joven, tomó el desvío que constituye el mayor peligro de la juventud actual. Y cuando quiso enmendarse era tarde. Incluso tenía manchadas de sangre sus manos.

—¿Qué ocurrirá ahora, Graham? —preguntó a su lado una voz débil; el detective volvióse, encontrándose con Arthur Mayo. Más apagado y vencido que nunca. Le compadeció.

—No lo sé, señor Mayo —dijo gravemente—. Eso ya no me incumbe. Usted… usted sabía que era él, ¿verdad?

—Sí. Lo supe hace muy poco. Cuando el abogado me preguntó cómo había oído yo hablar de usted. No fue Di Santi, naturalmente,

puesto que él sabía que a usted le enviaba allí Vance y no yo. Mi hijo, no sé con qué motivo, me habló de usted. Atando cabos, llegué a la conclusión de que si Steve sabía algo de usted era porque él… tenía algo que ver en el asunto. Me horrorizó pensar que fuera el culpable, pero la idea, a medida que la estudiaba, parecía más y más sólida. Nunca supe educar a mis hijos. Ha sido un golpe… terrible.

Hubo un silencio. El alboroto de la sala era enorme. El *coroner* ordenó que se despejase, y en unos minutos, el silencio más profundo sustituyó al revuelo anterior. Un agente apareció, informando de la captura de Steve Mayo cerca de la bahía. Había sido herido en el costado por un disparo de la Policía, y trasladado urgentemente a una clínica, de donde saldría, una vez curado, hacia la prisión, que iba a ser su última morada antes de subir a la silla eléctrica.

Mark tomó un coche con Arthur Mayo y su hija. El inspector Howard, corrido, había desaparecido del lugar. El teniente Bannister también acompañó a los Mayo y a Mark hacia la clínica del Estado donde confinaron a Steve.

Arthur iba silencioso, sumiso en su tremendo dolor de padre. Jan, con los ojos bañados en lágrimas, como una pobre criatura indefensa, se acurrucó en Mark, que acarició sus cabellos, artificialmente rojos.

—Dios mío, Mark, perdona —sollozó la joven—. Creí que tú…

—Es natural. Nadie podía confiar en mí. Pero hiciste mal en dudar tú. No es sólo porque tu padre me lo encargase por lo que cuidé de ti, Jan. Te quiero…

Ella le miró con asombro. Aquella gota azucarada entibió algo el acíbar de aquel día sombrío. Mientras el coche iba hacia la clínica, haciendo sonar su sirena a través de las calles lluviosas de San Francisco, que la bruma invadía pertinaz y espesa, susurró, como un reo que vislumbra una lejana y hermosa esperanza:

—Mark, vida mía. Gracias… Yo también te amo…

Pasaron frente a una gran tienda de flores. Mark rehuyó la mirada, fijándola en los inmensos ojos de la muchacha. Ya eran demasiadas flores las que habían intervenido en su vida. Desde aquel día, estaba seguro de odiarlas profundamente.

Jan, pegada a él, cerró los ojos, como entregándose sólo a su

custodia. Arthur Mayo respiró profundamente. Bannister apartó la mirada, confuso. Y Mark le besó el cabello con suavidad y cariño.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS





Actriz inglesa nacida en Cheshire, el año 1910, protagonizó, entre otras películas "El séptimo velo", con James Mason. Recientemente ha intervenido en el film "El Solitario".

Foto cedida por FILMAX

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: $4